

# Rosa Regàs Un legado

La aventura de la vida

Navoia



Rosa Regàs  
Un legado  
La aventura de la vida

Edición de Lidia Penelo

Navona

**Primera edición**

Mayo de 2024

**Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU**

Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL

Gomis 47, 08023 Barcelona

navonaed.com

**Dirección editorial** Ernest Folch

**Diseño gráfico** Alex Velasco

**Maquetación y corrección** Editec Ediciones

**Papel tripa** Oria Ivory

**Tipografías** Heldane y Studio Feixen Sans

**Imagen de la cubierta** María Huerga **Distribución en España** UDL Libros

**eISBN** 978-84-19552-70-9

© Rosa Regàs, 2024

© de la introducción: Lúdia Penelo, 2024

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2024

Todos los derechos reservados.

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

«Tiempo no hay nunca, pero lo que hay que hacer, hay que hacer».

MOHAMED

# Índice

## [Prólogo](#)

## [Un breve balance](#)

### [JUVENTUD](#)

- [1. Hija de padres rojos y separados](#)
- [2. El camino de la libertad](#)
- [3. El matrimonio y la Iglesia católica](#)
- [4. Madre y estudiante universitaria](#)

### [MADUREZ](#)

## [Una vida dedicada a los libros y a la cultura](#)

- [5. El mundo editorial](#)
- [6. La muerte de Franco y la Transición](#)
- [7. Madrid](#)
- [8. Cataluña](#)
- [9. Escribir: ¿ha llegado el momento?](#)

### [VEJEZ](#)

## [La joie venait toujours après la peine](#)

- [10. Llofriu y la familia](#)
- [11. A la bandera le faltaba un color](#)

## Prólogo

*Cuando decidí convencer a Rosa Regàs para hacer un libro sobre su vida, no recibí mensajes muy alentadores. Unos fruncieron el ceño alegando que no es una persona fácil; otros, estupefactos ante mi admiración por ella, me preguntaban «¿Por qué?». Mi respuesta empezaba siempre igual: «Porque es una mujer libre». Algunos replicaban que es fácil ser libre cuando se tiene dinero. Este comentario me ha hecho pensar que haber ocupado posiciones de poder y haber ganado dos de los premios literarios en lengua española con más repercusión en el mundo —el Nadal con Azul en 1994 y el Planeta con La canción de Dorotea en 2001— han enturbiado su fuerza y su compromiso con una manera de ver el mundo, muy alejada de la frivolidad de la que se acusa a la Gauche Divine y al sector cultural de la década de 1970.*

*Hace mucho tiempo que Rosa Regàs vive al margen de la vida pública. Aunque en las elecciones municipales de 2023 firmó un manifiesto de apoyo de la candidatura de Ada Colau, no se prodiga mucho en sus apariciones. Cree que secundar a Colau y el proyecto de Barcelona en Comú es validar la lucha de un mundo que defiende el bienestar para todos, no solo para los acomodados o los poderosos. En Sangre de mi sangre (1998) escribió: «Vivimos rodeados de indiferencia y descalificación de los acontecimientos políticos y los dejamos pasar sin reaccionar»; pero ella sí que reacciona, y continuó defendiendo su postura en El valor de la protesta: El compromiso con la vida, un libro de 2004, en el que reivindica la importancia de la crítica ciudadana y del humanismo como forma de intervenir en una realidad que, a menudo, los poderes públicos conforman sin tenernos en cuenta.*

*Mi propósito era concentrar sus ideas y ligarlas a su trayectoria, y quería hacerlo ahora, cuando ha destilado todo cuanto ya intuía de pequeña y que ha ido conformando su pensamiento intelectual y su manera de vivir.*

*Convencerla de dar forma a este libro fue relativamente sencillo, había ganas, pero teníamos que salvar un par de obstáculos: que su salud nos acompañara y que fuera posible hacer el trabajo en poco menos de seis meses, ya que, en un principio, queríamos tener el libro listo para su nonagésimo aniversario.*

*Empezamos en noviembre de 2022 y, desde entonces, nos vimos casi cada semana en su casa de Llofriu, el marco imprescindible para conocer a Rosa Regàs. Excepto durante las vacaciones que dicta el calendario y algún que otro contratiempo que nos fastidió a las dos, fuimos avanzando... Allí sufrimos golpes de tramontana, nos zampamos una tortilla mirando embelesadas cómo caía una nieve tímida y también disfrutamos del estallido de la primavera, pero con reservas. La sequía que nos amenaza y la situación de emergencia climática son temas que preocupan mucho a la protagonista de este libro. En todas las puertas de su casa hay colgado un cartel que recuerda que no debe malgastarse el agua ni dejar las luces encendidas. Por eso, el día en que las placas solares, que ahora coronan el techo de su casa, empezaron a generar energía, lo celebramos con una magnífica comida.*

*La voz de quien pregunta y de quien explica tiene siempre sus razones. Por eso sé que este libro no es objetivo. Pero sí que es honesto y riguroso, y lo es gracias a la experiencia de Rosa como editora y a su vocación de escritora, como también lo es gracias a Ernest Folch, quien con una sabia distancia ha iluminado algunos momentos fundamentales.*

*Admiro a Rosa Regàs desde que la descubrí encarnada por Rosa María Sardà en la serie Abuela de verano (2005). Aquella señora que regalaba tiempo a los suyos y se las ingeniaba para llenarles los días me enamoró. Quizá suene cursi, pero es así. Empecé a leerla y me trasladé a Almator, a la isla griega de Azul, y así empecé a conocer a aquella niña hija de padres rojos y separados, cuya infancia le condicionaría la vida. Entonces no podía imaginar que años más tarde releería Memoria de Almator en la casa que inspiró la novela y que podría escuchar sus vivencias de una manera tan íntima.*

*Las preguntas que han dado pie a las conversaciones de las que han surgido estas páginas han sido hechas desde los más absolutos respeto y admiración por Rosa Regàs, y no puedo dejar de agradecerle, en todos los idiomas del mundo, su confianza y generosidad.*

LÍDIA PENELO

## Un breve balance

La muerte no me da miedo, lo que me asusta es el dolor. Perder la cabeza, eso sí que me atemoriza. Pero, como no hay nada más que yo pueda hacer para evitar algo así, porque o ya está hecho o es una ley universal, procuro asustarme lo menos posible. Ni siquiera me intimida lo que vendrá después de la muerte, porque no creo que haya nada más. Y si lo hubiera, no cabríamos todos. Somos casi ocho mil millones en el planeta, imaginad...

Cosas pendientes tengo miles. Lo primero que me gustaría hacer sería otro piso encima de la biblioteca. Me quedan muchas cosas por vivir, por escribir y por decir. Pero antes de decirlas, hay que pensarlas, y me da la impresión de que no tengo tiempo para hacerlo. Cada día me voy a dormir a las diez de la noche porque a esa hora ya estoy agotada y no me quedan ganas de más.

Lo que tengo claro es que, si ahora volviera a tener veinte años, me nacionalizaría francesa; saldría de este país, que no tiene arreglo. Puede que en algún momento llegue a haber salvación, pero será cuestión de siglos. Tampoco es que tenga mucha confianza en el resto de países, quizá porque no he entendido del todo las actitudes de la sociedad en general, del bien y del mal. Quizá si pudiera ver la historia de la humanidad y el universo, con una lentitud que me permitiera fijarme un poco más en todo, no tendría tan incrustado este pesimismo mío, que aparece en cuanto me pongo a reflexionar. Me desespera que unas personas se mueran de hambre y otras de riqueza, y que no se hagan leyes para evitarlo. Veo el mundo como lo vemos todos, y pienso que, si somos capaces de hacer grandes cosas y dar pasos hacia delante, a lo mejor nos daríamos cuenta de que primero había esclavos y después ya no.

Es por ello que el devenir del mundo me inquieta, aunque a veces pienso que no hace falta que me preocupe, porque yo no lo veré. Lo verán mis hijos, los nietos, los biznietos. En cualquier caso, el egoísmo que acumula el poder del alma humana es inacabable, así que no me es posible imaginar un futuro lleno de alegría, porque estoy convencida de que en todas partes del mundo morirá mucha gente de hambre; si somos sinceros, la mayoría.

No soy optimista, no. Pero me lo he pasado bien; de hecho, todavía lo hago. No me quejo, porque he sido capaz de aprender a disfrutar. He sacado partido a la soledad y al paso del tiempo; ambas, situaciones negativas, pero que, en el fondo, no resultan tan malas. Los amantes que he tenido han sido atractivos, intelectual y pasionalmente, pero también difíciles. Será que es así como me gustan. De ellos he aprendido que no siempre se dispone de la fuerza que una cree. Están los amigos, los grupos, pero nunca me he sentido plenamente parte de uno... Para mí, estar sola es más una bendición que un tormento. Si me preguntan cuántas cosas de las que no he hecho me gustaría tener tiempo para poder hacer, contestaría que ninguna. Es una exageración que contiene la verdad de mis fantasías y deseos. Inalcanzables, por supuesto. Inventados e inalcanzables. Nacidos como tales y que pertenecen más a la imaginación que al conocimiento. En cualquier caso, siempre he querido convencerme de que

en todo lo que no he podido llevar a cabo ha intervenido un factor clave: era imposible. Procuro mantener tanto las ideas que no he considerado, como aquellas que sí que he realizado a lo largo de mi vida. Ahora incluso consigo fijarme en aspectos en los que no había reparado nunca. A veces los cambios son tan brutales que lo único que falta es que cambie tu vista y tu oído, que hasta mutes tú también. Y esto se consigue si uno es capaz de centrarse en la fuerza del intelecto y en el deseo de avanzar hacia donde quiere, pero, sobre todo, hacia donde nos dirige, como si fuera por casualidad, el propio destino.

A menudo, cuando me voy a dormir o me siento en mi butaca, me doy cuenta de que jamás habría imaginado que llegaría a vivir en una casa tan bonita. La verdad es que yo nunca había pensado en el final de mi vida, es decir, en los años que estoy viviendo ahora. Envejecer es peor que la muerte porque el deterioro ya lo llevas dentro. Pero no puedes desesperarte por ello. Cuando eres viejo, lo que tienes que hacer es reflexionar y reconocer lo que has hecho mal, lo que has hecho bien, e identificar aquello de tu experiencia que puedes utilizar para que la vida sea mejor. El desgaste no lo tienes siempre presente, hay momentos en que estás bien, en que te sientes contenta: ahora hace sol, miro afuera y veo a un hijo mío, no sé qué está haciendo. Solo por momentos como este, si fuera cristiana, daría gracias a Dios. Pero, como no lo soy, se las doy a la vida.

El ser viejo comporta muchas experiencias trágicas, como cuando quiero escribir. Algunas noches, me pongo delante del ordenador y no lo consigo. Resulta duro, me siento muy mal. Pero me voy a dormir y, cuando me despierto, procuro meterme en otro proyecto. Yo sigo viviendo de cosas que hacer: si algo no me sale bien, cambio a otro objetivo. A veces me siento casi como si estuviera en la época gloriosa de mi vida, cuando no me dolían ni las manos, ni los pies, ni las piernas y todo mi cuerpo funcionaba y me obedecía siempre... Ahora, cuando algo no marcha como debería, lo que hago es pararme y agradecer a quien sea porque la cabeza sí me funciona. Todavía puedo hablar con mis hijos y mis amigos, aunque quizá no podamos profundizar tanto como me gustaría, y esto es razón para estar agradecida. Por esto y por tener una familia, que es lo más importante.

## El porqué de este libro

Llegados a este punto, querría explicar un poco la diferencia que existe entre este libro y uno «normal». Lo haré como si me lo estuviera contando a mí misma: cuando yo escribo un libro parto de una pequeña base, que puede ser una idea, un recuerdo o una imagen. Desde ahí, voy dándole vueltas, queriendo extraer de ella toda la información que puedo: qué cuenta en realidad, qué significa para mí, qué me ha enseñado;...y, entonces, consigo manipularla. Este es mi método al escribir.

Pero nosotras hemos hecho un libro un poco diferente. Lidia me hacía preguntas como si estuviéramos manteniendo una entrevista muy larga, una que ha durado semanas. La particularidad de esto es que yo cambio mucho de un día para otro. En función de cómo me encuentre en un momento dado puede salir algo serio, irónico o, incluso, puedo encontrarlo todo horroroso y entonces querer cambiar de tema enseguida. Con esto quiero decir que me tendréis que perdonar estos cambios que no solo reflejan mis ganas de modificar las cosas, sino también cómo pienso en un día de mal humor. Eso no significa que, esas veces, haya sido menos yo. A lo mejor era simplemente porque, en realidad, decía lo que llevo escondido en mi interior. Por contra, si me pilla un día de añoranzas, me entretengo en los recuerdos con los hijos, los nietos y los biznietos. Otros días me viene a la memoria la emoción intensa que me provoca algo que nadie más entiende, aunque ya se lo haya explicado a todo el mundo. Como el efecto que tiene sobre mí salir de la piscina un día de invierno, cuando el agua está a tres o cuatro grados, y justo en el momento en que me pongo el albornoz y vuelvo hacia la casa, mirando el paisaje que tan bien conozco, tengo la vívida impresión de que todo ha cambiado, aunque, en realidad, no hayan variado ni sus formas ni sus colores. Entonces, lo miro de otra manera, muy intensa, con un sentido del que nunca había sido consciente.

Me gustaría decir que, a lo largo de mi vida, he procurado no ser de esas personas que hablan dando siempre consejos. Sin embargo, en este libro no he podido evitar hacerlo en varias ocasiones. Puesto que así ha acabado sucediendo, solo espero que a vosotros os resulten de algún provecho.

Por lo que respecta al estilo literario, por favor, no juzguéis este texto siguiendo ese criterio, puesto que el objetivo fundamental no reside en cómo está escrito, sino, precisamente, en mostrarme a mí, con mi buen y mal humor, tratando de dar respuesta, como mejor he sabido y podido, a las preguntas de Lidia. De hecho, por este motivo, y una vez terminado el trabajo de redacción, pensaba que sentiría mucha vergüenza. Sin embargo, me siento contenta con el resultado.

Tal vez este título, *Un legado. La aventura de la vida*, consiga transmitir ciertos pensamientos y miradas que se desprenden de mi experiencia en estos noventa años. Así son todas las vidas y, en mi caso, además de transmitir, quisiera poder añadir su intención primera: compartir. Compartir experiencias personales, sentimientos, logros y fracasos de mi

existencia.

En cualquier caso, al margen de diferencias y detalles, la vida es en sí misma una aventura. No solo consiste en leer y escribir libros sobre ello y apuntarse a cualquier actividad amorosa, intelectual o simplemente tradicional, sino, sobre todo, en avanzar por el camino desconocido del futuro y toparse en cada momento con lo inesperado. Esta es, a mi modo de ver, la aventura de cualquier vida.

Quedo satisfecha al pensar que, posiblemente, saquéis algo de utilidad de este texto. Estas ideas tan generales siempre lo consiguen. Me haría muy feliz pensar que podría haber encontrado una nueva manera de dirigirme a los demás que quizá todavía no tenga nombre. Cuando se llega a la vejez, y a pesar de los fallos, también se puede crecer, como yo debo de haber crecido hablándoos.

Gracias.

ROSA REGÀS  
Llofriu, noviembre 2023

## JUVENTUD

## 1. Hija de padres rojos y separados

### Una infancia diferente

El perfume que llevo es Arpège de Lanvin. Ahora me lo pongo menos porque después del COVID perdí el olfato y se me olvida hacerlo. Es el mismo que me regaló mi madre cuando me casé. Ella se llamaba Mariona Pagès y nació en 1911, en una familia de artistas. Al morir su padre, la enviaron al extranjero, a Frankfurt, a casa de un rabino judío y su familia. Allí vivió hasta finales de los años veinte, cuando se mudó a París con sus tíos. Más tarde, volvió a Barcelona y empezó a trabajar en la Fundació Bernat Metge. Allí conoció a mi padre, con quien se casó en 1930. Tuvieron cuatro hijos, Xavier en 1931, Georgina en 1932, yo en 1933 y, a principios de 1936, Oriol.

A finales de 1937, durante los bombardeos fascistas sobre Barcelona, nuestros padres decidieron enviar a los dos hijos mayores a Holanda, a casa de unos amigos suyos diplomáticos. A mí, que tenía cuatro años, y a Oriol, mi hermano pequeño, que tenía casi dos, nos llevaron a Francia con mi abuela materna. Solo recuerdo la estación del tren y a mi madre que había venido a despedirnos, supongo, con el rostro envuelto por el brillo del cuello de terciopelo. Y allí sola, alta y erguida en el andén desierto, su figura se iba haciendo pequeña y alargada, mientras el tren, tomando la amplia curva de salida, cogía velocidad.

En París estuvimos una temporada corta. El tiempo justo para ver las aguas del río que pasaban por debajo del puente y que eran de colores. Mi padre, que estaba en la Generalitat de Cataluña, supo de una escuela en el norte de París. En plena guerra, todavía recuerdo a mis padres bailando en un jardín. Esta es la última imagen que tengo de ellos dos juntos. La última y la única.

Desde entonces, con Oriol siempre estuvimos muy unidos. En el momento de irnos, él era todavía muy pequeño, apenas sabía andar, y yo empecé a hablar en francés, el catalán no lo utilizaba con nadie. La historia con mi abuela terminó enseguida, debía de estar cansada de cuidar niños pequeños. Era una señora muy rara y muy moderna, con muchas ganas de viajar... no sé mucho más sobre ella: apenas la traté en París y casi no me acuerdo.

Después, en Vence, fui a la escuela de Célestin Freinet, el gran pedagogo francés. Era una casita de pueblo, donde también acudían otros niños que estaban en peligro por la guerra en España. A algunos no los volví a ver hasta los sesenta años, cuando el azar nos puso de nuevo frente a frente. De esa escuela recuerdo muchas cosas, en especial, que los alumnos, pequeños y grandes, lo hacíamos todo juntos. Había chicos mayores, de catorce años, que a mí me parecían inmensos. Estábamos en una misma clase, y debíamos de ser unos veinte o veinticinco, no más. Los mayores nos explicaban cosas, salíamos a pasear, y si los pequeños nos cansábamos, los grandes nos ayudaban.

Para mí, aquella etapa fue muy importante. Ya con algo más de edad me di cuenta de todo el

bien que me hizo la escuela. Poco a poco, con apenas catorce o quince años, empecé a entender lo diferente que era respecto a otras chicas de mi quinta. Pensaba: «¿De dónde habré sacado yo esto?». Lo noto, por ejemplo, en que yo nunca he creído en los pecados sexuales, jamás he pensado en ellos. Tampoco soy pudorosa: me baño cada día desnuda en la piscina, haya quien haya en el jardín, me da igual. A veces me tapo por los otros, no por mí. O, también, en lo poco que me afecta la culpa. No soy una persona con remordimientos. Me sabe mal, claro está, que algunas cosas no me hayan salido bien, pero cuando eso ha pasado, tiendo a concluir que se debe a que no habré hecho algo bien o a que, simplemente, tenía que ser así. En general procuro arreglarlo sin llegar a sentirme culpable. De hecho, solo entonaría el *mea culpa* por tres cosas: una pequeña que le hice a mi hermano Xavier; otra, también muy pequeña, que afectó a mi hermano Oriol; y por una tercera, pequeñísima, que ocurrió con mi hermana Georgina. Me supo mal no darme cuenta, entonces, de que mis actos les podían perjudicar. Pero por lo demás, nada. Seguro que habré cometido otros fallos, pero, visto con perspectiva, no me importan en absoluto; los castigos que me pudieron imponer en el colegio o mi comportamiento sexual me generan cero sentimiento de culpa... Solamente me pesan estas tres situaciones con mis hermanos. Evidentemente, si alguna de mis acciones llega a perjudicar a otra persona, sí que me importa, pero yo no lo llamaría remordimiento. Las cosas son como son, pienso.

Cuando volví, no recordaba Barcelona. Era a principios del 39 y tenía seis años. Regresamos porque el barón de Esponellà, que naturalmente era franquista, emprendió una campaña para recoger a los niños enviados fuera, como mis hermanos y yo. Nosotros pudimos volver, pero nuestros padres no. Recuerdo que, al llegar a la ciudad, nos llevaron al Café de la Rambla, y allí había un señor mayor que me dijeron que era mi abuelo, Miquel Regàs Ardèvol, y una señora, de edad parecida, que me contaron que era mi abuela, Maria Soler. Oriol reaccionó muy mal cuando vio a toda esa gente: era muy pequeño y empezó a correr por el café. Entonces nos llevaron a casa del abuelo, en la calle Fernando 33, que ahora se llama calle Ferran.

Apenas recién llegados a nuestro nuevo hogar, mi abuela salió de nuestra habitación en busca de una manta o algo para ponernos encima, ya que nosotros íbamos sin equipaje. Yo hice lo de siempre: desnudé a Oriol antes de meterlo en la cama, porque, en la escuela francesa, en verano, dormíamos así, sin ropa. Cuando la abuela volvió y nos encontró a los dos en cueros, empezó a llorar desesperada, y fue a buscar unas camisas para taparnos. Cuando eres pequeño no entiendes nada, así que no sé qué debió de pensar, a lo mejor que estábamos en pecado.

Así pues, mi padre se quedó en París, y nuestra madre también. Los dos chicos fueron a otros internados, mientras que a Georgina y a mí nos llevaron a las Dominicas de Horta, en la calle Campoamor 49 nada más regresar de Holanda y Francia, respectivamente. Al principio, nadie nos entendía, porque mi hermana hablaba holandés y yo, francés. Dormíamos en el colegio verano e invierno, y en Navidad y Reyes nos venían a buscar para ir a comer con los abuelos y los tíos; luego volvíamos de nuevo al internado. Allí pasamos de los seis a los diecisiete años.

No tengo un mal recuerdo de aquel lugar, de hecho, solía llorar más por rabietas que por cualquier otra cosa. También guardo muy buen recuerdo de lo que nos decía el Dr. Manuel

Trens, un sacerdote fantástico, que había sido director del seminario de Barcelona y al que, cuando ganaron los fascistas, habían exiliado a ese colegio de monjas. Era una persona que, si hubiera vivido en Londres, todavía lo tendríamos presente, pero aquí, como el pasado no existe, nadie sabe quién es. Él era de Vilafranca del Penedès, y se podría decir que a mí casi me salvó la vida. Algunas monjas eran muy anticuadas, pero el Dr. Trens tenía una manera muy atractiva para nosotras de dirigir la vida religiosa del internado. En contraposición a las versiones semioficiales que llegaban procedentes de una Iglesia aliada con los franquistas, él respondía con un sentido del humor muy rápido y peculiar. A su manera, natural y directa, Trens nos explicaba cada detalle relacionado con la religión: cómo se vestían en la iglesia, el modo de recitar en voz alta la misa diaria, el canto gregoriano que entonábamos los domingos por la mañana, las vísperas en el crepúsculo y todas las ceremonias de los días de Semana Santa, desde las del Domingo de Ramos, el oficio de tinieblas, las imágenes tapadas, hasta la bendición del agua al alba del Sábado Santo; y muchas otras celebraciones que vivíamos, cantábamos y celebrábamos con deleite. También hacíamos teatro; era imposible aburrirse a su lado. Cuando crecimos algo más, formó un grupito, en el que incluyó a una sobrina suya de nuestra edad, y nos llevó ocho días a Mallorca de viaje de fin de curso. Fuimos muy felices allí. Yo, incluso, escribí mi primer libro: *Recuerdo de un viaje a Mallorca*.

En el colegio había muchas niñas internas y las veía con sus padres, pero como en casa nunca habíamos vivido todos juntos, no lo echaba en falta. Yo sabía que no tenía familia, aunque las que veía tampoco me gustaban: observaba cómo llegaban al internado a traer pastelitos a sus hijas; el padre delante y la madre detrás, ellas siempre detrás. Yo repetía constantemente que algún día tendría una familia, pero diferente. Los demás me preguntaban cómo sería entonces: «No lo sé, pero no será como la vuestra». Creo que, de alguna manera, tuve que inventarme el modelo de familia que quería tener. Y así ha sido.

Mis padres estaban separados, y además eran rojos. Eso nunca me dio vergüenza. Al revés. Me sentía orgullosa de que lo fueran y de que hubieran perdido la guerra por fidelidad a unos valores, aunque, en aquellos momentos, no sabía muy bien cuáles eran. En todo caso, estaba segura de que resultaban superiores a los que habían ganado la guerra. De hecho, presumía de aquella circunstancia: me gustaba más mi familia que esas que veía en las que las madres estaban sentaditas en un rincón, con su sombrero puesto y pendientes de obedecer al marido.

Nosotras vivíamos en el colegio, y cuando íbamos dos o tres días a casa, comíamos en la cocina, que estaba llena de mujeres que trabajaban allí. Muchas de las cosas que he aprendido de la vida fue gracias a ellas. Una tenía al marido en la cárcel; otra, muerto; otra, libre... Procuraban hablar bajito: a una el marido le había dado un bofetón, otra le decía que no se quejara. A nosotras nos preparaban pan con tomate y una tortilla, y pensaban que no las escuchábamos, pero lo cierto es que recuerdo muchas cosas. Tengo un libro escrito sobre aquella época: *Luna lunera*.

Mi abuelo era un hombre muy respetado, que se había pasado al franquismo, como toda la Lliga en bloque. Cuando fuimos mayores y le preguntamos a mi padre: «el abuelo ¿por qué se ha hecho franquista?», él nos contestó: «debía de tener miedo de perder el estatus». El abuelo

tenía restaurantes y había sido el presidente de la Asociación Internacional de Restauradores. Era un hombre famoso, había llegado a ser el propietario de ocho o diez locales al mismo tiempo: el hotel Colón en la plaza Cataluña, el Refectorium, la Cala y Can Culleretes, el primer restaurante que adquirió cuando tenía veinte años. Después le pasó lo mismo que al resto de los catalanistas de la Lliga: aseguraban ser de derechas y de orden, por ello cambiaron de bando, pero, aunque fingían que todo era lo mismo, no era así en absoluto. Mi abuelo, como muchos de ellos, participaba en la procesión de Corpus y tenía un papel destacado. Sin embargo, poco a poco, esto se ha hecho desaparecer de la historia de Cataluña.

Cuando murió, como aquellos que creen en otro mundo, mi abuelo lo dejó todo a Montserrat, conventos y monasterios. Nada a su familia, a lo mejor porque los suyos creían únicamente en este mundo y habían luchado para que fuera un lugar mejor. Así quedó el país después de aquella cruel guerra: además de miles de muertos, prisioneros y exilados, centenares de familias divididas.

El abuelo hablaba en catalán con nosotros, no recuerdo haberle oído hablar castellano, y estaba orgulloso de ello. Los que se expresaban en español eran los nuevos ricos, porque pensaban que era obligatorio y querían estar con los ganadores. Para hacerse más ricos, claro. En aquel momento era obligatorio hablar castellano en los ambientes oficiales, pero en el terreno familiar no se metían.

De la historia de Cataluña que circula ahora, no hay que creerse ni gota, porque no hay nada que sea del todo verdad. Nos ha hecho un flaco favor habernos declarado independientes y después ver a Puigdemont salir hacia el extranjero escondido en el maletero de un coche. Los catalanes tenemos fama de que no sabemos trabajar para nosotros; nos hacemos daño y nos volvemos peores de lo que éramos. Es duro, y está muy mal que lo diga yo, una ciudadana catalana, pero hay informaciones dadas por el poder que se basan en mentiras o manipulaciones de la verdad. Más tarde se propagan y arraigan entre el pueblo, pero son mentiras. Y esto es mil veces peor para el país.

El periodo que más conozco de Cataluña es el de principios del siglo xx, hasta el final del primer tercio; después hubo una época en que los pintores y escritores volvieron a levantarse. Un tío abuelo mío, Feliu Elias, fundó tres o cuatro revistas, *L'Esquella de la Torratxa* era una de ellas. Los pintores iban y venían de París; era otra manera de vivir, no como ahora, que todo el mundo quiere ser funcionario. Feliu Elias se exilió en 1938 y no volvió hasta el año 1947. Solo un año después murió.

Mi madre era hija de Elvira Elias, hermana del pintor Feliu. Otro tío era ceramista, otro caricaturista, y también estaba Lluís Elias, que escribía comedias, como *La T curta*. Todos los de la familia Elias eran artistas, unos genios. Pero no eran los únicos. Es esta generación catalana la que se ha perdido porque quedó rota. De todos los de aquella época que ahora son catalanistas, una buena mayoría se pasaron antes a las filas de los fascistas, fueron franquistas. Pero consta poco en la historia a muchos niveles. Esto se debe a un giro social en Barcelona, al menos al principio, del que aún se habla menos. Cercano a Montserrat, hubo una nueva mirada al cristianismo, olvidando la versión fascista heredada de la guerra y la posguerra, que tuvo

bastante éxito. A finales de los años cuarenta, si no recuerdo mal, ya no se recibía a Franco bajo palio.

La Guerra Civil lo desbarató todo, incluida Cataluña, que sigue todavía desbaratada. Los catalanes no tenemos voluntad, nos recortan la sanidad y no salimos a la calle. Es para llorar. Hubo un momento en que llegué a pensar que me había convertido en anticatalana, hasta que reaccioné y me di cuenta de que no era así, que en realidad era una antimediodicridad brutal. Hasta 1929, incluso con la dictadura de Primo de Rivera, Cataluña estaba llena de artistas y científicos, por no hablar de la época de la República. Ahora los sigue habiendo, pero tan solo están un poco ocultos, y no forman parte de la vida social como antes, a no ser que sean públicamente independentistas o al menos defensores de estas ideas, vengan de donde vengan. ¡Un panorama esperanzador!

Esto me pesa mucho. Pero el día que descubrí que no era anticatalana, fue como cuando un niño vive la primera noche de Reyes.

### **Los cuatro hermanos Regàs Pagès**

Mis hermanos y yo tuvimos la misma infancia. Y no podemos ser más diferentes. Oriol tenía una pasión por Barcelona que yo no he tenido nunca. Quizás él fue el que menos sufrió; como era tan pequeño, era el niño mimado. Había una tía, anciana, que lo consentía, y la cocinera, Francisca, lo adoraba. Él fue más listo que el resto. Nosotros supimos cómo hacer las cosas que nos daba la gana más tarde, él, en cambio, aprendió enseguida. A los quince ya acompañaba a mi abuelo a misa y hacía de monaguillo para después pedirle una moto. El más dotado de todos era Xavier, mi hermano mayor.

Desde el primer día, los cuatro formamos un círculo muy compacto y nuestros hijos han heredado esta manera de quererse. Por eso la casa de Llofriu es una piña. Los nietos, que pasan un mes en verano aquí conmigo, a pesar de ser de familias diferentes, tienen un grupo que llaman «los cosinos» que es sagrado para ellos. Yo no les he enseñado a estar unidos, lo han vivido. Nosotros, por ejemplo, celebramos la noche de Reyes juntos: dejamos todo cubierto de regalos y cerramos la puerta con un gran lazo que cada año abre una persona distinta, por orden de edad; para la fiesta de mis ochenta y nueve cumpleaños nos quedamos treinta a dormir aquí. Desde luego, no tenemos treinta camas en la casa, pero nos las arreglamos; en comidas y cenas hemos llegado fácilmente a ser sesenta. Tengo la firme sensación de que es esto lo que importa.

No veo que hoy en día se tenga conciencia de que los años cuarenta y cincuenta del siglo xx fueran realmente nefastos. De hecho, todavía, actualmente, estamos pagando las consecuencias. Y no lo digo por mí. Nosotros pasamos una infancia muy mala en muchos sentidos, pero en ninguno de los habituales. Pertenecíamos a una familia acomodada e íbamos a un colegio de monjas que costaba mucho dinero. Así que no pasamos hambre, no pasamos frío, no pasamos sed. Normalmente no se suele hablar de este sector social porque nuestro dolor era menor, en comparación. A pesar de que para nosotros fuera grande. El hecho de que

tengas seis, siete, ocho, diez u once años y veas a tu madre en un Tribunal de Menores, con la Policía en la puerta, delante de una señorita que va escribiendo todo lo que os decís, no es normal. Socialmente, tener los padres rojos y separados era mucho más duro que ahora, obviamente. En mi caso, no puedo decir que sufriera mucho, pero mi hermana Georgina, sí. Mis padres ya no tenían nuestra tutela y con los años hemos ido sabiendo que todo estaba en manos del abuelo, que nos explicaba las faltas que habían cometido nuestros padres y decía que el pecado de mi madre era peor que el de la serpiente, además de enterarnos de las injusticias y brutalidades que el régimen llegó a cometer a través del Tribunal Tutelar de Menores. Como yo no sabía a qué pecado se refería, no me afectaban demasiado aquellas palabras, y el tema, poco a poco, pasó a formar parte de nuestro pasado. Más tarde supimos que nuestra madre, que había conocido a Matilde Locatelli en 1939, rehízo su vida con ella. Primero se instalaron en París, y cuando le pusieron la condición de que solo nos podía ver una vez al mes, y en Barcelona, le resultó más cómodo vivir en Madrid, para no tener que cruzar fronteras, algo complicado en aquellos años. Más tarde también conocimos a Matilde y la adoramos. Vivieron juntas sesenta años y solo las separó la muerte, que las dos sufrieron en dos fechas muy cercanas, en el año 1999.

En cualquier caso, socialmente, estábamos mal considerados. Había familias, incluso, que no querían que sus hijos jugaran con nosotros. Nos sentíamos muy diferentes. A mí, la verdad, es que no me hizo sufrir tanto como a los otros hermanos. Que un día descubriera que mi madre vivía con una mujer no me causó ningún efecto; quien lo pasó peor fue Georgina. Quizá por todo eso, siempre me he sentido menos afectada por cuestiones sociales.

Por ejemplo, la manera de llevar mi separación fue absolutamente insólita. Cuando ocurrió, seguimos viviendo juntos, durmiendo juntos en la misma habitación y con una organización magnífica. Discutíamos menos que si hubiéramos sido un matrimonio fantástico. Si los hijos hubieran tenido que renunciar a su padre, yo habría sido la culpable. A mí no me costaba nada seguir viviendo con mi marido si ya lo teníamos todo dividido. No fuimos desgraciados en absoluto. Cuando nuestro matrimonio terminó, yo estaba empezando a trabajar y no sabía si aquella ocupación me duraría. Le dije: «Mira, Eduard, tú pagas los gastos fijos y yo pago los extras». Gracias a eso mis hijos pudieron ir a Inglaterra, él no lo habría pagado. «¿A Inglaterra? ¿Y qué tienen que ir a hacer a Inglaterra?». Y yo le respondía: «Oye, que esto me toca a mí». En cambio Eduard pagaba los colegios, el piso, la asistenta... las cosas fijas. Él sabía prácticamente seguro cuánto gastaba cada mes, yo no lo sabía nunca. Pero lo cierto es que nos fue bien. Si se trata del bienestar de tus hijos, hay muchas cosas que las miras de otra manera, intentas solucionarlas. No lo haces para que tú puedas estar cómoda, sino para que la familia lo esté. Pero todavía quedaba algo pendiente: yo ayudaba a mi marido a ganarse la vida, pero aún no me ganaba la mía completamente. Cuando nos separamos, tuve que hacerlo yo sola.

No hay libertad sin libertad económica. Este concepto me persiguió desde el colegio. Aunque no lo comprendí hasta los veintiún o veintidós años, cuando ya tenía dos hijos. Entenderlo me dio esperanza en una época en la que no encontraba ningún sentido a mi vida. Pensaba: «¿Qué voy a hacer ahora? ¿Ir al parque con los niños? ¿Hacer una larga siesta? ¿Mi

vida será esto?». No le veía sentido. Y un día recordé aquella frase: «Si no tienes libertad económica, no puedes hacer esto, no puedes hacer aquello... no puedes ir a la universidad...». No había duda, me tenía que poner tacones y un abrigo de astracán, y me dije: «¡Esta es la mía! Voy a tenerla. Me costará, pero voy a tenerla». Y comencé a estudiar. Aquello no solo me daba la libertad de ir cada día a la facultad, también me divertía a morir y era fantástico tener una cosa diferente que hacer. Debía combinar las obligaciones familiares con las clases. Tenía dos niños, una asistente y un marido que, si no iba con cuidado, se enfurruñaba, y su mal humor me ponía de mal humor a mí. Mi truco era juntar a mi marido con los amigos de la universidad. Lo he hecho así toda la vida, me he pasado todo el tiempo juntando. En esta familia, en realidad, no se tiene en cuenta que te hayas separado, porque siempre, si así lo deseas, puedes seguir formando parte de ella. No veo por qué dos personas que tienen cinco hijos en común tienen que dejar de hablarse para siempre.

## **La religión**

La manera de enseñar del Dr. Trens me marcó profundamente. Cuando te explican las religiones te imponen leyes, te dan premios y se establecen castigos. Sin embargo, para mí, la religión fue otra cosa. Me apasionaba la liturgia y su sentido teatral. En el colegio nos enseñaron el origen de todos los elementos cristianos y esto, a mis ojos, les daba credibilidad. Lo aceptaba como una realidad perteneciente a otra. Una realidad paralela, más allá de la mía. Una metarrealidad que ordenaba el pensamiento, el mundo del martirio, en la que existía un Dios que figuraba que lo había creado absolutamente todo.

Tampoco acepté nunca el concepto de justicia en el ámbito de la religión, pero sin necesidad de pensarlo demasiado. Ya se veía que había cosas que no podían ser. Por ejemplo, que no ir a misa un domingo fuera un pecado mortal estaba claro que no tenía sentido, y me decía a mí misma: «son cosas de ellos». Sin embargo, sí encontraba sentido a una vida hecha de otra manera, existiendo en paralelo. Como si fuera un mundo del más allá, donde podía encontrarse una justicia que yo iba haciendo mía.

Venía de un ambiente absolutamente laico y, por lo tanto, el concepto de justicia ya lo había adquirido. Pero losa de la culpa y los remordimientos no la tenía. Si hacías una cosa mal, pedías perdón y ya está. Aun estando en un colegio de monjas, ¿de qué me podía confesar yo? La sexualidad no sabía ni que existía y la desobediencia era cuestión de tener razón. No creía en Dios, aunque sí que llegué a pensar que una vida en el más allá era posible. Incluso hoy todavía pienso en ello, pero ahora en sentido contrario: no confío en que exista tal cosa.

Recuerdo una frase de un escritor que aseguraba que para ser mentiroso hay que tener mucha memoria. El caso es que enseguida aprendí a decir mentiras. He contado una cantidad enorme de embustes en mi vida, y lo he hecho con toda la tranquilidad del mundo. Eran falsedades que tenía que decir si quería hacer o conseguir alguna cosa que no estaba permitida. Decía, por ejemplo, que había quedado con un sacerdote para confesarme y me quedaba tan fresca. Tuve que mentir porque en la época en que yo empezaba a ver las cosas de diferente

manera, muchas actitudes y pensamientos estaban prohibidos para las mujeres casadas. Dije mentiras hasta que fui más libre y dueña de mis decisiones. Ahora ya no lo hago, porque no me hace falta.

Cuando salí del colegio no acepté, ni creí nunca en la religión que se nos imponía. Era como un vestido que los católicos debían llevar con los castigos, los remordimientos, el cielo y el infierno. Este era el mundo en el que tenía que vivir, pero yo no lo aceptaba. ¿Cómo podía creer que del Espíritu Santo había nacido Dios o Cristo? Tampoco lo entendía demasiado, porque no comprendía qué era un nacimiento. Cuando finalmente supe en qué consistía la fecundación, me di cuenta de que la Virgen no podía haber sido fecundada por una paloma...

No recuerdo haber tenido nunca remordimientos o malestar por cuestiones de fe porque solo me interesaba la liturgia, nada más. Lo que sí tuve son dificultades para salir de la religión. Cumplía con todos los deberes litúrgicos porque me gustaban. Me agradaba el canto gregoriano, la música religiosa que se hacía en la escuela, seguía las festividades de los santos, y lo enlazaba con la tradición más popular. Consideraba que aquello iba a la raíz de nuestra religión y eso sí que lo entendía y aceptaba de manera natural, puesto que no era una cuestión de fe; ni de cielo, ni de infierno.

A los hijos no los eduqué con un sentido religioso, sino más bien metafísico. Aunque hicieron la primera comunión, porque era casi una obligación. Además, iban a una escuela religiosa de las mejores, la Betania, que habían fundado mis cuñadas. Eran tres hermanas, una monja y las otras dos no. Aquel colegio me gustaba porque les daba un sentido del comportamiento social y de justicia de la humanidad. Esta parte era muy importante.

La religión que encontré fuera de la escuela era para llorar. Parecía que quisieran convertirme. El matiz religioso estaba en todas partes, en los días de fiesta y los que no, los de los muertos y los de resurrección. El sentido del castigo y del martirio también afloraba en todo momento. Y es esta parte de la religión la que no entendía entonces, y nunca entendí después, ni tampoco la practiqué, en la medida de mis posibilidades. Para mí, la confesión no tenía sentido porque no estaba educada en el pecado. Cuando me tocaba irme a confesar, me inventaba cosas del tipo: «No puedo ver a la hermana Ángela», y el confesor me respondía: «Pues si no puedes verla, ponte gafas».

Al salir de la escuela, la religión no tenía nada que ver con lo que nos habían enseñado. Cuando llevaba cinco años casada, ya no creía en nada. Durante muchos años, seguí mi propia tradición litúrgica. Celebrábamos más los cumpleaños que los santos, y así íbamos tirando. Lo primero que se me ocurrió fue aprender a esquiar. Me iba con los niños a la nieve para esquivar la Semana Santa. Eran cosas que hacía mientras me iba desembarazando de la fe que trataban de imponerme. La otra, la fe litúrgica, todavía la conservo, porque es una forma de celebración intelectual.

Jamás le podré agradecer al Dr. Trens la manera cómo nos educó. Siempre explicaba lo que quería transmitir desde un punto de vista histórico o intelectual, nunca desde la moralidad, el castigo, ni el pecado. No habríamos entendido la macabra profundidad de algunos textos bíblicos y otros textos sagrados. Los encarábamos desde nuestra forma de ver la realidad. De

lo contrario, ¿cómo habríamos podido seguir sin dudar u horrorizarnos?

Por eso, el 21 de abril de 1953, me casó el Dr. Trens en la iglesia de los Santos Justo y Pastor. Quien dijo la misa fue mosén Alemany, el sacerdote de la escuela Betania, que era muy amigo de mis cuñadas y era un ángel. Recuerdo que cuando, tras un tiempo, empecé a plantearme, en términos más prácticos, el tema de mi separación, yo le decía: «No tengo ganas de acostarme con mi marido» y él me contestaba: «Pues no te acuestes con él». La religión te obliga a hacer lo que de verdad crees de buena fe. La mayoría de las cosas que decían eran sandeces e ilusiones, pero, afortunadamente, todo no.

## 2. El camino de la libertad

### Libertad

No sabría decir cuándo fue la primera vez que empecé a pensar en mi libertad, pero creo que ocurrió más o menos hacia el año 1939 o 1940, en la misma época en que mi hermana Georgina, al llegar de su exilio de guerra en Holanda, expresó, con las pocas palabras recién aprendidas, algo que quiso dejar bien claro: «De mí, imando yo!» (*De mi, mano jo!*). Quizás esas palabras me acompañaron y me enseñaron el camino; es muy posible que así fuera, porque estuve con Georgina prácticamente toda la vida y, que yo recuerde, ella casi siempre hizo lo que le dio la gana. Le gustaba coser y, mientras cosía y escuchaba música, pensaba. Ella nunca me lo dijo, pero no me cabe duda de que buscaba razones y bases para estar segura de que lo que quería era, realmente, lo que quería, y no lo que se acababa de inventar.

Así lo he ido haciendo siempre, con mayor o menor entusiasmo, aunque cada vez más convencida de que hay que estar lo más segura posible de los argumentos que te llevan a tomar decisiones. No siempre puedes tener esta certeza, porque la vida cambia y, con ella, las cosas que vamos haciendo nuestras, las que categorizamos como importantísimas y acabamos realizando. Estas mismas, por haberse cumplido, se convierten en otras que dan pie a las siguientes, unas en las que nunca habíamos pensado. Por lo tanto, hay una parte de nuestra vida que, aun dependiendo de nosotros, no podemos prever. Por eso lo que importa es saber qué queremos hacer.

Así, cuando creemos que ya tenemos la libertad en nuestras manos, en verdad solo nos lo parece, porque la realidad siempre se está reinventando, y una idea se encabalga en la siguiente: el conocimiento que tenemos de ella es, en gran parte, desconocido y diferente de lo previsto, lo cual es realmente inquietante. Lo máximo que puede conseguirse, como en casi todo lo que uno desea, es la continuación de la búsqueda y de la lucha, esa pelea constante que al menos te permite contemplar tu propia vida con una mirada distinta. Esto es lo que quiero que se entienda cuando digo «situarte en el camino de la libertad». Y es tan raro, tan sorprendente, que, a veces, sucede que te sientes más o menos culpable de cómo te habías sentido antes. Si habláramos más de esto, podríamos darnos cuenta de que este es nuestro gran error, el de muchas de nosotras: desconocemos qué es conquistar la libertad; nos parece que, en cuanto hemos conseguido el primer objetivo, ya lo hemos hecho todo, y no es así. Surgen miedos, a veces desconocidos. Porque la libertad no consiste únicamente en conseguirla, es otra cosa. Es descubrirla, cuidarla, fortalecerla, aplicarla y utilizarla, mirarla, desearla. En realidad, la única posibilidad es instalarse, no en la libertad, sino en el camino hacia ella. Este pensamiento es bonito y esperanzador, porque sabes que tratas con lo que conoces, no con invenciones de la palabra que, seguro, algún día te desconcertarán. La libertad no es una cadena que te ata a unos valores o unas doctrinas, sino algo vivo que hay que saber mirar,

escoger, aplicar.

## La protesta

Creo que el feminismo es una manera de vivir, de entender la vida, del mismo modo en que la literatura o la física son formas de comprender el mundo. No es una lucha entre mujeres ni contra los hombres —o no tendría que serlo—, sino que lo entiendo como la adopción de un criterio de absoluta igualdad entre todos. A esa igualdad solo se puede llegar mediante la lucha, mediante la protesta.

Me parece que tendríamos que protestar por todas las cosas injustas que estamos viviendo, incluso por las que aparentemente no tienen demasiada importancia, e insistir, aunque el resultado no sea el que querríamos. Quizás alguna vez ganemos con la indiferencia, pero con la protesta lo haremos siempre. Un buen ejemplo es lo que me sucedió una vez, hace muchos años: iba cargada con los papeles oficiales que evidenciaban que estaba cursando el segundo curso de Filosofía y Letras en la universidad, fui a la comisaría a renovar mi pasaporte y me encontré con un oficial que se negaba a dejarme escribir «estudiante» en el espacio para «Oficio»:

—Porque aquí dice que usted está casada, si está casada tiene que poner «sus labores».

—Pero yo soy estudiante.

—¿No hace sus labores como mujer casada que es?

—Sí, claro que las hago, pero también soy estudiante.

—Lo siento. Si la ley dice «casada», pues «casada»: «sus labores».

—Pero es que a mí no me parece bien.

—Pues es así.

—¿Y no puedo poner «estudiante/sus labores», por lo menos?

—No, lo siento, es la ley.

—¿Qué ley?

—¡Qué sé yo! Siempre se ha hecho así.

No movía ni un músculo de la cara, pero no estaba enfadado.

—Bueno, pues lo enviaremos a Madrid.

—¡Pues a Madrid!

En esos años todo se enviaba a Madrid.

—Gracias, pues.

Sonriendo con timidez al oficial, me fui llena de esperanza, pero, cuando volví al cabo de quince días, enseguida me di cuenta de que había perdido.

—En Madrid han dicho que no puede ser. Ya se lo dije, es la ley. Si está casada, tiene que poner «sus labores».

Desolada y sin decir nada empecé a recoger mis papeles. Y, de repente, me espoleó el tono de su voz:

—Bueno, en Madrid han dicho que no se podía poner «estudiante».

Se entretuvo un momento ayudándome a recoger los papeles, los volvió a poner delante de él y me dijo:

—Pero podríamos poner «prensa», si le gusta. ¿Le gusta?

Yo lo miraba atónita.

—Es casi lo mismo que estudiante.

Me quería convencer.

—¡Perfecto! —le contesté, intentando disimular mi falta de entusiasmo.

Nunca pude agradecerle a ese oficial, al que le tocó atenderme y aguantar mis protestas, que se sacara del bolsillo ese «prensa» tan insólito que, años más tarde, en mis estancias en Londres, me procuró un lugar preferente en los rifirrafes entre laboristas y conservadores en las elecciones locales, en unas municipales y las generales del Reino Unido de los años sesenta, e incluso en una reunión importante —no recuerdo la fecha— del Banco de Inglaterra.

Y es que las cosas no son como son: son como tú quieres que sean. Otro cantar es que te salgas o no con la tuya. Dicho de otra manera, te guste o no, eres responsable de esas cosas y, en la medida de tus posibilidades, has de luchar para mejorarlas o abolirlas. Ya se trate de árboles, calles o palabras.

Ya desde niña me había dado cuenta de que en mi pequeño mundo había cosas diferentes de las que me enseñaban. Yo seguí haciendo mi vida, tranquila, pero continuaba descubriendo lo que creía haber visto, segura de que tenía que haber otra manera de vivir, con otros proyectos y otra gente, y me lo guardaba para mí. A veces, cuando lo pienso, me parece que, sin saber siquiera que existían, yo ya hacía vivos a Carlos Barral, Gabriel Ferrater y muchos más.

La verdad es que hubo imprevistos y encuentros casuales que me ayudaron, como si hicieran el trabajo por mí, y gracias a ellos también entendí que vivía en un mundo distinto del que tenía a mi alrededor, que la gente con la que trataba era diferente. Era el mundo que, por ejemplo, Jordi Pujol —a quien conocí en aquellos años— y muchos otros nos mostraban como objetivo y querían imponer, como si fuera el único posible.

Un día, en 1963, cuando ya iba a la universidad, vi por casualidad en una vitrina del pasillo el anuncio de una conferencia sobre la independencia del Congo y el asesinato de Lumumba, su primer presidente, a manos de los americanos. La impartía un alumno al que yo todavía no conocía: Manuel Vázquez Montalbán. Mi hermano Xavier se acababa de casar con una multimillonaria propietaria de minas en Katanga y pensé que estaría bien ir. Y fue allí, escuchando a Manolo, donde me di cuenta de que no todos los asesinatos los cometían los mismos, ni que los cometían solo en la guerra y la posguerra de Franco, que era la que yo conocía. Mi pensamiento político, intenso pero limitado, se reducía a lo mío, a la experiencia vivida o a las consecuencias que se derivaron de esta. Era como una especie de nacionalismo.

Todavía pensaba, o debía de pensar, que nuestra guerra y nuestra gente, nuestros defensores o nuestros traidores, eran los únicos protagonistas de nuestras creencias, del contenido de nuestra verdad, de nuestros criterios y compromisos políticos: era lo que nos había tocado, nuestra cortísima experiencia, tan hiriente y tan intensa. Aún hoy, cuando creo haber ensanchado el espacio de mi experiencia, hay dos emociones que no puedo evitar: una es la

irritación y vergüenza impresionantes que me provoca oír una frase laudatoria de Franco o de los suyos. No discuto: me levanto y me voy. Y la otra, que se me llenen los ojos de lágrimas al oír hablar de la República y de la Guerra Civil. Me marcaron la vida, aunque mientras aquello me pasaba no me daba cuenta, no tanto como ahora, cuando mi interés ya ha traspasado las barreras del nacionalismo doméstico, del «yo», del «nosotros», de «lo que me ha pasado», de «lo que quiero conseguir» o de «lo que me corresponde». Fue entonces cuando decidí ponerme definitivamente a favor de la que yo creía que era la verdad general, cósmica, aplicable a la humanidad entera.

El proceso era largo porque entendí que, a partir de aquel momento, me tocaría vivir, muy consciente de ello, donde no me gustaba, y no me refiero únicamente al paisaje. En realidad, me costó muy poco entender que vivimos más en un descalabro que en un mundo, un descalabro mantenido y pagado por nosotros mismos. Y quien no lo vea, no sabe dónde vive. A veces me dicen que no se puede ser tan drástica, pero pienso que sí se puede, y se debe. Esto no me ha impedido divertirme, lo reconozco con vergüenza. Al contrario, pensar en todo eso y trabajarlo me dio una facilidad tremenda para ir tirando. Con todo, poco a poco fui entendiendo que lo que estaba descubriendo era que había otra vida, otra realidad más justa y que, con nuestro conocimiento y nuestro esfuerzo, también podía ser más factible. Y esa es la vida que he intentado vivir.

### 3. El matrimonio y la Iglesia católica

#### La educación sexual

Cuando yo era pequeña la educación sexual estaba envuelta en el silencio: no existía, o más bien el régimen y la religión habían decidido que no existiera. Por consiguiente, ni yo ni ninguna otra chica de mi edad tuvimos un atisbo de educación sexual. El primer indicio de algo similar que tuve en mi vida fue la noche de bodas, cuando me senté en la cama y pensé «a ver qué pasa ahora». Porque no tenía ni idea. Mi marido y yo nos habíamos dado ciento treinta y seis mil besos en los labios a escondidas y de prisa y corriendo, y después nos habíamos confesado inmediatamente. Acabamos conociendo las campanas de todas las iglesias alrededor de la casa de mi abuelo, donde yo vivía, pues cuando salíamos ya tocaban las nueve, la hora en que Eduard tenía que estar en su casa para cenar. Como siempre llegaba tarde, echaba a correr hacia el Ensanche, donde vivía él, cargado de besos perdonados, pero de ninguna de las delicias que nos habíamos perdido para conservar nuestra pureza, según decía él, que era supercatólico.

Yo no sabía nada de este tipo de pecados. De vez en cuando algo me llamaba la atención. Recuerdo un día, en el colegio, hablando con las cinco chicas de mi curso de bachillerato, cuando una preguntó: «¿De todos los huevos de una gallina salen pollitos?». Como ninguna de nosotras lo sabía, le preguntamos a la monja que nos daba ciencias naturales, que nos contestó: «No, solo salen de los huevos de gallinas fecundadas». Y nos quedamos igual que antes. Teníamos quince años y nunca habíamos salido a la vida que más tarde yo denominaría normal; no sabíamos nada. Cuando nos bajaba la regla nos daban una llave del dormitorio para poder ir a lavarnos y ponernos unas «cosas» —ahora se llaman compresas— que nos daban, y aquí se acababa todo. «La mayor vergüenza de una mujer —nos decía la hermana del dormitorio— es que le encuentren una mancha de eso». Pobre «eso», que ni siquiera tenía nombre, y pobre de mí, condenada a ir toda la vida manchada, porque, como no tenía ningún dolor que me anticipara cuándo sería la próxima vez de «eso», nunca me acordaba. Pero tampoco recuerdo que lo habláramos mucho. Era como hacer la primera comunión: cosas que pasaban.

Volvamos a las gallinas fecundadas: no pasó nada, solo que aquel día se suspendió la clase de ciencias naturales y ya no volvió a salir el tema. Debió de darnos igual y la monja, contenta. Tampoco se nos ocurrió pensar en cómo nacían los niños, la verdad es que estábamos muy ocupadas. Nos levantábamos a las siete de la mañana y nos acostábamos a las nueve de la noche, todo el día estudiando, y nunca pasaba nada.... Un día a una niña la sacaron de la escuela, precisamente porque había tenido «conversaciones pecaminosas» con un monaguillo. Este vivía junto al colegio, al otro lado del gran jardín. A él también lo echaron. ¿Conversaciones? Imposible. Lo único que habían hecho era mirarse cuando el monaguillo, para trasladar el

pesado misal de un lado al otro del altar, no tenía más remedio que girarse de cara al público.

Por eso el día que me casé pensé: «Ya me las apañaré. Si todo el mundo nace de la misma manera, si esto que se supone un acto normal y muy romántico entre parejas —que se convierte en ultrapecaminoso si no hay un certificado de matrimonio— y es la condición para que de él nazca una criatura, si esto tiene que pasar esta noche, pues a por ello. No puede ser tan complicado ni raro, porque todo el mundo nace igual». Y fue una noche de bodas muy bonita y larga, sorprendente.

Conocí a Eduard Omedes, el hombre que sería mi marido, en Italia. El noviazgo fue corto y nos casamos enseguida. Mi abuelo nos había llevado a Roma a mi hermano Oriol y a mí porque se proclamaba el dogma de la Asunción de la Virgen. Estábamos en el interior del Vaticano, en una sala inmensa, llenísima de gente, esperando que apareciera el Papa. En otro lugar, más adentro, estaban reunidos los personajes importantes y mi abuelo —como personaje importante de los católicos— también estaba allí. Detrás de nosotros había unos chicos catalanes hablando y decían que si esta chica es noruega, que si sueca, que si tiene el pelo rojo o no... Al final me volví y les dije: «Soy catalana, igual que vosotros». Los chicos eran Jordi Pujol, Joan Martí i Mercadal, algún otro y Eduard Omedes. Vivían en una residencia en las afueras de Roma y me invitaron a ir. Fui, y a la hora de volver a mi hotel me acompañó Jordi Pujol. Y me dijo: «Me han comentado que te gusta mucho la música». En aquel momento yo estaba haciendo la carrera de piano. Él me explicó: «A mí siempre me ha interesado mucho saber qué significa que te guste la música, porque, dime una cosa, tú, cuando oyes “LAAAAA”, ¿qué oyes?». Le contesté que la música no es solo una nota, sino la combinación de varias. Ahora, tanto tiempo después, parece difícil creer que este Sr. Pujol acabaría siendo presidente de Cataluña.

Después de aquel viaje yo todavía iba al colegio y al final del curso 1950-51, una vez acabado el bachillerato y superado el examen de Estado, dejé los estudios y fui a vivir a casa del abuelo Regàs. «Esto solo les pasa a las chicas como vosotras», nos decía, sin explicarnos qué quería expresar con eso, y así íbamos tirando, poniendo cara de buen o de mal humor, según el día, sin saber por qué, sin nada que hacer.

Un día iba por la calle y me paró un chico que me dijo: «¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Soy Eduard Omedes, nos conocimos en Roma». Yo le contesté: «Sí, sí». Y él: «Oh, ¡qué bien, qué ilusión!». Me preguntó si me podía acompañar y seguimos caminando tranquilamente. Cuando me dejó en la puerta de casa, antes de despedirnos, me preguntó si un día me podría invitar a merendar. Le dije que sí. Aunque tenía prohibido salir —mi abuelo nos lo prohibía todo—, sabía cómo escabullirme de mi tía y de las mujeres de la cocina. Un sábado me escapé y fuimos a merendar a Cosp —creo que se llamaba así—, un café que estaba en unas galerías debajo del piso donde yo había nacido, en la Gran Vía entre paseo de Gracia y rambla Cataluña, y después de aquel sábado vino otro, y otro, y fuimos quedando cada semana. Nunca había salido con nadie y era natural que me gustara. Yo debía de estar feliz, Eduard no me desagradaba. Y un día, cuatro o cinco meses más tarde y después de unas cuantas meriendas, me preguntó si me quería casar con él. Me puse muy contenta, porque desde siempre había

soñado con tener una gran familia con muchos hijos. Sopesé si Eduard me ayudaría a conseguirla, pero tampoco me cuestioné mucho más; lo pensé un instante, le miré a la cara y le dije que sí. Nos sentíamos tan dichosos que, como un superextra, quedamos para vernos a la mañana siguiente en la Llotja, adonde él iba a diario. Cuarenta años después me contó que, ese día, me vio tantas pecas a la luz del sol —no quedaba en mi cara ni un milímetro cuadrado sin una peca, tenía toda la piel tostada— que pensó seriamente en romper el recientísimo compromiso. «Con esa cara —recordaba cuando me lo explicó— ¡cómo te iba a presentar a mis amigos! ¡Virgen Santa, no sabía cómo librarme!». Pero debió de olvidarse rápidamente, porque nunca más volvió a mencionarlo. En aquel momento él tenía veinticinco años y yo, dieciocho.

La vida antes de la boda se complicaba mucho porque había que preparar el ajuar: combinaciones, camisones, toallas, invitaciones y tantas otras cosas. Aunque todo lo hacía una modista, te pasabas el tiempo escogiendo tejidos o probándote vestidos. Yo, acostumbrada al uniforme del colegio, no sabía cómo llevarlo. Había que arreglar muchas cosas y no recuerdo haber pensado mucho dónde me estaba metiendo.

Me llevó al altar mi abuelo. Yo lo veía todo muy enmarañado, no entendía muy bien qué pasaba ni adónde me llevaría casarme. Recuerdo que, mientras íbamos mi abuelo y yo solemnemente sentados en el coche nupcial camino de la iglesia de los Santos Justo y Pastor ya a rebosar de invitados, él con sombrero de copa y yo vestida de novia, justo antes de entrar, con la cabeza liada y repleta de nuevas ideas, visiones extrañas, amenazas desconocidas y preguntas sin respuesta —todo dándome vueltas—, en aquel fragor se abrió paso un pensamiento para calmarme: «Madre mía, ¡vaya lío! ¡Pero ya me las apañaré!».

Ya he dicho que no sabía nada sobre el sexo. Y, cuando digo nada, es nada. Era consciente de que existía la noche de bodas, pero no de en qué consistía. El único aprendizaje que tuve —si se le puede llamar así— estando ya prometidos oficialmente procede de cuando Eduard venía a mi casa al atardecer y nos besábamos, procurando que no nos viera la tía María, siempre vigilante desde la habitación de al lado, y yo bajaba con él a la calle para despedirnos. Y después íbamos a confesarnos porque aquello era pecado mortal, y claro, así acabamos conociendo a todos los curas y todas las iglesias del centro de Barcelona.

El día de la boda, después del banquete y de la fiesta, fuimos a nuestra nueva casa: habíamos alquilado un apartamento en un edificio que todavía estaba en obras y Eduard me subió en brazos cuatro pisos. Estuvimos toda la noche con la puerta abierta porque me llevó directamente a la cama y nadie la cerró. Me quité el vestido y las enaguas y me puse el precioso camisón blanco que me habían extendido encima de la cama. Luego me senté y esperé a ver qué pasaba. Nos dimos cuatro besos y ahí empezó todo. Fue una noche de bodas de la que no tengo mal recuerdo, al contrario, descubrimos algunas cosas preciosas que, si no tenías un certificado de matrimonio católico, se convertían en pecado mortal. Pero eso era antes; a partir de entonces las noches serían como esa, deliciosas y sorprendentes.

Entonces empezamos con las celebraciones. Como en casa de mi abuelo solo se festejaban los santos, yo lo celebraba todo. Organizaba pequeñas fiestas y me gustaba hacer toda clase de

manualidades, todo lo que se me ocurría, porque me aburría como una ostra: ramos de flores o belenes de papel con personajes típicos de París.

En la boda, cuando dijimos a los invitados que nos íbamos al fotógrafo, en realidad fuimos a encontrarnos con mis padres, que no habían podido venir por orden del Tribunal Tutelar de Menores. Yo había visto a mi madre a escondidas del tribunal, del abuelo y sus espías. Durante muchos años solo la pudimos ver el tercer sábado de cada mes, de cuatro a seis y media de la tarde, con una tal señorita Rosalía que estaba sentada con nosotros y un guardia vestido de gris en la puerta. Por eso la conocía muy poco, pero era tan guapa, olía tan bien e iba siempre vestida tan vaporosa, como un ángel, que los cuatro hermanos la adorábamos y nos parecía la persona más elegante del mundo. Siempre nos lo pareció, incluso cuando, con el paso del tiempo, la llegamos a conocer mucho más, y de una manera especial al morir, a los noventa y tres años, cuando nos ofreció su belleza más perfecta.

Poco antes de casarme, un día mi hermana Georgina y yo salimos a escondidas con mi madre porque quería comprarme algunas cosas. Ella quería ir a la zapatería Torrents, porque estaba en el edificio donde habíamos nacido nosotras dos. Recuerdo que íbamos por el paseo de Gracia y que, bajando, se acercaba mi padre. Como no había visto nunca juntos a mis padres, cuando nos cruzamos, lo primero que se me ocurrió decir fue: «¿Os conocéis?», y mi padre, que tenía respuesta para todo, contestó: «Nos conocemos, incluso en el sentido bíblico».

Una vez casada, ya no dependía del Tribunal Tutelar de Menores, sino que pasaba a depender de mi marido hasta la mayoría de edad, a los veintiún años. Eso mejoró las cosas considerablemente. Pero él tampoco dejaba que mi madre entrara en casa, algo que era normal en los años cuarenta, tan fascistas y con una Iglesia tan victoriosa, franquista y poderosa. Quedábamos a comer con ella en el restaurante Reno, y mi marido también venía. Las cosas se fueron suavizando y arreglando a medida que iba cogiendo las riendas de mi propia vida. Me costó mucho, ha sido una batalla muy larga y dura, con años cargados de miedo y de terror por el qué dirán, por lo que hacía, leía o pensaba.

Durante todo este tiempo me he encontrado con actitudes como la sumisión y la aceptación constante de comportamientos obligatorios para ser una buena persona y una buena esposa. Y las quería creer y cumplir, a pesar de que entraban en contradicción con lo que yo imaginaba que tendría que aceptar: sabía que, para ser una buena esposa, una debía ser humilde y sacrificada, y yo no era ni una cosa ni la otra.

## **Viaje de novios**

En el viaje de novios fuimos primero a Roma y, después, de Italia a Ginebra, desde donde enviamos todo el equipaje de regreso a Barcelona y allí nos quedamos solo con una pequeña maleta para movernos más libremente. Hicimos el resto del trayecto muy felices y contentos, con un único contratiempo.

Nuestro hotel estaba en las afueras de Sankt Gallen. La primera mañana, cuando abrimos la ventana, nos encontramos con un panorama espectacular: un valle inmenso con un río, campos

labrados, agricultores trabajando y, de tanto en cuanto, unas imponentes casas de campo rodeadas de casitas, caminos y carreteras. Coronando el paisaje, despuntaban unas altas montañas lejanas y oscuras. Eduard, entusiasmado, propuso que alquiláramos bicicletas para dar un paseo y que nuestro día transcurriese en aquel lugar tan hermoso.

Yo nunca había montado en una bicicleta, en el colegio no había y en casa de mi abuelo, en Tiana, tampoco, pero me dio vergüenza decírselo y pensé que ya me las arreglaría. Si todo el mundo sabía, no debía de ser tan difícil. Al principio todo fue muy bien, encontramos un taller donde alquilaban bicicletas y, mientras Eduard hablaba con el dueño, cogí la que me habían adjudicado, salí a la calle ancha y desierta y di allí mis primeras pedaladas, y también algún que otro traspies, aunque no me llegué a caer. Estaba muy sorprendida porque parecía que poco a poco todo iba a ser muy fácil. Eduard salió con su bici, y al grito de «¡Sígueme!», arrancó a una velocidad supersónica. Yo intentaba seguirlo a trancas y barrancas, pero tan despacio y con tantas paradas que al final él se dio cuenta de que me había quedado atrás y retrocedió para rescatarme. Viendo el estado en que nos encontrábamos mi bicicleta y yo, pensó que tenía miedo o que me faltaba práctica y se aplicó en ayudarme, dándome consejos que yo intentaba seguir.

Así transcurrió la mañana, pedaleando por calles y caminos llanos y vacíos, y cuando a mediodía aparcamos nuestras bicis junto a un pequeño quiosco que vendía pastelillos de carne y cerveza negra, yo ya había conseguido normalizar un poco mi imagen de ciclista destartalada. La tarde resultó corta y movida. Cogimos las bicis y cuando la calle en la que habíamos parado a comer se convirtió en un camino que se precipitaba hacia la parte más profunda del inmenso valle, Eduard, que naturalmente iba delante, se paró. Acto seguido, invitado por la curva y sin olvidar alentarme —«¡Ánimo, sin miedo!»—, se lanzó disparado hacia el fondo del impenetrable valle que habíamos visto esa mañana desde la ventana. Yo no tenía miedo, pero tampoco mucha habilidad, y justo antes del gran batacazo aún pude ver como una campesina con un cesto pasaba volando a mi lado y desaparecía deshecha por la luz del sol. Total, que me desperté en una cama de un hospital desconocido. Mi marido estaba en un rincón, hablando con un señor con bata blanca. Hasta última hora de la tarde no nos dijeron qué me pasaba, poca cosa, una pierna magullada que requería atención, pero igualmente no podría salir del hospital hasta pasados tres días. A la mañana siguiente Eduard y yo decidimos que nos íbamos a escapar. Yo no me encontraba mal, a excepción del fuerte golpe que me había dado en la pierna, y no teníamos ninguna intención de pasar tres días del viaje de novios en el hospital. «¿Qué sabrán en la frontera? Nosotros la pasaremos antes de que les llegue la noticia del hospital o de la Policía». Y eso hicimos, paseando por el inmenso jardín que rodeaba el hospital, sin puertas ni barreras, lleno de enfermos que caminaban con sus familiares o acompañantes, o tomaban el aire y el sol. Por la tarde cruzamos la frontera entre Suiza y Alemania Occidental sin problema, y al día siguiente empezamos con calma la ruta desde el sur hacia el norte, hasta llegar a Bonn, entonces la capital. Una vez allí, después de ver cómo se reconstruía un país derrotado y destruido por una guerra mundial que había acabado apenas ocho años antes, nos subimos a un tren que iba hacia el este y, finalmente, ¡París!

París me emocionó hasta hacerme llorar porque, aunque yo no me acordara, sabía que había vivido allí un año, mientras en Barcelona, mi ciudad, mi familia o lo que quedaba de ella era bombardeada por los traidores a la República y miles de personas luchaban contra el fuego y las bombas. Aun así, pasamos unos días deliciosos entre el cine, el teatro y la música, las visitas, los paseos, los museos y los restaurantes... La última noche cenamos y brindamos por la República con el presidente Josep Tarradellas, que aún tardaría veinticinco años en serlo, y Antònia Macià, su esposa, que compartía con él el exilio. Tarradellas era amigo de mi padre, había trabajado con él en la Generalitat de Cataluña los tres años de guerra civil, y tuvo que salir con él. Después de cenar nos llevaron a ver el espectáculo de Édith Piaf, una maravilla. Todavía hoy, cuando evoco su voz, la recupero en ese escenario negro donde destacaba únicamente la luz magistral de sus manos, tan expresivas. Fue una despedida preciosa de la ciudad, a pesar de que tuvimos que adelantar dos días el regreso a Barcelona por no sé qué lío con el Barça, que de repente se había situado a un solo punto de ganar la Liga, o la Copa, o qué sé yo... «Pero cuando compramos los billetes en Barcelona, ¿no sabías que este partido era tan importante?». «¿Cómo quieres que supiera que el Betis ganaría al Valencia y que el Vigo empataría con el Sevilla?».

## **Equipos de matrimonios**

Recién casados, mi marido me propuso que nos uniéramos a uno de los grupos de los equipos de matrimonios de la Mare de Déu de Montserrat que dirigía Jordi Pujol. Bajo la influencia de Jacques Leclercq, autor del libro *El matrimonio cristiano*, donde desarrollaba esa idea, Pujol coincidía con el sacerdote belga en que la vida de los cristianos se estaba alejando de Dios y de la religión.

Creyendo como creía que llevábamos una vida tan confusa y llena de distracciones que nos alejaban del ideal cristiano, opinaba que nos iría muy bien asistir a las reuniones mensuales e incorporarnos a uno de los equipos que se estaban formando. Eduard estaba de acuerdo. Yo, como tenía que hacer caso al marido, dije que iría. Pero ya en las primeras reuniones empecé a percibir poco a poco actitudes y decisiones que no coincidían plenamente con la piadosa exposición inicial. Al hablar, cuando daban alguna indicación, por ejemplo, ponían un tono que no me gustaba, como de pretendida modernidad y de supuesta apertura a una religión más actual. Porque solo era el tono. El resto era lo de siempre, aunque sí que podíamos sentarnos donde quisiéramos, sin separarnos entre hombres y mujeres, como todavía se hacía en los bancos de algunas iglesias. El sacerdote alzaba las manos para que nos levantáramos y empezábamos. Eduard, u otro del grupo, decía cuatro palabras para agradecer un hecho o para pedir una gracia y los otros se iban sumando.

Íbamos una vez al mes. La tercera vez que fuimos, una mujer comentó: «Entre nosotras, Señor, hay una que no está tocada por Tu gracia, te pedimos que... bla, bla, bla... le baje la gracia», y Eduard me iba diciendo «Esta eres tú, esta eres tú». Las sesiones se hacían en la escuela Virtèlia, a última hora de la tarde, y a las clases venían sacerdotes. Una vez acudió uno

—que luego fue obispo de Barcelona— que a mí no me gustaba nada, sobre todo cuando comentaba los textos religiosos. Como yo venía de un colegio de monjas muy pías en cuanto a las Sagradas Escrituras, me sabía de memoria trozos enteros de la Biblia, tenía una fe absoluta en los Evangelios y, si hacía falta, corregía: «No, esto no lo dijo san Lucas, lo dijo san Marcos». Y ellos me decían: «Tú no te metas, a ver si vas a saber más que la persona que nos dirige». Me hacían callar todo el rato, pero yo seguía protestando.

Un día volvieron a hablar de Jesús como defensor del papel de la mujer en la vida y la religión. Todos empezaron a dialogar y a discutir sobre las mujeres, defendiendo lo que creían que había dicho Jesús. Estaba indignada al ver a tanta gente a favor de la sumisión de la mujer y al sacerdote proclamando que san Pablo y Jesús la defendían. Yo callaba, avergonzada por no protestar, porque sabía que Jesús nunca había dicho que el hombre fuera superior a la mujer. Pero al final no pude más. Me levanté y en voz muy alta, y en castellano, la lengua con la que las había aprendido y vivido, pronuncié estas palabras que había escrito san Pablo en su *Carta a los Efesios*: «Las mujeres estén sometidas a sus propios maridos como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia».

Esta situación escaló sobremanera el día que, mientras yo caminaba tranquilamente por la calle, escucho una voz familiar que me grita, de repente: «¡Hola, rubia!». Y yo: «¡Hombre, don Armando, qué alegría!». Era Armando Blume, el profesor de gimnasia de mi colegio. Me dijo que había abierto un gimnasio allí mismo, muy cerca. Fui al día siguiente y me inscribí, a escondidas de Eduard. Tenía que mentir. De repente parecía como si todo se hubiera puesto en contra de las mujeres, como si fuéramos personas de segunda y nuestras únicas obligaciones consistieran en cuidar de los hijos y del marido y en estar siempre muy guapas. No podíamos tener más intereses, ya fueran profesionales, culturales, de investigación —científica o casi doméstica—, deportivos o de pensamiento. Eso sí, al Liceo no podíamos ir sin tacones.

A mis hijos les digo siempre que no saben qué duros fueron esos años. Afortunadamente yo estaba preparada, porque me había tocado en la época en que ya había empezado a cambiar y a protestar. Si lo hubiera visto de entrada, no lo habría resistido. De modo que decidí intentar arreglarlo a mi manera, a pesar de que la situación me producía mucha inquietud y angustia, como si nunca fuera consciente de dónde estaba. Todo eran problemas, pequeños pero continuos. Por ejemplo, cada día tenía que cambiarme el maillot de gimnasia y las toallas, pero era complicado lavar la ropa a escondidas. En casa trabajaba una chica que nos ayudaba, pero era mejor que no viera mi ropa sucia. Para acabar de arreglarlo, mientras todavía buscaba una solución, Achim Blume, el hijo de don Armando, se me acercó y me dijo que me había visto haciendo los ejercicios habituales con su padre y que le gustaría entrenarme para presentarme al campeonato de Cataluña de gimnasia deportiva al cabo de seis meses. Yo le dije «Vale» y él «Pues mañana a las ocho hay entreno». «A las ocho, a las ocho. Ni loca se lo digo a Eduard». Este me preguntaba dónde iba y yo le contestaba que «había encontrado un sacerdote que dice la misa muy bien, me recuerda el colegio». Por la tarde le decía otra mentira, y así íbamos tirando. Un día me preguntó: «¿Por qué no llevas nunca a los niños al parque?». «¡Porque me aburre!». Y esta fue la única cosa que nunca creyó.

Pasaron los meses. Cada mañana Eduard leía el periódico mientras desayunaba y, un día, mirando las páginas deportivas, dijo: «¡Mira, estas chicas de gimnasia han ganado!». Y fue leyendo: «Primera..., segunda..., tercera...». Se detuvo, sorprendido. No se lo podía creer: «Cuarta: ¡Rosa Regàs!». No tuvo tiempo de decir nada más porque llamaron a la puerta. Eran Jordi Pujol y Joan Martí i Mercadal con sus esposas, mosén Briba y alguna pareja más. Entonces sí que lloré. Me hicieron jurar que nunca más volvería a hacer gimnasia y yo lo hice entre lágrimas, eso y todo lo que quisieron. Luego se pusieron en contra de Eduard y, encima, justificaron que hubieran entrado en tromba en nuestra casa diciendo que su labor era procurar que una mujer casada no cayera en el pecado.

Los siguientes fueron unos días muy tristes. Mi cuerpo se sentía prisionero. Echaba de menos a las chicas de mi grupo, a las que estaba claro que no volvería a ver, por lo menos no cada día para trabajar en un proyecto común: Leni, la hija de don Armando; Pepis, la mujer de Achim; Renata Muller y Mari Carmen. Las cinco habíamos copado los cinco primeros puestos del campeonato. Cada vez que, tranquilamente, recordaba los hechos, volvía a indignarme por la actitud obsesiva que habían mostrado aquellos, convencidos de que me había exhibido, según ellos, medio desnuda —con maillot y enseñando las piernas— en el Price, un local de Barcelona donde también se celebraban combates de boxeo.

Durante esta historia, y antes de que explotara, yo creía de verdad que poco a poco iba salvando a mi marido de los pecados y remordimientos que él veía por todas partes y que lo hacían vivir angustiado. Pero fue a partir de aquel día cuando empecé a darme cuenta de que no era Eduard quien debía ser salvado, sino la sociedad entera, que vivía bajo la férula de una obediencia brutal. Y lo sigo pensando: obediencias a diversas *verdades*, todas diferentes, pero igualmente poderosas. Y no me refiero únicamente a la gran cantidad de religiones que inmovilizaban nuestra alma, o nuestra mente, o nuestra conciencia, se llamaran como se llamaran, con sus manos llenas de fuerza celestial. Siempre actuando a favor del poder, fuese también el que fuese, y, sobre todo, durante los años cuarenta del siglo xx. Entonces todo era pecado, en especial lo relativo al sexo, y nunca tenían esa consideración las faltas económicas, sino que estas eran simplemente inocentes errores sin importancia. Quizá en aquel tiempo yo no conocía gran cosa del mundo tal como era, ni el comportamiento de la naturaleza humana.

Fueron unos días horribles, mal ambiente en casa y mal ambiente dentro de mí. Pero, curiosamente, me fue muy bien. Como si se hubiera cerrado una puerta y, de repente, se hubiera abierto otra, pensé: «¿Qué haré? Porque, si no hago nada, por esta misma puerta saldrá mi cadáver, sin ningún cambio ni por dentro ni por fuera. Solo tengo una vida, ¿qué voy a hacer con ella? Podría dedicarme solo a los hijos, pero igualmente me sobraría tiempo y ¿quién me contestaría las muchas preguntas que todavía no he pensado? ¿Cómo es posible que cada vez las preguntas sean más?». Pensaba y le iba dando vueltas, pero no encontraba la solución. Un día vinieron mi madre y Matilde, a quien yo adoraba. Parece ser que Matilde me encontró algo apagada y ella, que era italiana, me preguntó: «¿Tú qué querías hacer si no estuvieras casada ni tuvieras hijos?». Y yo le contesté: «Ir a la universidad, pero no me atrevo ni tengo dinero para la matrícula, a no ser que sise», añadí medio en broma. «Tú ve, yo te doy

el dinero, será mi regalo». Faltaban dos meses para que se abrieran las matrículas y pensé: «Todavía tengo dos meses para ver cómo lo haré».

## 4. Madre y estudiante universitaria

### La universidad

Recuerdo perfectamente el día que entré en la universidad, se me caían las lágrimas, no sé si de miedo o de ilusión, y se me acercó un señor que me preguntó: «¿Tú eres hija de Mariona Pagès?». Le contesté que sí y me dijo, tiernamente: «Todos estábamos enamorados de tu madre». Era el doctor Petit, catedrático de Literatura. Una vez allí, ya empecé a sentir que pertenecía a un grupo que hasta entonces no había conocido; quien dice «grupo» dice «familia», a una pequeña historia, pero importante. De una manera o de otra, ir a la universidad me salvó.

Mi marido, en un primer momento, se enfadó mucho: «¡Otra vez! ¡Otro lío! ¡Eres imparable!». Luego se acostumbró. Pero yo tenía que hacer algo, no podíamos vivir así. Le explicaba: «Mira, yo quiero ir a la universidad». Pero no sé qué se imaginaba él que pasaba allí, qué tipo de gente había, si todo eran pecados sexuales, vete tú a saber... Para que viera que no era así, le presenté a tres amigos; le llevé a Salvador Clotas, Miquel Barceló y Paco Rico. Ellos tampoco se creían que estuviera casada, me decían medio en broma: «Nos quieres presentar a tu marido, ¿verdad?». Eduard no se terminaba de creer que fuera a llevar a nadie a casa, pero, como le gustaba quedar bien, encendió el fuego de la chimenea y preparó unas copas por si acaso. Al final, quedó entusiasmado porque Paquito Rico hacía los crucigramas que él nunca conseguía acabar, solo con las horizontales. Se entendieron bien y se hicieron amigos. Esto hizo que Eduard no viera tan mal el tema de la universidad. Me advirtió de que a partir de aquel momento tuviera mucho cuidado con lo que hacía en la universidad, porque él se enteraría. Y se echó a reír.

A mi suegra no le gustó nada que, al acabar el primer curso, me dieran una matrícula en Filosofía. Consideraba que ya lo podía dejar, ya había demostrado que era capaz de hacerlo y no hacía falta que continuara con segundo de carrera. Le contesté que sí hacía falta y esto hizo que nos distanciáramos un poco. Pero yo no quería pelearme con mi suegra. Por su cumpleaños y por su aniversario de boda le enviaba un ramo de flores, y así se fue ablandando. Con el tiempo llegamos a ser relativamente amigas, al menos para lo que era ella: una persona muy cerrada que colaboraba mucho con el Cottolengo.

A todo eso hay que añadir, además, que yo estaba dejando de ser católica de verdad. Mi marido me mandaba: «Mañana viste a los niños, que iremos a misa». Y yo le contestaba: «He pensado que, si no te importa, como en verano nos vamos de vacaciones y tengo que arreglar la casa, yo iré temprano y vosotros vais más tarde». Y así hacíamos. Recuerdo muy bien el primer día en que, en lugar de entrar en la iglesia un domingo a primera hora de la mañana, me senté en la terraza de un bar medio vacío. Sentí el gusto de mi primer cortado yo sola.

En 1959 empecé a estudiar la carrera de Filosofía y Letras y dejé de ir a misa. Dejo de ir a

misa, voy a la universidad, subo andando a casa sola con un chico... Todo eso lo hice en un año. También me hice amiga de un grupo de estudiantes con inquietudes políticas. Uno de ellos, que más tarde se casó con Montserrat Roig, era Albert Puigdomènech, un chico encantador con el que me escribía cartas políticas.

Recuerdo que fuimos a una manifestación en la que éramos 36 personas y me llevaron a comisaría. No sé cómo tuve valor: tenía dos hijos, vivía con mi marido y luego me embaracé más. Pero no se me notaba demasiado, bajaba a la universidad andando, me encontraba bien. David nació cuando empezaba cuarto, y Loris y Mariona cuando estaba en la mitad del último curso. En un año tuve tres hijos. Pero nos las apañamos bien y acabé la carrera en 1964. No recuerdo que tuviera muchísimo trabajo. Es verdad que me ayudaba una chica en casa y, durante unos meses, por la noche venía una monja a cambiar pañales y a dar biberones. Creo que si tenías un poco de ayuda no había para tanto, aunque yo me sentía una privilegiada. No sé si ahora se exagera, o quizá me lo parece. No sé si será porque tuve los hijos muy joven. No lo sé. O quizás es que las mujeres de ahora tenemos más necesidades, tenemos que saber hacer más cosas. El caso es que mi sueño de tener diez hijos se detuvo con los gemelos. Y me quedé solo con cinco: Eduard, Anna, David, Loris y Mariona.

## **Mayo del 68**

No fui muy partidaria del Mayo del 68. Quizá porque todavía había mucha censura y las noticias del exterior no llegaban muy bien. A mi lado tenía a los que lo defendían y a los que les era indiferente; había de todo. Aquí estábamos de lleno en un franquismo decadente y ya se olía la muerte del dictador y la Transición. Tenía la impresión de que aquel mayo francés no pasaría para nosotros. Yo veía que los que aquí apoyaban aquella revuelta, que incluso presumían de lo que estaba pasando, en realidad, no tenían nada que ver con lo que las noticias aseguraban que defendía la gente joven en París. La voz oficial de España no se comprometió, pero debió de estar alerta, así lo prueba el hecho de que aquí no pasó nada. Recuerdo que algunas personas comprometidas me vinieron a buscar y les pregunté: «¿Cuál será la primera manifestación?». Yo no pensaba en explosiones en la calle sino en una toma de actitud sobre lo que pasaba aquí respecto al Mayo, pero me dijeron: «Ya las haremos más adelante». Nunca tuve la sensación de que lo que estaba pasando en Francia supusiera una liberación en España, no tenía ese aire. Me gustaba, pero no vi nada que cambiara nuestra manera de pensar, de actuar, de decidir. Ni siquiera de conocer. Vi que la gente seguía siendo la misma, más o menos simpática, pero era la de siempre. Esta es mi impresión, y creo que siempre he tenido el oído atento para conocer otros aspectos de la realidad que yo vivía o de la que escuchaba hablar en la televisión. Es poco, porque no es mi oficio descubrir el pensamiento global de una ciudad, pero carecíamos de otro sistema a mano como ocurre en todas las dictaduras, y todos aquellos medios de comunicación eran incapaces de decir la verdad ni de descubrir el camino por donde se mueve.

Entonces pensé, y todavía lo pienso, que, cuando el poder se tiene de verdad, quien lo

ostenta se siente fuerte, quiere conservarlo y se resiste a moverse. El que lo tiene va con mucho cuidado para no perderlo y lo aprovecha todo para hacerse creíble, se diga lo que se diga, ya sea verdad o mentira. Realmente, los años de la Transición fueron un ejemplo de trabajo bien hecho por parte de ellos, de los que a toda costa querían obtener o mantener el poder. A costa de disfrazarlo o manipularlo de la forma que fuera. Sabían lo que se necesitaba, y así lo hicieron: pequeños cambios con grandes nombres, para conservar, sin que lo pareciera, lo que ya había. Era un tiempo en que todavía persistían prohibiciones que la sociedad imponía con insistencia. Sin embargo, también es cierto que hubo cambios impensables solo quince días antes, como la legalización del Partido Comunista o la ley del aborto, cuyo éxito se pretendía extender a veces, de manera oficial, a toda la legislación franquista, y no era verdad. Pero observaba cómo desde el poder se disimulaban, tergiversaban, disfrazaban o escondían hechos políticos e históricos del pasado, del presente que construíamos, y del futuro que nos esperaba. Y de cómo se trataba de la misma manera el nuevo revestimiento total de la figura y la vida del dictador, el militar traidor a la República, y su responsabilidad en la despiadada y cruenta guerra civil de tres años, y de los cuarenta más de brutal dictadura, bien atada por su poder, unida a una religión católica que fue cruel, oficial y obligatoria.

## **Bocaccio**

En la época de Bocaccio, todavía estaba mal visto ir a comer o cenar con un amigo, aunque fuera por trabajo. Por eso, aquel lugar nos ayudó tanto. Mientras duró, teníamos la impresión de que por lo menos allí se vivía una cierta sensación de libertad. Un milagro en pleno franquismo, aunque se jugara a enterrarlo. En Bocaccio sentías que no necesitabas disimular, ni mostrar qué querías o qué no querías. Era como si se relajaran las situaciones y actitudes de la vida social más difíciles y más sólidamente impuestas, y nos era más fácil mostrarnos tal como éramos, sin tener que seguir escondiéndonos. Parecía que las ganas de ser felices, dedicados como estábamos por fin a serlo, durarían siempre. Por lo menos esa era la impresión que yo tenía.

El servicio en Bocaccio era una maravilla. Entrabas, sacabas un cigarrillo y venían dos camareros a encendértelo. Y lo cierto es que íbamos mucho. Los camareros te conocían y sabían qué ibas a tomar; te cuidaban todo el rato, todos. Nadie estaba acostumbrado a tanta atención. Además, como era un local de dos pisos, si estabas cansada de la conversación que había arriba, bajabas, te marcabas un par de bailes y volvías a subir. Era una locura. Y siempre había gente interesante. Fui muy feliz en Bocaccio.

Recuerdo cuando acabábamos de cenar y mis hijos me preguntaban «¿dónde vas?», «a Bocaccio». Refunfuñaban y se quejaban porque no podían venir. Yo les repetía: «No podéis venir porque no habéis cumplido dieciocho años. Cuando los tengáis podréis conducir e ir a Bocaccio, si queréis». Yo aprovechaba para explicarles lo que yo creía que era ser libre. La libertad consistía en hacer lo que te viene en gana, pero, por supuesto, lo primero es saber qué es lo que quieres, y esto es muy complicado. Cuesta saber lo que desea uno de verdad cuando

vive en un sistema en el que recibe estímulos constantes para comprar cosas, en apariencia, imprescindibles. Es difícil aislarse de modas e ideas que se repiten día tras día; de predicadores de nuevas o antiguas religiones. Muchísima gente termina convencida de que necesita aquello que le están vendiendo, aunque no les haga ninguna falta, y quizá ni siquiera les guste tanto. Y un día, finalmente, acabas descubriendo cuál es el objetivo del político o del vendedor, aunque eso acostumbra a pasar cuando ya eres adulto. Se necesita tiempo para decidir qué defiendes, qué no aceptas, quién quieres ser, qué estudiarás o en qué trabajarás. Además, tienes que ganarte la vida también para poder pagarte tus copas y para vestirme como quieras. El dinero que gastas te lo tienes que ganar tú. A mis hijos, todo este discurso siempre se lo maquillaba un poco para que fuera más fácil de digerir. De hecho, mientras procuraba enseñarles a ser críticos para que vieran que tras la belleza tantas veces se esconde la trampa, al mismo tiempo trataba de aplicarme yo el mismo cuento; porque cada vez entendía mejor que no era tan fácil tener las ideas claras, que en estas cuestiones había tantos pretendientes y defensores que, al final, hasta a mí me costaba dudar de lo que yo misma había puesto en duda.

No sé si la palabra «progre» nos identificaba mucho, tampoco la expresión «Gauche Divine», aunque esta quizá más, a su manera. Se han inventado muchas expresiones vinculadas a la Gauche Divine, como esas de las *muses tout court*, pero creo que únicamente a las que trabajábamos se nos podía llamar —en serio o en broma— «musas de la Gauche Divine»: mujeres que inspiraban y que habían decidido ser libres, mujeres con una vida de familia que, además, trabajaban para ayudarse a serlo, diferentes, cada una entregada a lo que le gustaba y a no depender de nadie para conseguirlo. Pienso en Teresa Gimpera, ella y yo éramos muy distintas, pero las dos trabajábamos y, aunque no fuéramos amigas íntimas, compartimos problemas, los específicos de nuestro género, en el trabajo, en la familia o con la pareja, porque en gran parte eran comunes. En cambio, con las mujeres que no trabajaban era muy difícil que compartiéramos problemas o incluso ideas. Era una cosa muy distinta.

Ciertamente, fue difícil convertir costumbres sociales casi prohibidas en normales. Sobre todo si estabas casada. Pero se produjo de una forma más rápida y tranquila de lo que habríamos podido imaginar. Y eso era bastante más fácil si vivías con un hombre que también creyera en la libertad para todos o, por lo menos, que lo hubiera pensado en serio más de una vez. Claro que también había personas que no te saludaban por la vida que llevabas, en especial los católicos. No podían soportar que tuvieras hijos y éxito profesional.

## **Amigos del alma**

Desde pequeña me acostumbré a convertir amigos o conocidos en *amigos del alma*. Amigos de los que creía conocer y con los que tenía en común ideas y gustos; personas —normalmente chicas, pero muchas veces también adultos— con las que, sin ninguna evidencia, consideraba que compartía lo que yo conocía del mundo y de sus transformaciones: el sentido mismo de la vida. Eran siempre personas que al principio yo no conocía demasiado, que se me habían acercado por otras personas mayores que estaban conmigo, y con las que, sin hablarnos, quizá

solo mirándonos, sentíamos que se había establecido algún tipo de vínculo, un contacto espiritual o mental, incluso tal vez sentimental, que se producía en ambos lados de una relación. Como por ejemplo alguna monja profesora de música, por supuesto el Dr. Trens, y algún otro profesor, que venían del exterior y sin darse cuenta nos lanzaban una ráfaga de viento que nos enseñaba despacio y con simplicidad que había otro mundo que no era el nuestro. Una muy difícil forma de educar en lo que sería el mundo de nuestra juventud y madurez.

Esto debía de ser así, porque de joven yo conocía solo a los amigos de mi abuelo, cuando los invitaba a comer y a nosotros cuatro, si estábamos allí. Nos sentaban al otro lado de la mesa, sin permiso para hablar, a no ser que nos preguntaran. Habríamos callado igualmente sin prohibición, al menos nosotras, las dos niñas. Los chicos iban a por todas hasta que los enviaban a la cocina a comer pan con tomate. Así que nunca veíamos la posibilidad de hacernos un *amigo del alma*, ni de *cuerpo*, cosa, por otra parte, que no sabíamos que tuviera otro significado que el más evidente. Y con los amigos de mis hermanos, que veíamos como mucho una semana en verano, tampoco teníamos muchas posibilidades. Quizá Migi Dargallo, el amigo de Oriol, era el único que veíamos más, hasta que, ya más mayores, invitamos a unos chicos de nuestra edad que nunca decían nada ni miraban, como si solo tuvieran oídos. Venían cada tarde a la misma hora a escuchar música en un aparato nuevo. Lo había comprado el tío Jaime, que era músico, y nos daba clase cuando estábamos allí. O con otros amigos de mis hermanos, a los que solo veíamos el tercer sábado del mes, cuando los iban a buscar al internado de turno y coincidíamos, en Tiana o en Barcelona. Con ellos sí que hablábamos, no como con los monaguillos del colegio, con los que solo teníamos contacto mientras comulgábamos y ellos aguantaban la patena, con mano temblorosa, bajo nuestra barbilla.

A medida que pasaba el tiempo, los contenidos y las condiciones necesarias para que saltara la chispa de un nuevo *amigo del alma* iban cambiando y aumentando, de acuerdo con mis gustos y la necesidad de un nuevo amigo. Y así fue como mi pobre vida fue llenándose de gente. Sí que he tenido muchos *amigos del alma*, unos más intensos, otros más sabios, algunos más divertidos y otros absolutamente geniales. Ellos, sean quienes sean, han llenado mi vida y me han hecho compañía. Han cargado de argumentos lo mejor de los valores que he ido defendiendo, la fortaleza de los amores y el desprecio a las trampas que han intentado tergiversar mi vida. Ellos me han aportado la inteligencia para pensar y procurar descubrir el sentido de la vida, en lo personal o lo cósmico. Todos continúan aquí, conmigo, tan altos y firmes como los árboles del jardín, por más que la mayoría han ido muriendo, como si no les importara dejarme cada vez más sola.

Y para ser más concreta y cercana, incluyo el texto que publiqué en *El País* a mediados de los noventa para Manolo Vázquez Montalbán, amigo del alma hasta el último momento, para acompañarle en la enfermedad que le tenía en cama; texto que él contestó casi automáticamente:

*Desde aquel día en que me acerqué a ti, Manolo, a raíz de una conferencia sobre el asesinato de Lumumba que nos diste a tus veinte años en un aula del patio de Letras de la Universidad, han pasado muchos años.*

*A lo largo de tres décadas y desde todas las ventanas y balcones de la información, a través de las tramas y urdimbres que teje incansable tu Carvalho desde que se topó con un cadáver de cabellos rubios como la cerveza, en los personajes que gracias a ti denunciaron décadas de ignominia y agresión, con tus infinitas y jamás negadas ayudas a los que comienzan, trabajan, luchan y se esfuerzan, o desde las voces submarinas de tus poemas —siempre con la deslumbrante capacidad de concisión y trabajo que los dioses te concedieron—, nos has enseñado cómo lidiar con las ideas y las creencias, sobre todo en los momentos en que ya no están de moda y quienes las combaten vociferan sin tregua su derrumbamiento recurriendo al tópico fascista de confundirlas con sus títulos y con los líderes que se adueñaron de ellas. De ti hemos aprendido a seguir luchando por lo que creímos justo cuando éramos altos, jóvenes y rubios, cuando acabábamos de descubrir nuestro coraje y nuestra inteligencia, y cuando las páginas de nuestra historia estaban aún por escribir.*

*Hemos asistido a la desaparición de tiranos y de sus secuaces que decían tenerlo todo atado y bien atado; hemos visto cómo se sustituían a codazos los líderes políticos, estéticos o literarios, y cómo el que podía se entronizaba en el altar de una tradición exacerbada por el ansia de poder; nos sorprendió la desertión de generaciones enteras de luchadores, amordazada ahora el habla por un simple cargo burocrático; comprobamos una y otra vez cómo se confunde la moral con el oscurantismo, la fe con la esclavitud, la patria con el feudo y el consumo con el progreso. Nunca nos faltó, ni ha de faltarnos ahora, tu reflexión lúcida, brillante e inteligente. Tenemos de ti descripciones antológicas de personajes y situaciones, y siempre más utilizaremos ciertos calificativos que te sacaste de la manga para definir con acerada exactitud a los grandes de la tierra. Por todo ello has logrado el respeto y la envidia de tus detractores, la admiración de los que te leen, el asentimiento incondicional de los que seguimos paso a paso tus análisis y diagnósticos, y el amor de todos aquellos a quienes has ayudado y has concedido el beneficio de tus arroces negros y de tu amistad.*

*Sé que cuando desde la cama donde te recuperas leas este texto te reirás y me tildarás de inexacta, apasionada y épica, pero por una vez no tendrás razón. Este texto no es un alegato, ni una semblanza, ni una lisonja, ni un homenaje. Ni siquiera es historia. Este texto no es más que una canción. Y esta canción, Manolo, es para ti.*

Otro de estos *amigos del alma* es Oriol Bohigas. Me enseñó muchas cosas, muchísimas. Y nos divertimos y reímos mucho juntos. Teníamos unas charlas interminables. Lo más extraordinario de Oriol es que hablaba por los codos, pero también *escuchaba por los codos*. Dirigía la conversación, pero sabiendo lo que decía y lo que habías dicho tú, no se le escapaba una, era fantástico.

A Oriol lo conocía de Barcelona. Nos habíamos visto en las procesiones de mosén Batlle, esas cosas católicas *progres* de la Cataluña de la época. Un día me llamó y me preguntó si quería ir a tomar una copa, nos fuimos viendo, nos fuimos conociendo y nos fuimos amando. Una vez que volvíamos de Cadaqués, cuando se acababa de abrir la autopista, antes de girar por la calle Aragón nos surgió la tentación de parar en un bar —no recuerdo el nombre, pero todavía sabría ir— donde siempre parecía que estuvieran de fiesta, para ver cómo era y qué pinta tenía la gente de allí. Entramos. Tenía un aire parecido a Bocaccio, no en la decoración e iluminación, sino en la música y el ambiente. Nos gustaba aquel lugar, y a veces, al volver a Barcelona, nos deteníamos Oriol, su mujer Isabel y yo, y una vez dentro teníamos la sensación de que todos formábamos parte de un cambio que iba más lejos de nuestro ambiente, de nuestra ciudad, de nuestro país. A Isabel se la tendría que poner como ejemplo de cómo hacer las cosas bien hechas, sin herir, ni molestar, ni exagerar. Una mujer de la que no se ha hablado

suficiente. No era que aceptara las cosas, iba mucho más allá: creía en una libertad, en una manera de vivir. Era un encanto. Una de las personas más sanas mental y emocionalmente que conocí en esa época.

## **Separación**

Cuando empecé a trabajar, nada formal ni oficial todavía, solo encargos para diccionarios y trabajos similares, establecí unas nuevas condiciones económicas en casa. Yo nunca sabía cuánto ganaba, pero sí tenía claro para qué quería ganar dinero. Lo necesitaba para mantenerme, sobre todo para pagar mis cosas, para no tener que pedir nada, para colaborar como fuera con los gastos familiares. Pero las cosas son como son, y lo que tiene voz, acaba haciéndose oír. De ahí que el conocimiento, se mire como se mire, no tenga vuelta atrás.

Por tanto, un día, después de pensármelo mucho, le dije a Eduard: «Creo que nos tenemos que separar». «¡Pero si yo no he cambiado nada!», «No, claro que no, la que he cambiado soy yo». Me di cuenta lo que había cambiado en el preciso momento que dije esa frase. Él, queriendo disimular su malestar, me respondió: «Te puedes ir cuando quieras». «Pero es que no me puedo ir, si me voy, pierdo a mis hijos». «Tienes razón», contestó, recordando la brutalidad del castigo previsto. Hablando y volviendo a hablar, al final decidimos que continuaríamos viviendo juntos, pero que cada uno haría su propia vida. Y así fue hasta 1983.

Yo me encargué de los niños, de la casa y del servicio, hasta que los hijos tuvieron dieciocho años. Íbamos juntos de veraneo y lo hicimos toda la vida. Estábamos separados, él tenía otras parejas y yo también, y venían a pasar el verano a Llofriu. Yo, sin mis hijos, lo habría pasado fatal. No me arrepiento para nada. Bueno, alguna vez sí, pero pocas, solo cuando tenía mucho ajetreo. Pasé momentos dolorosos, pero no lo lamento. Mis hijos no supieron que estábamos separados hasta que tuvieron doce o trece años. No discutíamos, lo celebrábamos todo juntos. Un día Anna dijo que una amiga suya le decía que éramos una familia fantástica y mi marido, que aquel día estaba de mal humor, dijo «pero si tu madre y yo no vamos ni al cine juntos», y ella le contestó «eso es problema vuestro, yo tampoco voy al cine con mi hermano». Ella hablaba de familias.

A Eduard a veces le engañaba, le decía que me habían citado en Madrid para una reunión de trabajo y en realidad me iba a ver a mi madre. Pero se fue acostumbrando. Él también fue cambiando su actitud hacia mis padres, y también conmigo. Yo diría —quizás intento arreglarme el pasado— que mi marido acabó entendiéndome. De hecho, fuimos amigos toda la vida, a pesar de que pasamos unos años duros, cuando todavía vivíamos juntos y ya estábamos separados.

De lo que sí tengo un mal recuerdo es de las noches. De día no, porque era una vida familiar cotidiana, normal. Nunca nos peleábamos delante de los niños, ni tampoco mucho detrás. Pero por las noches lloraba. Aún hoy, si tengo un motivo para llorar, lloro al acostarme. En cambio, durante el día voy tirando.

Sin darnos cuenta, mi marido y yo aprendimos a ser respetuosos uno con el otro. Creo que él

fue cambiando, se hizo más libre, más atento a lo que pasaba a su alrededor, más moderno y más feliz. Yo también cambié. Aprendí a aceptar lo que tiempo atrás no podía, a introducir el sentido del humor en la solución de los problemas, a intentar compartir todo lo que pudiera de lo que antes convertía en mentiras para no tener que renunciar a ello. Todo eso empezó a suceder unos años más tarde y comprendimos que, más o menos, la vida que en aquel momento teníamos era el resultado de lo que esperábamos y queríamos. Íbamos descubriendo lo que deseábamos, y luchábamos para conseguirlo o para desembarazarnos de lo que nos inquietaba. Era la vida que, *grosso modo*, nos había salido al ser capaces de reírnos de las versiones que nos dábamos, el uno al otro, de los grandes sacrificios que se suponía que habíamos hecho y de lo buenos y generosos que nos creíamos. No tuvimos que hacer grandes esfuerzos. El día que me fui, di una pequeña fiesta para inaugurar el piso que había alquilado. Habíamos acabado siendo tan amigos, que Eduard vino y me regaló una vajilla preciosa que aún ponemos los días de las grandes celebraciones.

Siempre he sido desobediente por naturaleza, y no es que lo haya querido ser para fastidiar, aunque algunas veces sí ha sido así, sino porque no entendía lo que me pedían. Pensaba: «Yo a lo mío y ya me arreglaré». Y así he pasado mi vida: la de soltera, la de casada y la de separada; así he podido decidir ser universitaria, tener más hijos, no tenerlos, juzgar los permisos que me daban, atreverme a hacer cosas a escondidas y repetir. Veinte años batallando para no tener que renunciar a lo que había conseguido luchando, aunque el resultado fuera diferente del que había soñado. Veinte veranos de gloria en el mar de Cadaqués con los hijos creciendo tan felices como yo.

## **Cadaqués**

Mi historia con Cadaqués empieza en 1959 con la aventura del Junco Rubia, el barco que viajó de Hong Kong a Barcelona por iniciativa de José María Tey, del ingeniero Joaquín del Molino y del capitán de yate Julio Brocard. Mi hermano Oriol, que entonces tenía veinte años, se embarcó en Hong Kong y navegó con ellos los nueve meses que duró la travesía hasta llegar a Barcelona, punto final del viaje. A mí, como primer trabajo, me tocó ir a Cadaqués a llevar un telegrama, que no sé por qué no había llegado, enviado desde Hong Kong a Barcelona a *La Vanguardia*. Remitieron el mensaje telegráfico por carta urgente para que la llevara al escritor Luis Romero, que vivía en Cadaqués y era el encargado de recibir y enviar las noticias, cosa que, de momento, no había funcionado. Todo esto pasaba a finales de los años cincuenta del siglo pasado, unas fechas fáciles de reconocer por la falta de intercambio de noticias, algo habitual en un instante en que todavía no se hablaba de las ventajas del turismo. Sobre todo en lugares tan poco conocidos y lejanos uno del otro. Así es como llegué a Cadaqués por primera vez en mi vida.

Fuimos mi marido y yo en moto. Él tampoco había estado allí antes. Soplaban una tramontana de mil demonios. Eduard se fue a la Fonda Ubaldo a descansar de las más de cuatro horas de viaje que se tardaba entonces en llegar, y yo me dediqué a pasear y descubrir el viejo pueblo

desierto que parecía llevarse la tramontana. Estaba tan impresionada que, sin apenas pensarlo, decidí que de una manera u otra yo me quedaría con Cadaqués para siempre. Y, sin más, alquilé una casa para el verano.

Era una casita de tres pisos, que en la planta baja tenía la elemental centralita telefónica del pueblo. La *riba*, el camino que bordeaba el mar, pasaba por delante y enseguida se llegaba a la playa de piedras negras. Cuando volví a la fonda y se lo dije a Eduard, él se alegró, con gran sorpresa por mi parte. Yo me esperaba una bronca y me encontré con una alegría que compartir. Hasta ese momento nosotros íbamos a Blanes un par de semanas en verano, y a Eduard aquello no le gustaba porque se aburría. Y yo lo aproveché. Así conocimos Cadaqués. Vivíamos con las necesidades básicas no suficientemente cubiertas para tener dos viviendas, pero alquilamos la casa por veinticinco mil pesetas todo el año.

El verano siguiente nos cambiamos a otra casa, antigua y algo desvencijada, pero preciosa, que parecía tener los cimientos clavados en el mar. Estaba justo encima de una playa de piedras lisas, casi como de río, sin cortes ni puntas, muy distintas de las de Cap de Creus. Eran —se decía— el lastre que hace muchos años los barcos cargaban al salir de algún puerto de Italia y tiraban en la playa de Sa Cueta —así se llamaba aquel lugar—, antes de embarcar las aceitunas y el aceite, almacenados en el sótano de la casa, que luego venderían de regreso a su país.

El piso inferior, que era donde se guardaba el aceite, estaba clavado en la roca. Allí celebrábamos las fiestas. Poníamos sacos de paja por el suelo porque no teníamos sillas, ni nada de nada. Nosotros vivíamos en la planta que daba a la calle. Justo la vivienda de arriba pertenecía a Marcel Duchamp, con quien nos hicimos amigos. Con él, salíamos a pasear y también jugábamos al ajedrez, aunque siempre ganaba Duchamp. Yo le decía: «Marcel, idéjame ganar alguna vez!», pero no había manera. Hablábamos, tomábamos un vaso de vino y seguíamos charlando, solo eso. Nos conocíamos poco y nos queríamos mucho. Él ya no hacía nada. Tuvo la idea de arreglar una chimenea pero, que yo sepa, es la única cosa que hizo. Le pusieron una plaza con su nombre y nada más. En este país somos así, nunca se ha hablado de él, al menos que yo sepa. En el bar Melitón, en el pueblo, hay una placa particular en recuerdo suyo, no es oficial.

El primer verano que pasamos en la nueva casa fue el de 1964. En Cadaqués todos —iéramos tan pocos!— empezaron enseguida a llamarme *Rosa camiseta* porque en esos años no se llevaban mucho aquellas prendas, pero a mí me gustaban mucho, y las compraba en una parada del mercado de los lunes para toda la familia, incluso para los últimos nacidos en enero de ese año, a los que la talla más pequeña les colgaba por todas partes. La señora que las vendía, por todas las que llegué a quedarme aquel verano y los siguientes, me regaló tantas que tuve camisetas gratis durante cinco o seis años: eran de color azul marino con rayas blancas, como las que llevaban los marineros y los pescadores.

Javier Villavecchia y su mujer, Marta, fueron de los primeros amigos que hice en Cadaqués. Yo volvía del Marítim andando por la *riba* y, de repente, un señor se me acercó y me espetó: «Tú eres Rosa Regàs y te estás construyendo una barca, ¿verdad?». «Sí», respondí. Entonces se presentó: me dijo su nombre y me invitó a tomar una copa en su casa por la tarde. Y allí

empezó una amistad que ha durado toda la vida.

Desde mi casa hasta el pueblo, la calle iba bordeando el mar y siempre tenía que pasar por el lugar donde tenía amarrada su barca, el Sapolín. Las playas, entonces, no estaban atiborradas, ni de gente ni de barcas. Había cinco o seis que todo el mundo conocía, no sesenta como hay ahora.

Mis gemelos tenían seis meses y un día me los llevé a casa de los Villavecchia. Cuando entré a ver a Marta, ella estaba recuperándose de una gripe, y se encontraba en la cama, rodeada de libros y criaturas. Yo añadí a las mías, y allí nos conocimos, ella, yo y nuestros hijos. Nos hicimos amigos y lo fuimos para siempre. Entre todos abarcábamos cualquier edad y gusto. Ellos también se convirtieron en amigos del alma.

Eran, y son, unas personas inteligentes y cultas: hablaban y leían muchos idiomas, eran amables, divertidos, estaban al día de todo y en su casa siempre encontrabas un artista, algún que otro sabio o simplemente alguien dispuesto a compartir una conversación atractiva. A partir de aquí, fuimos conociendo a la gente que iba a Cadaqués, que tampoco era mucha. Estaban los Feduchi, que luego han sido grandes amigos míos. También estaban los hermanos Salisachs, Manolo Senillosa y muchos otros. Y, de Cadaqués, Pere del Marítim, local donde iba a tomar café cada día, y con el que nos hicimos amigos muy deprisa.

Hablábamos y discutíamos mucho de arquitectura. La antiquísima casa del pueblo de los Villavecchia la habían remodelado dos arquitectos, Federico Correa y Alfonso Milá, con los que también llegamos a ser íntimos. Conocí y fui muy amiga de José Antonio Coderch, Lanfranco Bombelli, Peter Hardnen y otros arquitectos que durante esos años, los cincuenta y sesenta del siglo xx, fueron autores de una arquitectura propia, hecha para lo que tenía que ser. Dueños de un estilo sin subterfugios, ni sumisiones a modas ni tiempos. Fruto también de un interés extraordinario que remodelaría, destruiría y construiría espacios muy diversos y antiguos. Todos aquellos profesionales tenían un profundo conocimiento de la historia de la arquitectura, y de las tendencias universales, desde las más valoradas, a las menos conocidas o comprendidas del momento.

No se trataba de que en Cadaqués fuera más libre que en Barcelona, era otro tipo de libertad. Cuando fui por primera vez con mi marido en moto, cuando desde arriba lo vimos por vez primera, recuerdo que pensé: «Nunca más volveré a ver una cosa tan bonita». Y nos paramos a mirar; aquel estruendo de viento, aquellos aullidos... Cadaqués me impresionó mucho, sin duda ha marcado mi manera de juzgar si las cosas son bellas o no. Descubrí otra manera de mirar el paisaje.

A Salvador Dalí no lo conocí en Cadaqués sino en Barcelona, y por casualidad. El Dique Flotante era una tienda de ropa que había en la ciudad. Empezó en 1899 con un local cerca de la catedral, se fue expandiendo, y acabó haciendo confección a medida y alta costura. En 1941, abrieron otra tienda en paseo de Gracia 21, esquina con Diputación. Una mañana de 1962, fui a echar un vistazo a los escaparates y vi allí a Dalí. Se me acercó y me dijo: «Perdone que la moleste, señorita Regasol, pero estoy muy contento porque conocí a su padre y era una persona a la que adoraba». Y empezó a hablarme de un señor que yo no conocía que se llamaba

Regasol. Al final le repliqué: «Oiga, usted es el Sr. Dalí, estoy encantada de conocerle, pero sepa que yo no me llamo Regasol, me llamo Regàs». Y él: «No, usted se llama Regasol, que lo sepa o no es asunto suyo». Y yo: «Que no, que no, me llamo Regàs Pagès. ¿Quiere que le enseñe el carnet de identidad?». Y él: «Esto no me serviría de nada». Seguimos hablando delante del escaparate y me dijo: «Estoy viviendo aquí, en el Majestic. Venga y le haré un retrato vestida de san Sebastián». Le dije que no. No sé por qué me negué, quizás porque en esa época todavía no veía las cosas tan claras....Nos dijimos adiós, nos dimos dos besos y sanseacabó.

La verdad es que yo era muy aficionada a todo lo relacionado con el mar, así que me saqué el título para poder navegar. Encargué una barca al carpintero de ribera de Carlos Barral y, cuando estuvo acabada, la subí desde Tarragona hasta Cadaqués con Ricardo Bofill y su mujer, que bajaron en Arenys. Allí subieron Fede Montagud, padre del actual Fede, y un amigo suyo. Siempre llevaba la barca cargada de gente. Algunos tenían miedo, pero mis hijos lanzaban y recogían las amarras como si nada. La barca se llamaba *Lo steddazzu*, que es un poema de Cesare Pavese que me gusta mucho. Joan Ferraté, que ya trabajaba en Seix Barral, me ayudó a escoger unas letras romanas muy bonitas para escribir el nombre en la proa. Todo el mundo se burlaba de mí por cómo la había llamado, pero a mí me daba igual.

Un día que soplabla la tramontana, amarramos la barca en Portlligat, delante de la casa de Dalí. Él estaba fuera, pintando, me vio y me llamó: «¡Señorita Regasol, señorita Regasol!». Subimos a saludarlo y nos invitó a su casa. A partir de aquel momento empecé a ir con más naturalidad. Siempre tenía cosas raras, pero me llamó mucho la atención una especie de taburete, que era un espejo, en el que hacía sentar a una chica con una falda pero desnuda debajo. Él iba siempre con su corte de gente, hablábamos y nos reíamos mucho, nos explicábamos chismes, que no apunté y he olvidado....Sí que recuerdo que un día comentó que no entendía por qué le preguntaban de dónde sacaba los colores: «¿De dónde quieren que los saque? ¡De observar! ¿Acaso piensan que me los he inventado?».

A Gala la saludé un par de veces, aunque no era una persona simpática, al menos en mi opinión. De todas formas, nunca tuve ninguna afición por ir a ver a Dalí. Ya tenía libros sobre él o que reproducían su obra, no perdía la cabeza por verle en persona. Sabía que Dalí era muy buen pintor y me gustaba mucho. Siempre hacía ver que lo único que hacía en la vida, todo el tiempo, era dibujar; pero entonces subías, lo encontrabas, y resultaba que no estaba dibujando. Estaba mirando el mar.

Hasta que murió, Dalí me llamó siempre «Señorita Regasol». Yo le decía: «Señor Dalí, ¿qué está haciendo?», «Estoy pintando un paisaje», aunque la realidad era que estaba trabajando en un desnudo de una señora. No lo íbamos a ver, pero atracábamos con la barca en Portlligat debajo de su casa. Lo traté unas cuarenta o cincuenta veces, éramos muy amigos. A mí Dalí me gusta como personaje. Si este país tuviera más Dalís, la calle no sería tan aburrida. Dalí se lo inventaba todo y era divertido, pero aquella no era su principal virtud: lo mejor de él radicaba en que era capaz de conducirte a algún lugar distinto, hacia algo novedoso. Dalí alargó la onda creada por sus antepasados hasta su propia muerte.

**MADUREZ**

## Una vida dedicada a los libros y a la cultura

*En la raíz de la manera de pensar de Rosa está aquello de aider au lieu de corriger et sanctionner del pedagogo francés Célestin Freinet. Atreverse a ir a la universidad, cuando el papel que se le había asignado era el de madre de familia, y empezar a trabajar en el mundo editorial con Carlos Barral como maestro, la ligaron para siempre al mundo de los libros y la cultura.*

*En 1970, Rosa Regàs creó su propio sello editorial, La Gaya Ciencia, y fue la responsable de publicar las primeras obras de una serie de jóvenes escritores, entonces prácticamente desconocidos, que poco tiempo después se convertirían en grandes nombres de la literatura española, como Álvaro Pombo o Javier Marías. Pero más allá de la ficción literaria, el sello también tenía la voluntad de paliar las carencias y confusiones que existían en relación al conocimiento político en aquella España franquista. Por ello, lanzó la Biblioteca de divulgación política, de la cual se vendieron miles de ejemplares. La presentación de esta colección se consideró un acto político castellano-catalán de gran importancia, al menos así lo describe un artículo publicado en El País el 4 de junio de 1976, y titulado «Presentación multitudinaria de la Biblioteca de divulgación política».*

*Y así fue como la vida la llevó a ejercer el oficio de editora. Porque ella, antes de definirse como escritora, se siente editora. Pero el sello lo vendió en 1983, y no porque quisiera dedicarse a escribir, según afirman algunos artículos sobre ella, sino porque sufrió un desengaño profesional que la separó de gran parte de los que, hasta entonces, habían sido su círculo de amigos literarios. Después de eso, empezó una nueva vida trabajando como editora y traductora para las Naciones Unidas. Un camino profesional que la llevó a viajar y vivir por medio mundo y a experimentar qué significa realmente lo de esperar lo inesperado.*

*Otro hito importante en su trayectoria profesional, quizá menos conocido, es la creación, el año 1973, de la revista Arquitecturas Bis. Sus cómplices fueron Oriol Bohigas, Federico Correa, Lluís Domènech, Tomàs Llorens, Rafael Moneo, Luis Peña, Helio Piñón, Enric Satué, Manuel de Solà-Morales y Fernando Villavecchia. Una revista que mereció el reconocimiento internacional en el mundo de la arquitectura, el arte y el diseño. La censura prohibió tres números, pero como ya estaban editados, cuando llegó la orden de Madrid, los ejemplares ya se habían distribuido. Hojear cualquier número de esta revista es una manera de entender el rigor y el trabajo bien hecho. Hoy en día, la fascinación por la arquitectura todavía la acompaña. Para ella los edificios hablan igual que lo hace la pintura, una observación que le regaló su querido Oriol Bohigas.*

*Como dice la protagonista de Música de cámara, «no sabemos de dónde proceden los hechos que de pronto cambian el curso de nuestra vida». Y primero en Ginebra y más tarde en cualquiera de los países donde la llevaban los encargos de la ONU, Rosa se atrevió a zambullirse en la ficción. De todas las novelas que ha escrito, sostiene que la que le produjo más*

*placer fue la primera, Memoria de Almató. En esta historia, con una protagonista sin nombre y un escenario inspirado en Llofriu, están todas las semillas de lo que después iría germinando en sus obras posteriores.*

*Tardó en ponerse a escribir ficción porque asegura que, hasta bien entrada la cincuentena, no tuvo tiempo para hacerlo. Por ello considera que «quizá la creación literaria sea el regalo más grande que he recibido de la cultura francesa, en buena medida porque tuve el privilegio de poder leer en versión original libros de la biblioteca de mi abuelo. Allí habían ido a parar los de mis padres cuando, en enero de 1939, tuvieron que exiliarse: libros que fueron prohibidos en la España fascista de mi infancia y, por lo tanto, imposibles de encontrar en las exiguas estanterías de las bibliotecas públicas y de los colegios».*

*Después de viajar por el mundo, se instaló en Madrid para hacerse cargo del Ateneo de la Casa de América. No obstante, el cargo institucional que le permitió desplegar toda la experiencia acumulada fue la dirección de la Biblioteca Nacional. Una posición que le reportó múltiples satisfacciones, como conseguir organizar un acto de homenaje a Antonio Machado, pero que también le supuso más de un conflicto con el poder. Ha sido en Madrid donde ha podido desarrollar con libertad su potencial profesional. En Cataluña, quizá por estar en las antípodas del pujolismo, su figura no ha acabado de encajar. De hecho, nunca ha vuelto a vivir en Barcelona. Con la ciudad donde nació ha mantenido una relación compleja que tiene que ver con nombres propios del nacionalismo. Rosa no tiene ningún pudor para hablar de ello, pero quien busque un ajuste de cuentas en estas páginas no quedará satisfecho. Aunque sí que encontrará expuesta la cadena de actos de rebeldía que han forjado su vida, algunos pretendidamente buscados, otros más imperceptibles y azarosos, pero todos igualmente decisivos para su libertad.*

LÍDIA PENELO

## 5. El mundo editorial

### Seix Barral

Estaba acabando la carrera y quería ponerme a trabajar. En Cadaqués había conocido a Luis Goytisolo y un día, hablando, me preguntó si le alquilaría mi casa durante el mes de junio. La misma que yo tenía alquilada todo el año. Una casa un poco destartada, cuya pintura se había ido desprendiendo de casi todas partes después de estar tanto tiempo tocando el mar. Nosotros no la pintábamos hasta que empezaba el verano de los niños, en julio. Una casa vieja, pero realmente preciosa: abrías la puerta que daba al mar y te metías en el agua. Con la vivienda ya alquilada, le comenté a Luis que quería trabajar, pero que no sabía cómo buscar, aunque ya habían empezado a salirme algunos trabajos. Recuerdo que acababa de hacer unas fichas para una enciclopedia, y aunque ganaba 25 pesetas, estaba contenta. Sin embargo, con aquellos pequeños encargos no me bastaba.

Era la época en que Miquel Barceló, que era mallorquín, hacía las *sobrasada party* en una pequeña habitación de una pensión en la Rambla. Leíamos poemas nuestros y hablábamos. Nos daba unos panecillos con sobrasada y ginebra a chorros. Al principio, yo era un poco tímida porque no conocía a ningún poeta ni escritor, aparte de los amigos de la facultad. A las *parties* de Barceló no iba Eugenio Trías porque, a pesar de que en los dos últimos años de carrera nos habíamos hecho muy amigos, pertenecía a otro grupo. Eugenio me ayudó mucho, gracias a él entendí lo que era tener la mente dominada por otra, con tanta intensidad y fuerza, que acabas siendo lo que nunca habrías sido.

Fue Luis Goytisolo el que me presentó a Carlos Barral. Le dije que quería trabajar y me contestó «puedes empezar tal día». En mi primera jornada en Seix Barral, llegué y me enviaron a una sala llena de mesas para que me pusiera a hacer albaranes. Pensaba que haría de editora, pero no. Yo, que estaba orgullosísima de la tesis que estaba haciendo —aunque ahora no sabría ni por dónde empezar—, también lo estaba de tener una carrera después de cinco años de haberme peleado con todo el mundo. Pero, claro, era una carrera que, conmigo, la había terminado no sé cuánta gente más. Después pensé: «¿Por qué estoy tan orgullosa? Si acabar una carrera es como acabar el bachillerato, más o menos», y me dije: «Bueno, empezaremos por aquí».

Estuve con los albaranes hasta que hicieron una reestructuración y me pusieron de directora de producción de libros. No sabía de qué iba. Cuando Víctor Seix y Carlos Barral me lo propusieron, dije que sí, pero que necesitaba un par de meses porque tenía que acabar un trabajo pendiente. Hojeando el periódico encontré que en un hotel del paseo de Gracia esquina Consejo de Ciento impartían un curso de producción editorial. Lo hice y aprendí mucho. Entonces yo no sabía lo que era una resma, no conocía la medida del papel, ni los tipos de letra, ni absolutamente nada de pliegos dependiendo de la impresión, tampoco sabía ni lo más

mínimo de formas de encuadernación, no tenía ningún conocimiento de todo aquello. Allí me formé sobre muchas de estas cosas y el resto me lo enseñó Carlos Barral que, para mí, fue una de las influencias más grandes y provechosas que he tenido en la vida. Como todos los catalanes que valían la pena, tuvo la desgracia de nacer en Cataluña. Si hubiera nacido en Inglaterra, sería una persona mucho más reconocida, como editor y como poeta. Pero no se le hizo el caso que le correspondería. Aquí no se valora la inteligencia, aquí se hace caso a la gente rica y famosa —actualmente, si son independentistas, mejor—. Cataluña aprovecha muy poco la genialidad. Ahora me ha dado por estudiar lo que pasaba en la época de la Primera República, y ellos sí que sabían descubrir, conocer y aprovechar el talento.

Carlos Barral era una persona magnífica, con un inacabable conocimiento editorial y literario y mucho sentido del humor. Siempre se movía en tres o cuatro niveles de inteligencia, de comprensión, de humor, de crítica y de compromiso, que tú tenías que ir siguiendo. Hablar con Carlos implicaba hacer trabajar a tu cerebro. Al principio te cansabas, pero después se convertía en una alegría. Cuando, al cabo de un tiempo, tuve que escribir las contracubiertas o hacer críticas de libros, me ayudaron muchísimo las ideas que le oía expresar continuamente.

Salí airoso de la entrevista, me aceptaron y me fue muy bien. Me divertí aprendiendo y trabajando, y la verdad es que trabajé mucho. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía posibilidades de subir y, por lo tanto, también tendría una mejor remuneración que me permitiría colaborar con mayor igualdad en los gastos de la familia. Empecé a hacer cosas que hasta entonces no había podido, como por ejemplo que mis hijos estudiaran música, aunque, al final, aquella actividad no les sirviera de mucho. Con ellos pasó lo mismo que conmigo, que acabé dejando la carrera de piano cuando casi la había acabado. En el fondo, aquellos estudios solo me han servido para entender y escuchar mejor las piezas y conciertos que he ido disfrutando toda mi vida. En todo caso, quiero pensar que, tanto a mis hijos como a mí, algo nos debe de haber quedado.

Si tú pagas la mitad de los gastos de una casa, todo cambia, tienes una vida distinta. Estás más contenta por esta paridad conseguida y también adquieres otro prestigio dentro de tu propio hogar, creo. De esto tengo que darle las gracias a mi marido, que era una persona que tenía sus ideas, un poco anticuadas en este sentido, quizá demasiado católicas —que no evangélicas—, pero las supo arrinconar, escuchó las mías y las entendió y aceptó. Y eso ya es mucho.

Ahora, si lo pienso, la conclusión a la que llego es que yo no he tomado decisiones, las cosas me han venido dadas. Se me han presentado ocasiones y las he aprovechado todas. Fui a la universidad por una pregunta que me hizo Matilde un día; comprendí que no había libertad sin libertad económica, como había escuchado tantas veces en el colegio sin entenderlo, y por eso quise trabajar y tuve la suerte de ir a parar a Seix Barral. No todas las editoriales de la época me habrían aceptado, ni confiado tanto en mí, ni yo habría encontrado tanto en ellas.

Dejar Seix Barral y aquel ambiente de voluntad creadora fue para todos, incluidos los lectores y el público, un gran castigo. Un fondo monumental, extranjero y nacional, además de muchas otras publicaciones únicas, quedó completamente desbaratado o transformado por los nuevos dueños. Y todo eso por una estúpida disputa de envidias, o por ganas de hacer

desaparecer a Carlos como personaje público admirado, o para hacer olvidar a los autores cuya ideología les debía de parecer a esos nuevos amos que estaba mal vista por el régimen. La embestida fue tan fuerte que consiguió arrinconar al odiado y envidiado Carlos, a su equipo y a los autores como si la mayoría fueran basura.

Solo por mencionar a unos pocos, he aquí una muy breve lista de los escritores en lengua española que todavía estaban mal vistos en aquel momento, todos de pasado republicano o de izquierdas y quién sabe si anarquista: Juan Goytisolo, Juan García Hortelano, José Bergamín, Joan Ferraté, José Manuel Caballero Bonald, Mario Vargas Llosa, Guillermo Cabrera Infante, Alfonso Grosso y Vicente Aleixandre, entre muchos otros.

## La Gaya Ciencia

Víctor Seix murió a causa de un accidente en la Feria de Frankfurt. Aquella desgracia lo deshizo todo de mala manera, en especial, acabó con lo logrado a través de los difíciles pactos establecidos entre él y Carlos Barral. Con su muerte todo cambió, y llegaron los despidos. Entre las personas afectadas también me encontraba yo. Como éramos muchos y no cabíamos en la pequeña editorial que estaba creando Carlos Barral, también despedido por los nuevos amos, decidí montar mi propio proyecto dentro del sector. Eugenio Trías fue quien me dio el nombre de La Gaya Ciencia. Y así la vida me llevó a tener un oficio, el de editora. La escritura no sabía todavía dónde quedaba.

Con Eugenio nos habíamos conocido en la universidad y nos tratábamos mucho: estudiábamos juntos y hablábamos horas y horas en su casa o en la mía. De hecho, el primer libro de Eugenio se lo llevé yo a Carlos Barral. Poner a la editorial el nombre de La Gaya Ciencia nos encantaba porque ya decía a los lectores, y al mundo en general, lo que pretendíamos transmitir con nuestros libros. Nos pareció oportuno empezar con una publicación del propio Eugenio Trías, por su ejemplo en profundizar en el pensamiento, por la belleza de sus ideas, y también por su edad: la plenitud de su juventud marcaba un paso adelante en la voluntad de avanzar, investigar y descubrir nuevos caminos para la ciencia.

Inspirado en un cuadro de Paul Klee, también publicamos *Angelus Novus*, de Walter Benjamin, cuyo título alternativo bien podría ser *Encuentro entre el Progreso y la Filosofía de la Historia*, al tratarse de un texto repleto del conocimiento de autores y obras, al igual que de las voces y los pensamientos presentes en esa cita que inventamos en honor de su autor.

Otro libro que me encantó publicar fue *Proceso y erótica del diseño* de Oriol Bohigas. En él, acompañando a una profunda reflexión sobre la belleza y los secretos de la creatividad, descubrimos una interpretación sensual e inesperada; algo que, inevitablemente, siempre debe estar asociado al buen diseño, según el propio autor. Recuerdo con gran orgullo que el libro está dedicado a «Rosa Regàs, republicana».

En 1973, publicamos *Un viaje de invierno*, de Juan Benet. En aquel momento, el autor era un ingeniero que no había sido todavía descubierto como merecía, ni era tan famoso como lo fue en el mundo literario escaso tiempo después. Vivía en Madrid, y cuando no viajaba para hacer

pozos o carreteras, se dedicaba a escribir. Hacía poco más de un año que había aparecido su primera novela. Como consiguió un gran éxito de la crítica —aunque ninguna mención en los periódicos o la televisión— y había deslumbrado al mundo literario con su poderoso estilo, le pedimos que se presentara al galardón Biblioteca Breve 1969. Cuando regresó con el premio bajo el brazo, quedamos todos emocionados. Era muy bonito encontrarte con gente leyendo su novela, *Una meditación*, en un rincón del pasillo, sumergiéndose en esas páginas difíciles. Y no hacía falta preguntar si lo eran, se les veía reflejado en la cara: aquello era literatura de verdad, con una prosa condensada y compleja a la vez que profunda y de una gran belleza.

También empezamos a editar a Javier Marías. Qué bonito es leer una novela de un autor muy joven, que ha tomado como modelo el estilo de la literatura de aventuras del siglo XIX, y su manera de entender los personajes. En el caso de Marías, además, no se limitaba a copiarlo, sino que buscaba superar aquel modo de contar historias, sabiendo que todos los personajes encontrarían a través de su mirada otra vida, otra forma de ser y relacionarse, sin perder un ápice de su idiosincrasia con el cambio. Reinterpretar conlleva, en sí mismo, generar algo novedoso, sea cual sea el modelo y la intensidad del cambio que se aplique. Este es el milagro que consiguió Javier Marías con su fantástica novela *Travesía del horizonte*.

En La Gaya Ciencia, nuestro propósito fue también el de rescatar textos perdidos, olvidados o prohibidos, tanto novelas como ensayos. Eso fue lo que ocurrió con la obra *Valentín*. A su autor, Juan Gil-Albert, que en aquel momento hacía poco que había vuelto de un largo exilio, nos lo había presentado Jaime Gil de Biedma. La novela nos gustó mucho, así que le pedimos publicarla y él aceptó nuestro ofrecimiento enseguida. Por supuesto, nos encantó verlo tan emocionado el día que, recién llegado del taller de encuadernación, sostuvo el libro entre sus manos tras tantos años de incierta espera. Lo presentamos y rápidamente empezaron a llegar gran cantidad de buenísimas críticas, que él recibió, durante los largos meses que siguieron, siempre con la misma emoción.

Inevitablemente, tuve la impresión de que cuando eran pequeños, mis hijos y sus amigos, con poca diferencia en los gustos y las ganas, leían muy poco; a veces, nada en absoluto. Pensé que, quizá, lo que pasaba es que para ellos la lectura era una tarea escolar, no de entretenimiento, ni de placer. Para mí, idealmente, leer debe considerarse como un ejercicio que ayuda a fortalecer la imaginación, que nos da alas para que podamos ir volando de un lugar a otro, mientras se descubren los secretos más recónditos del argumento y, en ocasiones, del propio autor. Por todo ello, se me ocurrió crear una colección de libros escogidos para niños y jóvenes de diversas edades. Eran obras con un estilo sencillo y apto para la comprensión y la curiosidad argumental de los más pequeños, medianos y ya adolescentes, con la indicación de la edad impresa en el margen lateral del libro. Una colección que titulamos Moby Dick.

En muy poco tiempo, fuimos capaces de llegar al centenar de títulos publicados. Todos ellos tenían la misma intención de provocar el interés por la lectura y la curiosidad en los lectores más jóvenes, de la mano de autores como Mark Twain, Julio Verne, Emilio Salgari, Carmen Kurtz, Robert Saladrigas o Pierre Loti, entre otros.

Otra estupenda iniciativa fue la de la colección de la Biblioteca de divulgación política, que

desarrollamos mi hermano Oriol y yo. Recuerdo que nos encontramos el día de Navidad por la mañana en un bar cerca del final de la línea del Tranvía Azul, camino del Tibidabo. Le dije: «Tengo una idea que podría funcionar; una colección tipo libro de bolsillo, con ilustraciones. Pero se haría con una simplicidad adecuada a los lectores que viven aquí y no saben la diferencia entre socialismo y comunismo. Y que todo el mundo lo pueda leer». Tuvimos un éxito fulgurante, lo que, además, me permitió tratar con mucha gente. A Josep Tarradellas, ya lo conocía del viaje de novios a París, pero de otros autores de la colección solo sabía el nombre. Ese fue el caso de Federica Montseny, por ejemplo. Un día tomé el tren y fui a Toulouse a verla. Ella continuaba tan comprometida ideológicamente como cuando era ministra durante la Segunda República. Le gustaba mucho compartir y resultaba tronchante, una maravilla de persona, nos hicimos muy amigas. Ella escribió *Qué es el anarquismo* y despertó el interés de mucha gente. Aquella obra vendió muchos más ejemplares que los demás libros. Incluso, poco después de su publicación, se celebró el primer mitin anarquista, y fue la bomba. Hacía poco que Franco había muerto, y organizamos el encuentro sin saber si nos darían permiso. Eran momentos en que la derecha posfranquista todavía no sabía qué hacer exactamente: mostrarse autoritaria o ser algo más permisiva.

De algunos títulos de esta colección se llegaron a vender veinticinco o treinta mil ejemplares. Estamos hablando de unas cifras espectaculares, si se tiene en cuenta que, en aquellos años, llegar a mil quinientos ya se podía considerar bastante. A la vista de aquel éxito, el Sr. Soriano, el gerente de la distribuidora Enlace, pensó que mis títulos le ayudarían a ampliar el mercado, y decidió potenciar su venta en los quioscos. Los socios de Enlace eran Beatriz de Moura, Esther Tusquets, Jorge Herralde, Josep Maria Castellet y Oriol Bohigas, entre otros. Todos ellos, amigos míos.

El caso es que el Sr. Soriano me pidió decenas de miles de ejemplares. ¡Decenas de miles! Yo se los enviaba y él me los pagaba con letras de cambio, como había hecho siempre. Se acordó que le mandaría veinticinco mil unidades de cada título, pero empezó a solicitar más y más.... Para cuando dejé de aceptar pedidos, había acumulado una deuda de treinta y dos millones de pesetas, originada por el volumen de todo lo que me habían devuelto. A las otras editoriales también les devolvían libros, pero mis cifras eran estratosféricas.

Me retornaron miles de libros en los mismos paquetes sin abrir que nosotros habíamos enviado. Aquello solo podía querer decir que la iniciativa de vender al mayor en los quioscos no había funcionado en absoluto. Imaginad la estafa que significó hacernos imprimir tantos libros, cuando enseguida se vio que los quioscos no tenían capacidad para colocarlos; pensad en la locura que suponía que nos devolvieran unos libros que, para hacerlos se habían tenido que comprar centenares de kilos de papel y que habíamos encuadernado para poder cumplir los encargos que, día sí, día no, nos llegaban del distribuidor. Resultó que aquella operación no estaba avalada por ningún estudio de viabilidad económica previa, ni siquiera se había consultado a los propios quioscos. La trampa se hizo evidente. Esto pasó en el año 1977, y a mí me tocó pagar los platos rotos del gravísimo error de cálculo de Enlace. Y cuando me encontré obligada a pagar treinta y dos millones de pesetas de los libros devueltos, los que

supuestamente eran mis amigos no quisieron hablar de nada, ni pactar la división de una deuda que no era tal.

Todo ello, naturalmente, provocó un grave enfrentamiento con los que yo consideraba parte de mi círculo cercano. Pensando en el lío en el que me metieron, supuse que lo estaban haciendo porque preferían mi ruina económica a la suya. Por suerte, eso no llegó a suceder porque hice la única cosa que podía: me inventé cinco colecciones infantiles ilustradas para vender en los quioscos. Fui a Bruguera y los convencí para que me distribuyeran estos libros y otras colecciones que también me saqué de la manga, porque sabía que ellos servían a todos los quioscos de España, pero en cantidades mucho más razonables.

Al final, conseguí devolver, en dos años, el dinero de una deuda no provocada por mí. Y lo hice, literalmente, inventándome cuentos. Una de estas colecciones era de fábulas clásicas, pero eliminando el drama y cambiando el final para que fuera positivo. En mi versión de *El cuento de la lechera*, por ejemplo, cuando se le rompía la jarra de porcelana a la protagonista, aparecía una capa de oro. Por otro lado, también cerré un acuerdo comercial con otra editorial, que empezó a vender mis libros para niños bajo el sello de Moby Dick. En lugar de colocar mil o mil quinientos ejemplares, como vendía con Enlace, gracias a aquel movimiento, las ventas ascendieron hasta ocho mil o diez mil. El negocio resultó redondo. Además, la pila de libros devueltos de La Gaya Ciencia los pude enviar a América Latina. Así fue cómo conseguí saldar la deuda.

Estuve dos años trabajando todo lo que pude. Y de toda la gente de Enlace, solo me ayudó el gerente de Edicions 62. Gracias a él, pude liquidarlo todo, ordenadamente, a excepción de dos millones de pesetas que quedé a deber a un banco de la Diagonal cuyo nombre se me ha borrado para siempre. El director de aquella entidad se puso muy chulo diciendo que le daba igual lo que yo hiciera, porque él ya se había cobrado de mi cuenta particular las letras que tenía que pagar a Enlace. Cuando le escuché decir aquello, me levanté para irme y él, con mucha prepotencia, me preguntó dónde iba huyendo tan deprisa: «A la Policía», le contesté, «a denunciarles por apropiación indebida de bienes ajenos. Usted y su banco no tienen ni derecho, ni permiso, para cargar gastos de La Gaya Ciencia en mi cuenta». Él se rio y yo me fui a buscar el ascensor. Cuando llegué abajo, me estaba esperando con otra actitud y me dijo que todo esto lo teníamos que arreglar. No le hice caso y fui a poner la denuncia. Nunca más quise, ni he querido, volver a oír hablar del tema. Me ahorré dos millones de pesetas, que en aquel momento era mucho dinero. Cuando lo tuve todo arreglado y pagado, vendí la editorial a un grupo argentino y me fui de España.

De toda esta gente vinculada a Enlace, recuerdo que también tuve un problema, digamos literario, con Esther Tusquets. Ella era una mujer muy rara, pero como era muy rica, le hacían mucho caso. Esther Tusquets, que al final tuvo que vender su editorial, llegó a poner una denuncia contra mí. Se inventó una mentira: dijo que le había plagiado un libro de Ana María Matute y que lo había publicado en mi editorial. Pero la obra no era ningún plagio, era un texto de la propia Matute, que ella me había dado permiso para publicar y que yo le había pagado. Esther decía que yo había engañado a la autora. El día que se tenía que dirimir el juicio, ella

propuso que, si yo le pagaba una peseta, lo dejaba correr, porque vio que se había equivocado. Pero le contesté que no. Mi abogado me decía que hacía mal, pero yo sabía que tenía razón. Y gané.

En aquella época, ya me había separado de Eduard y vivía en la calle Lauria. La parte de atrás del piso daba a un patio de luces inmenso, de esos típicos del Ensanche. El día que gané el juicio, al otro lado del patio, había una mujer enferma que no paraba de gritar hasta que, ya muy tarde, la vino a buscar una ambulancia. Chillaba y chillaba sin descanso. Era una sensación pavorosa, porque parecía que los gritos de esa mujer fueran el altavoz de la rabia que yo sentía, incluso habiendo salido vencedora en el juicio. Era como si toda mi angustia se hubiera hecho pública. Esther Tusquets recurrió al Supremo, pero volvió a perder, aunque después escribió un libro autobiográfico explicando que había ganado el juicio. Igual que Jorge Herralde, que aún dice que no pagué, pero lo pagué todo. Soy yo quien tiene las letras correspondientes al pago de los últimos pedidos.

Todo esto es importante porque me cambió la vida. Fue una hecatombe. Cuando todo terminó, me fui a Ginebra. Me di cuenta de que vivía en un mundo de gente que podía actuar de mala fe cuando les convenía. Si no hubiera pasado todo aquello, seguramente me habría quedado haciendo de editora en Barcelona. La verdad es que me gustaba. Pero este capítulo fue de las cosas más duras que me han sucedido, hasta el punto de hacerme cambiar de vida. De entrada, fui yo, en contra de la opinión del consejo de La Gaya Ciencia, la que tomó la justa decisión de hacerse cargo de la deuda de Enlace. Probablemente lo hice porque no me veía viviendo con el peso en la conciencia de haber ayudado a la ruina de mis examigos: acabé buscando mi solución, trabajando, rompiendo con todo y volviendo a empezar.

Para mí fue tan brutal aquella traición, dirigida por quién sabe, que incluso consiguió que rompiera con Barcelona. De hecho, nunca más he vuelto a vivir en la ciudad. Pensé: «Mejor huye, porque si no te matan». Fue muy duro, igual porque yo todavía era muy inocente. Aún ahora tengo la sensación de que no le gusto a Barcelona. Pero en realidad no es tan importante, estoy aquí y nadie me pide nada. No volví a Barcelona por cobardía; quizá tendría que haberme quedado a vivir en Madrid definitivamente. Y eso que con Pasqual Maragall había buena sintonía, pero no me atreví.

El caso es que permanecí quince años fuera de España, empleada en las Naciones Unidas. Cuando volví, me instalé en Madrid, primero para trabajar en la Casa de América y después como directora de la Biblioteca Nacional. Pero antes, me di el gustazo de escribir *Azul*, con el que gané el Premio Nadal en 1994. También tuve la suerte de que José Ángel Valente, que hacía de traductor en la OMS, me llamara y me dijera que Carlos Trías le había ofrecido escribir un libro sobre Ginebra, pero que él no quería hacerlo. Me preguntó si conocía a alguien, y me ofrecí yo misma. Tenía que completar un libro en cinco meses, nunca lo habría hecho, pero tal vez estas circunstancias me ayudaron a espabilar mi ánimo y llegué a la conclusión de que «ya me las arreglaré».

En las Naciones Unidas, trabajé inicialmente como editora y más tarde también como traductora. Sin tener conciencia de ello, desde siempre, me había ido preparando para ser una

buena traductora. Y para lograrlo disfruté de la ayuda del mejor del sector, mi querido amigo Juan Anlló.

El primer día que llegué a Ginebra fui a saludar a los compañeros. Y el jefe me dijo: «¿Has ido a cobrar?», «No, acabo de llegar». Fui al lugar donde pagaban, les enseñé mis credenciales y me empezaron a dar billetes. En aquella época el valor de la peseta estaba por los suelos y, de hecho, una de las ventajas de las Naciones Unidas era que se cobraba en dólares. Fui al banco a cambiarlos y equivalían a tal cantidad de pesetas que sentí escalofríos. No me lo podía creer, estuve a punto de llorar de emoción. Fue entonces cuando empecé las obras de la vivienda de Llofriu. Esta casa la he hecho trabajando muchísimo. Más tarde pasé el examen de traducción y trabajé de editora y traductora. Viajé mucho: Berlín, Hong Kong, la India.... Me gustaba conocer lugares de aquella manera, mientras estaba trabajando: te levantas, vas a la oficina, vas a comprar, haces la vida de la gente de allá.

## **Arquitecturas Bis**

Una de mis pasiones es la arquitectura. Pasé unos años simplemente admirándola y conociendo arquitectos, primero en Cadaqués y después en Barcelona. También en el resto de España y en el mundo entero, cuando llegaba la oportunidad. «Tendría que haber estudiado arquitectura», pensaba obsesivamente. De hecho, esta disciplina me gustaba casi más que la literatura. Pero cuando me di cuenta, estaba a punto de acabar la carrera de Filosofía y Letras, y me había enamorado de una asignatura de quinto curso: Lógica matemática. Pero no había especialidad en Barcelona, ni en ningún otro lugar de España, de modo que, si quería continuar, tenía que irme a Alemania. Dado que no podía hacerlo, ya que tenía cinco preciosos hijos, carecía de conocimientos de alemán y no disponía de tiempo para aprenderlo, además de no contar, por el momento, con una fuente de ingresos para mantenerme, encontré consuelo asistiendo a las espléndidas clases ofrecidas por Manuel Sacristán en la Facultad de Economía. Hice los primeros contactos con él para empezar el trabajo de final de carrera. Unos años más tarde intenté iniciar la carrera de arquitectura. El problema era que además de tener que enfrentarme a unas asignaturas muy difíciles, ya había comenzado a trabajar en Seix Barral, estaba inmersa en el proyecto de final de carrera, y tenía unos hijos a los que atender. Mi día a día era muy complicado, y me faltaba tiempo para todo. Así que lo dejé. Pero no estaba tranquila: «¿Arquitectura? ¡Nooo! ¿Por qué no ahora? No quiero dejar la literatura ni la filosofía. ¿Qué haré? ¿Quién me ayudará? ¿Cómo saldré de esta?».

Y un día hallé la solución, o mejor dicho, el camino hacia la solución, en una tonada, curiosamente sin tono ni ritmo, que se repetía incansablemente. Era como si hubiera comenzado veinte años atrás y quisiera hacerse escuchar; decía: «Si buscas una mano que te ayude, la encontrarás al final de tu brazo». La voz insistía con fuerza, como si emergiera desde lo más profundo de mi ser. Pero no debería olvidar nunca lo que dice el refrán: «Cuidado con lo que deseas, porque se te acabará concediendo».

Una noche, en Bocaccio, Oriol Bohigas, Enric Satué y yo nos enzarzamos en una larga y

apasionada conversación. En esa época hablábamos mucho de lo que nos gustaría hacer si tuviéramos la libertad, los conocimientos o el dinero necesarios. No es que alguno de los tres estuviéramos todavía en edad de soñar o de creer de corazón en lo que decíamos, pero entre todos, y después de varias copas y muchas horas de conversación, estábamos delante, no de un sueño, sino de un proyecto planificado y casi completo de lo que sería una nueva revista de arquitectura. Una publicación que llegaría justo en el momento adecuado para despertar el interés de estudiantes y catedráticos. Ni siquiera teníamos la edad para soñarlo, pero acabamos montando *Arquitecturas Bis*.

Durante aquella larga noche, tras un debate serio e intenso, quedaron decididos los colaboradores de la revista. Entre los profesionales del sector que pretendíamos incorporar, contábamos con el propio Oriol, que estaba teniendo problemas en la universidad porque no había querido firmar el juramento a los principios del Movimiento. De hecho, no pudo ser nombrado director de la Escuela de Arquitectura. También queríamos que nos acompañara en aquella aventura Federico Correa, a quien tampoco dejaban ser profesor, ni lo llamaban jamás para dar conferencias o clases. Ambos eran dos arquitectos famosos, marginados por el poder. Añadimos a la lista a Rafa Moneo, profesor de la Escuela de Arquitectura de Barcelona. Pero hubo muchos más nombres ilustres que salieron a colación: Helio Piñón, pensador en el movimiento moderno en la arquitectura; Manuel de Solà-Morales, sabio y reconocido; Tomàs Llorens, futuro director del Museo Thyssen; Luis Peña Ganchegui, que vivía en San Sebastián; Lluís Domènech, nieto de Domènech i Montaner, y Fernando Villavecchia, que llevaba el control de las entradas y salidas de la revista.

A la mañana siguiente, se lo explicamos a todos, y la idea les entusiasmó, por lo que acudieron sin falta a la reunión que convocamos para continuar con la organización. El primer punto fue la elección del título de la revista. *Arquitecturas Bis* pretendía dejar claro que existía otra arquitectura. Durante muchos años quedábamos una vez a la semana para comer o cenar, y de allí salía un número cada dos meses. De hecho, tenemos recogidos en un álbum todos aquellos menús, que se encargaba de preparar mi hermana Georgina, con todas sus recetas.

Enric Satué diseñó nuestra revista. Para nosotros era el mejor, no ya de Cataluña, ni de España, sino idel mundo! Y lo demostró. Hizo una revista que era una joya de simplicidad y belleza. Además, Enric cuidaba su pensamiento: cuando descubría una cosa quería saber por qué la había pensado, de dónde había sacado esa idea. Era, y es, una delicia, un gran amigo, lo adoro, lo quiero muchísimo. Como ya he dicho, la revista era tan original que le he pedido que me escribiera unas líneas con su opinión, de una manera bien clara. Este breve texto es el que me envió a finales de junio de 2023:

*He leído a poetas, filósofos, economistas, sociólogos y narradores. De ellos, algunos de vía estrecha. En cuanto a la formación práctica, los que más me han impactado han sido arquitectos. De uno leí que las artes mayores — música, pintura y arquitectura— compartían estructuralmente proporción, matemática y cromatismo. Otro decía que la música no le gustaba si no la veía hacer, así que arrinconé el vinilo y solo veo DVD. De un tercero, insensato, apreció el valor estético de la geometría, la perspectiva y la inspiración, al saber que le gustaba más ver chutar a Reixach que una exposición en la Sala Parés, estereotipada y cursi. Otro más propuso hacer una*

*revista de arquitectura, y nos pusimos a ello. Salió una que llamaba la atención, esbelta y alta como una casa de nueve pisos, en la que las fotografías de edificios se acomodaban perfectamente. Nunca me había fijado en las letras de imprenta que combinan con las ilustraciones de revistas o magazines, pero al leer de un arquitecto, de principios del siglo XX, que las de ese tipo son uno de los medios de expresión más elocuentes de cada época o estilo, y que, junto a la arquitectura, proporcionan un retrato característico de un periodo y un testimonio preciso del nivel intelectual de un país, ya no he dejado de fijarme. Y para rematarlo, alguien dijo públicamente que, desde su aparición, la revista Arquitecturas Bis sorprendió al romper moldes: en lugar del papel brillante y lujoso, que era norma en el ramo, irrumpió con papel mate y un imaginativo formato de periódico que le hizo que le llovieran imitaciones all over the world.*

En la revista colaboraban escritores, arquitectos y críticos de todo el mundo. Los invitamos varias veces a venir a Barcelona para debatir algún tema interesante. Para mí, fueron unos años extraordinarios, porque me metí en un universo que desconocía totalmente, y lo pude ir descubriendo de la mano de las mejores voces y de las más hábiles experiencias. *Arquitecturas Bis* fue una gloria y un orgullo, porque hicimos una publicación que interesó tanto a los españoles como a los críticos más conocidos internacionalmente. Tenía un punto bastante intelectual, de compromiso, y una manera de plantear las cuestiones que fomentaba el debate. Era una revista seria, bien planificada y extremadamente interesante.

Nuestro grupo, como el propio proyecto editorial en su conjunto, fue creciendo y llegó un momento en que habría sido necesario hacer una reformulación general, pero entonces yo me vendí la editorial y lo dejamos. Publicamos cincuenta y dos números entre los años 1974 y 1982; fue fantástico. Resultó una de las aventuras profesionales y personales más desafiantes de mi vida, seguramente la que más. Después llegaron otro tipo de experiencias, pero esta fue una iniciativa de ideas y que profundizaba en lo que pensábamos y hacíamos, y en lo que estábamos a punto de descubrir. Nada como *Arquitecturas*: era un debate constante.

## 6. La muerte de Franco y la Transición

### La muerte de Franco

«Rosa, se ha muerto», eso me dijo una chica que trabajaba en La Gaya Ciencia cuando me llamó a las cinco de la madrugada. Así me enteré de la muerte de Franco. El padre de ella era encuadernador, por lo que se levantaba muy temprano y lo había oído en la radio. Desperté a los niños y los llevé al salón. Les conté, de la forma más clara, precisa y coherente con lo que les habíamos enseñado, que Franco había fallecido y lo que pensábamos que eso supondría para el país. «¿Y quién mandará ahora?», preguntó uno. «Ya se verá», respondí de la manera más sencilla que se me ocurrió. Aún no eran las seis y media y todos tenían cara de sueño. Nos subimos a la larga y baja mesa arrimada a la pared y cantamos «La Internacional». Al final, ya completamente despiertos, otro dijo: «¿Tendremos que ir al cole mañana?», «¡Hoy!», gritaron los otros. «No, por supuesto que no, ni al instituto», les aclaré yo. Ellos volvieron a la cama, y empecé a llamar a todo el mundo. Lo primero que hice fue ir a la editorial y, hacia las doce, al Cocktails Boadas, al principio de la calle Tallers, completamente lleno de gente y de amigos. Más tarde, no sé a qué hora sería, fui a pasear por las Ramblas, también a rebotar de personas, aunque, esta vez, acompañada de los niños, que quisieron venir. Teníamos que movernos con cuidado porque el suelo estaba lleno de botellas de champán vacías. Las personas que nos cruzábamos iban riendo pero sin hacer demasiado ruido, ni alboroto, una especie de celebración muy numerosa aunque tranquila. Fue un paseo emocionante: la gente tenía miedo, pero lo festejaba. Y yo no podía dejar de pensar: «Todo se reduce siempre a esperar... para todo y para todos».

En la televisión dijeron que se podía ver el féretro y no quería perdérmelo. ¡Toda mi vida pensando en aquel momento! Al dictador lo hacía responsable de todas las cosas, incluso desde pequeña: si los deberes no me salían bien, la culpa la tenía Franco; si mi madre no había podido venir el tercer sábado del mes, el responsable era Franco. Al hacerme mayor, él continuaba siendo el culpable de cualquier situación, y no solo de lo mío, sino de lo que fuera que yo viese que no iba bien en el país. Pero de una manera muy personal, viva y peligrosa porque, al menos en los últimos años, no se hablaba mucho de su muerte. Íbamos tirando, escondiéndonos, luchando. Más bien no entendíamos que tardara tanto en morir, como si fuera a durar para siempre. El único que hablaba de Franco era mi padre cuando volvió del exilio, y siempre que lo mencionaba, mi abuelo lo mandaba callar. No teníamos más remedio que encerrarnos dentro de nosotros, y procurar recordar uno de los cuentos de Max Aub que nuestro padre nos leyó al volver del exilio, *Sobre la verdadera muerte del General Franco*.

Volé a Madrid, y Juan Benet, quien ya había venido a Barcelona varias veces desde que lo habíamos conocido a través de Pere Gimferrer y Félix de Azúa en la editorial Seix Barral, me vino a buscar al aeropuerto y fuimos a ver el féretro. En realidad, vimos la cola más que el

féretro, tanta era la gente que había. Era impresionante. Y a mí me dio por pensar: «Madre mía, si todos van a favor de Franco, ¿qué haremos?». Y no me equivoqué demasiado. Incluso ahora, cuando tengo un mal día, pienso que, a nuestra manera, en buena parte todavía seguimos en el franquismo. Han pasado años y, si somos capaces de mirar lo que ha ocurrido y recordar cómo se hizo aquella transición tan encomiada, nos daremos cuenta de que los personajes de una y otra parte eran, en buena mayoría, los mismos, porque así como se nos iba la lengua de tanto alabar nuestra transición, que en el fondo, siendo sinceros, apenas supuso más que una repetición de personajes e ideas con una parte no muy importante de cambios, del mismo modo se siguió aceptando con gran normalidad la presencia de personas que habían estado en el franquismo como grandes figuras. El pueblo. ¿El pueblo? El pueblo no se movió. Fue aceptando lo que se le imponía en distintos aspectos de carácter más democrático que llegaron a persuadir a una buena mayoría, no con la convicción del que realmente había paseado con toda libertad su pensamiento de un punto a otro de los minicambios que se nos impusieron, sino del que se había dejado convencer por los nombres y apellidos, familiares y sociales que son los que acabaron dando personalidad y contenido a la nueva forma de gobierno tan cercana a la anterior.

En cualquier caso, aún sigue enmarcada y colgada en una pared de mi habitación la primera página del *Diario de Barcelona* de aquella jornada tan esperada con el titular: «Franco ha muerto».

## La Transición

Recuerdo perfectamente que, ya trabajando en Ginebra en aquel momento, mis amigos, casi todos extranjeros, apenas tenían una opinión sobre la Transición en España. Les pillaba demasiado lejos. Sí que había una editora española a quien en algún momento le pregunté: «¿A ti qué te parece la Transición?»; ella me respondió que estaba «entusiasmada». Yo pensaba que también debería compartir esa efusión, pero no era así. Quizás el motivo fuese que con la distancia las cosas se ven distintas; yo me preguntaba dónde estaban nuestras leyes, las leyes que perdimos con la guerra y la posguerra, ¿dónde habían ido a parar? Y los derechos, ¿quién se los había llevado? Si era verdad que Franco lo había dejado todo atado y bien atado, ¿dónde estaba lo desatado? De hecho, seguía habiendo en aquel momento militares fieles a la legalidad de la República que no podían regresar al país, y de eso no se hablaba. Empecé a pensar en este tipo de cosas y me dije: «Que nadie te engañe».

Sí, seguramente resultó una gran cosa que la Transición no fuera muy violenta, que las empresas pudieran continuar enriqueciéndose, pero ¿y todo lo que habían perdido los que salieron derrotados de la guerra? Los exiliados, los prisioneros, los condenados a muerte... ¿qué pasaba con aquellas personas que jamás pudieron rehacer su vida, ni recuperar lo que se les arrebató?, ¿dónde quedaba todo eso? Decían que no se le había quitado nada a nadie, pero claro, ellos ya eran los propietarios, no les hacía falta adueñarse de nada; ni cambiar el Ministerio del Interior, ni las leyes, porque ellos mismos eran quienes las habían hecho. Ahora

que aseguran que todo ha cambiado, ¿se ha echado alguna vez de su cargo a una persona que lo tiene desde siempre y que ha sido acusada de varios y antiguos delitos? En un país normal no solo se la habría echado, sino que también se la habría juzgado legalmente y con celeridad. Pero aquí no. Aquí se organiza un juicio que, al paso que va, durará mil años. Mientras tanto, la persona juzgada continúa ayudando a cumplir los designios de sus protectores, con sueldo y prestigio pero sin sentencia, aunque el delito del cual se la acusa sea grave y contra los derechos humanos. Yo hablo de ello, porque conocemos casos como estos, y hay gente que me dice: «Hombre, Rosa, no exageres, ellos tampoco son aquellos». Yo no sé quiénes son para esta gente los *ellos* y los *aquellos*.

También es verdad que la presencia del exilio y de la Guerra Civil ha sido para mí mucho más marcada y dolorosa de lo que lo llegó a ser para mucha gente de mi alrededor. En el colegio, por ejemplo, todas las niñas eran hijas de franquistas. Sin embargo, al examinar la totalidad de los perjudicados, sin contar los futuros truncados, considerando las acciones de los padres, las madres y los hijos de familias como la mía, se hace evidente que eso no es nada en comparación con el sufrimiento infligido a la gran mayoría de los considerados culpables. Miles de personas fueron afectadas de muchísimas maneras, incluso hasta la muerte, como el caso del presidente Companys y muchos otros. Personas que murieron de verdad pero también en el plano de la memoria, olvidados como quedaron durante generaciones en todo el país. Y hablo de castigos, persecuciones, vidas deshechas y muertos que la historia nunca podrá recuperar. Dice Kapuściński que un país que ha sufrido tres años de guerra de sometimiento y una dictadura de cuatro décadas como la nuestra necesita cien años para recuperar la normalidad. Es muy triste, pero ya estamos en lo de siempre: todo es cuestión de que pase el tiempo.

Esta es mi manera de ver la Transición. Y ahora entiendo mejor que, en aquel momento, el hecho de haber perdonado a tantos traidores y fascistas les ha permitido tener margen y facilidades para prepararse; volvemos a estar en las mismas. Y yo me digo: «¿Cómo puede ser que no lo vean?». El de Franco fue un fascismo militar y eclesiástico. Solo hay que ver cómo era en 1939 la Iglesia católica. Yo iba a una escuela religiosa y aun así, observaba que eran ellos; era pequeña pero lo notaba. Naturalmente, estaba condicionada por el asunto de mis padres, pero no por lo que pudieran influir en mí o enseñarme, porque cuando volvieron del exilio, nosotros ya no teníamos edad para dejarnos condicionar ni convencernos tan fácilmente como cuando teníamos siete u ocho años.

La decepción de la Transición llegó rápidamente. Veinticinco días pasaron hasta que me entró la rabia y la vergüenza y vi la trampa: ¡continuaban mandando los mismos! Para mí fue un horror. Como enseguida volví a Ginebra, me aparté bastante de todo, pensé que, si habíamos pasado cuatro décadas de franquismo y continuábamos así, mejor dejar pasar los años sin sufrir por ver qué iba a ocurrir. No había nada que hacer. Y me remito al tiempo que ha pasado.

Creo que fue una de las cosas más vergonzosas y brutales que he experimentado, el hecho de comprobar cómo las mismas personas que habían estado del lado del franquismo todavía seguían allí. Aquello hizo que mi manera de juzgar las cosas cambiara. Encima, se le dio el

título de «transición ejemplar»... En Argentina, por lo menos, hubo un juicio; aquí ni siquiera se ha intentado. Y no solo eso: los gobiernos españoles han defendido al franquismo. Esto es un horror y me hace pensar que este país no tiene solución. Pero imagino que todos debemos de ser así, tramposos por naturaleza.

Mirando atrás y repasando el panorama político de finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo pasado, a mí me encantaba Felipe González y creí en él con inocencia, de todo corazón. Y no unos meses, sino mucho tiempo. Creo que González jugó el mismo papel que el resto, el de salvar las cosas como se pudiera. Se hizo socialista e interpretó su rol para que pareciera que teníamos un país normal... pero de ultraderecha. Eso es lo que fui viendo con el paso de los años. Me decían que era una exagerada, me preguntaban: «¿Cuántas personas hay en la cárcel?». Yo les replicaba: «Dímelo tú. Dime cuánta gente hay en el exilio, dime tú cuánta gente no ha podido volver. Dime cuántos de los militares que lucharon a favor de la República han podido regresar y en qué condiciones, dime qué leyes aprobadas por los franquistas se han cambiado...». Estábamos a finales de los setenta. Se puede presumir de todo lo que se quiera, pero no se puede estar orgulloso de algo que no existe. Si no se cambió nada con la Transición fue porque no había nada que cambiar. Intentaron ponerse mínimamente de acuerdo con las Naciones Unidas para conseguir tener algo más de reconocimiento internacional, eso fue todo.

Con Felipe González tuve mucha relación, pero muy superficial. Fue mi época menos discutidora, porque la gente estaba muy convencida y había muchas personas amigas mías, a las que respetaba, que estaban tan seguras que me hacían dudar. Pensaba que había algo que yo no veía. Felipe era muy simpático y, al principio, muy tímido. Lo conocí cuando, junto a Oriol, hicimos la Biblioteca de divulgación política: mi hermano me dijo que fuera a Madrid a convencer a los autores que teníamos pensados para los diferentes títulos. Se suponía que estaban medio escondidos, aunque después todos pudieron venir a la presentación en el hotel Velázquez de Madrid, donde, menos «La Internacional», cantamos de todo. Así conocí a Felipe González. Era poco comprometido con su discurso, pero lo justifiqué pensando que, si no, lo podían meter en la cárcel. Yo creía que todavía había gente en la cárcel, pero eran los de siempre, los que habían sido rojos. Felipe no había sido comunista, ni entonces, ni mucho menos ahora. De todo esto te das cuenta más tarde. En aquel momento, yo no era muy mayor, tenía treinta y cinco años y no poseía una formación política muy exhaustiva. Libros tenía algunos, pero no demasiados, ya que los de casa de mi abuelo los quemaron, al morir él, con todos los miles de papeles de su vida profesional.

De los personajes de esa época, a mí me hacía gracia Jorge Semprún. Supongo que porque era muy francés y pensaba de otra manera, pensaba de verdad. Fuimos amigos porque todo su grupo era muy cercano a mi hermana Georgina, y allí lo vi mucho. Una vez coincidimos siendo ambos jurados del Premio Nadal. Ese año el galardón se lo llevó una persona, cuyo nombre no diré, que, queriendo demostrar lo lejos que estaba de las cosas que se aceptaban aquí, se disfrazó de bañera y hablaba de una manera muy rebuscada y cursi —e incorrecta—, con frases como «los que pensamos como yo» y cosas así. Semprún me tocó la mano y me dijo: «Rosa,

este país no tiene solución». Toda la vida lo recordaré. Él siempre dijo que este país no podía cambiar, y ya había sido ministro. En aquel momento había mucha gente con quien podías tener sintonía ideológica, porque no todo el mundo estaba desinformado. Algunos no lo estaban, pero hacían ver que sí, porque les era más cómodo por motivos personales y profesionales. Semprún y yo estábamos de acuerdo en muchísimas cosas, pero no hacía falta que nos lo dijéramos todo el rato. Y eso pasaba con muchos otros.

Las conversaciones con los autores de las diferentes colecciones de las Bibliotecas —la de divulgación política, la de salud y la de sociedad— y lo que publicaba en la colección literaria es lo que más recuerdo de aquellos años.

Y luego, en el 82, me fui al extranjero y no volví hasta el 94. Fue mucho tiempo fuera y alguna cosa me quedó de la educación política francesa sobre los valores de ser republicano, de izquierdas, y qué significa ser de derechas....Cuestiones, todas ellas, que aquí se decían solo a medias, porque nadie quería comprometerse, ni desde un punto de vista personal, ni oficial. Y por lo que veo, ahora pasa lo mismo: hablamos poco de lo que sucede, creemos solo lo que oímos; hemos olvidado que, comentando un tema o un hecho, profundizamos en él y en nuestra mente, lo hacemos más apto para fortalecer el criterio. Esto resulta útil no solo para la política, a la que buena falta le hace, sino para todo lo demás.

Años más tarde, traté con José Luis Rodríguez Zapatero. Era una persona que, pensaba, era inteligente y veía las cosas, pero supongo que se daba cuenta de en manos de quién estaba, el peligro que corría y lo que le podía pasar. Lo considero bastante hábil. Cuando fui directora de la Biblioteca Nacional lo conocí mejor, era alguien con quien podías hablar. Pero yo no estaba metida en política, lo había tratado en actos oficiales. Mi idea general sobre política —la única cosa que manda es el capital, ni la derecha ni la izquierda—, ya empezaba a asomar: no es la ultraderecha la que gana, es el capital. Y tendríamos que haber sabido ver que el capital lo ganaría todo.

## 7. Madrid

### Casa de América

Profesionalmente, en Madrid es donde he sido más feliz, de lejos. En la capital me he notado muy cómoda y en Barcelona me he sentido más ignorada. En Madrid me consideraba una privilegiada, los catalanes teníamos buena fama de trabajadores, estábamos bien valorados. Me instalé en Madrid trabajando para las Naciones Unidas como traductora, estaba encantada de estar allí y no en Barcelona.

Cuando empecé a escribir y a publicar libros, lo hice en paralelo al trabajo que me ocupaba en la capital, y en Cataluña no me hicieron ningún caso. En Barcelona, en el mundo de la edición no me conocía nadie, en estos momentos todavía menos. Ahora sí que me da igual, pero antes pensaba: «¿Qué le pasa a esta gente?», «¿qué he hecho mal?». Seguramente, no escribir en catalán. Si en lugar de tener noventa años tuviera treinta, me pondría a ello y dentro de una década podría escribir en lengua catalana, pero, si empiezo con mi edad, cuando pase ese tiempo me temo que estaré muerta, por lo tanto, no vale la pena que me ponga. Además, me encuentro muy bien con el castellano porque he leído mucho en este idioma y en francés. En catalán me doy cuenta de que no digo exactamente lo que quiero decir.

En Madrid trataba sobre todo con escritores e intelectuales. Primero empecé trabajando para la Casa de América de Barcelona y luego me trasladaron a Madrid. Me sentí muy atendida, de verdad, no era algo falso. Y me ayudó gente que antes había ocupado mi cargo. Por ejemplo, Pedro Molina Temboury, madrileño, uno de mis grandes amigos. La vida de ambas ciudades estaba muy alejada en aquella época. Al principio, fue un poco difícil, pero Pedro me ayudó mucho, y también Lidia Blanco, que actualmente trabaja en el Reina Sofía. De todas maneras, al comenzar mi etapa allí, Lidia estaba en mi contra, porque yo ocupaba el lugar de Pedro y eso no le gustaba. El trabajo lo hacía perfecto, pero no había manera de colaborar. Intenté ganármela pidiéndole que me presentara a Pedro. Con él hice un viaje de tres meses por Latinoamérica, en los años entre la Casa de América y la Biblioteca Nacional, sobre el que escribimos un libro a cuatro manos que se titula *Volcanes dormidos*.

A mí me convenía ir a Madrid. Llevaba más de cinco años trabajando para las Naciones Unidas como traductora fija y había estado viajando por el mundo: un día podía estar en Moscú y al mes siguiente, en Nueva York. A mí eso me encantaba, además de que me permitía hacer la vida de la gente de la ciudad que visitaba. Si las mujeres de Nueva York llevaban zapatos bajos para caminar y en una bolsa los tacones que se ponían en el momento de entrar a trabajar, pues yo también. Aprendí a buscar restaurantes japoneses como ellas y ellos, fueron unos años muy felices. El asunto empezó a acabarse cuando suprimieron la paga para la estancia y contrataron a personas que ya vivían en el lugar, lo que hizo disminuir mucho las oportunidades de viajar. Por aquel entonces, mi madre vivía en Madrid y se puso un poco

enferma, así que cuando me llamó Eduardo Garrigues y me ofreció trabajo allí como directora de la sección de cultura de la Casa de América, pensé: «Mira, estupendo». A mí me encanta cambiar. Además, me daban la posibilidad de continuar trabajando de vez en cuando para las Naciones Unidas. Así que alquilé un pisito y me instalé en Madrid.

Trabajaba mucho y por las noches salía poco. Invitaba a la gente a un pisco y basta. Eso quería decir que me iba a dormir a las once de la noche. Pero fui a sitios, conocí a pintores, me gustó la vida cultural que había.

Los primeros días de trabajo me pasaron algunas cosas de chiste. Invité a una persona para que viniera a presentar su libro y se llenó de gente, pero a la hora de la copa, todo el mundo tomaba *whisky* y allí no pagaba nadie. Yo estaba angustiada pensando que dirían: «Ya está la catalana tacaña». La tercera vez que me ocurrió aquello, me dije: «Madrid será como será, pero a mí no me van a hacer pagar las copas de treinta personas». Así que, cuando vino el camarero para que le firmara la nota, le espeté: «Mire, yo pago lo mío, lo que ha tomado este señor, y este y esta señora, pero el resto... que cada uno pague lo suyo». Así fui tirando y descubriendo cómo se hacían las cosas en la capital. La verdad es que lo hacía a mi manera, pero teniendo en cuenta cómo eran las costumbres de allí. Me lo aceptaron muy bien y en Madrid fui muy feliz: no tenía ninguna relación extraña con la ciudad, ni me sentía rechazada, como sí me pasaba en Barcelona. En Madrid era una más, había gente de Cáceres, de Galicia... de todas partes, y eso me gustó mucho.

No fue hasta más adelante cuando entendí qué era el poder y cómo se definía en cosas pequeñas, como por ejemplo la prensa. También fue más tarde que comprendí qué era el nacionalismo. En ocasiones, cuando invitaba a una persona y no era el perfil que se esperaba, me decían: «Esto mejor no lo hagas». Debía ir con cuidado. Hay que tener en cuenta que la Casa de América estaba financiada por el Ayuntamiento de Madrid, el Gobierno de España y la Comunidad Autónoma. Poco a poco aprendí a presentar las cosas de otra manera.

En general tuvimos mucho éxito, porque abrimos la Casa de América a la gente y siempre se llenaba. Yo tenía un amplio conocimiento de autores latinoamericanos, y todos vinieron a presentar libros o dar conferencias. Lo cierto es que era muy divertido. También acudieron españoles exiliados que no habían tenido nunca el apoyo del poder. Ese fue el caso de Juan Goytisolo, quien vivía en Marruecos y respondió a mi convocatoria en Madrid. Pero no lo hizo solo; lo acompañó su amante y también la esposa de este. Durante la cena, nos contaron cómo se conocieron, cómo Juan encontró al amante y pensó que podría llevarlo a su casa para estar juntos. Sin embargo, este tenía esposa, así que decidieron invitar también a la mujer, quien resultó ser muy simpática. Le pregunté: «¿No le angustia la situación?» y ella respondió: «Qué quiere que le diga: él quiere estar con Goytisolo, pues que esté; no puedo evitarlo. Me deja estar cerca, así que lo estoy. Los cuido a los dos». Esto me gustó, y era tan exagerado que pasamos la censura, pasó desapercibido. Y pensé: «Aquí sí». Empezamos a invitar a quien nos daba la gana. Conseguimos subir de tres mil asistentes a treinta mil. Fue una temporada preciosa.

## Biblioteca Nacional

Después de la Casa de América me pidieron dirigir la Biblioteca Nacional y fue fantástico. Hasta mi llegada había estado regida y gobernada por personas del régimen, a las que cuando llegó la Transición tuvieron que colocar en algún sitio. Me las apañé bien.

Recuerdo un día que, al subir al avión, vi que mi asiento estaba ocupado por el ministro de Administraciones Públicas, Jordi Sevilla Segura. En lugar de hacerle levantar para que fuera a su sitio, le pedí una cita para explicarle la grave situación que tenía en la Biblioteca Nacional. El problema era que todo el mundo mandaba, una especie de reino de taifas, y yo quería organizarlo de otra manera. Me pidió dos meses de margen y envió un equipo que trabajó para entender cómo funcionaba todo. Al final, me entregó un informe con lo que habían detectado y con consejos para estructurarlo bien. Fue de mucha ayuda, y siempre que lo pienso le doy las gracias en silencio, por todas las veces que he pensado en él pero no he podido decírselo.

Mientras estuve allí, una de las cosas de las que más se habló fue de la escultura de Menéndez Pelayo, un regalo de Acción Católica a la Biblioteca. Yo la quería sacar de donde estaba, porque cortaba el paso, obligando a los visitantes a dar toda la vuelta. No hubo manera. Incluso llegó a venir el presidente de Cantabria, Miguel Ángel Revilla, para impedirlo. Al final, se me ocurrió pedir un informe del material con el que estaba hecha la estatua. En las conclusiones del documento se decía que la escultura era de una piedra blanda y débil, que no aguantaría estar a la intemperie porque se estropearía enseguida. No le hicieron ningún caso, pero conseguí acabar con ese rifirrafe absurdo y aproveché la ocasión para situar en su lugar, en el jardín, una cara de Antonio Machado, realizada por el artista Pablo Serrano, sobre un pedestal de Alberto Corazón, diseñador, escultor, escritor y muchas cosas más. Precisamente, con este último, responsable de un montón de obras de diferentes disciplinas, todas ellas de una elegante simplicidad y belleza poco comunes, trabajé muy a menudo durante aquellos años en Madrid; hizo toda clase de programas y papeles que dieron estilo a todas nuestras publicaciones.

En el último año de mi dirección, hicieron ministro a César Antonio Molina. Me peleé con él y dimití. Él quería que reconociera que en los tres años y medio que yo había estado al frente de la Biblioteca no había hecho nada, y quería que lo admitiera delante de la prensa. Yo le espeté: «Pues no lo voy a reconocer y, además, dimito». Y dimití.

Me quedaban cuatro o cinco meses para acabar. Había acordado que estaría cuatro años, reorganizaría la Biblioteca y me iría. La aproximé al público, monté actos culturales, abrí salas que estaban llenas de maletas viejas y las usé para poder mostrar cosas pequeñas, como por ejemplo colecciones de sellos u objetos que la gente no sabía que estaban allí.

César quería que diera la noticia a la prensa del robo de unos mapas, pero yo no la quería dar porque la persona responsable del robo podía escaparse. No obstante, pasé unos momentos difíciles, esa es la verdad. Pero de la Biblioteca Nacional no dimití por la desaparición de aquellos mapas, y que conste que el manuscrito del *Cantar de mio Cid* no desapareció; dimití porque me peleé con el ministro. Me gritaba: «Tú no sirves para nada, los que me han puesto a mí aquí, lo han hecho para poder hacer contigo lo que quiera, y lo que quiero es que te vayas».

Recuerdo que, en medio de aquella conversación, sonó el teléfono. Era para mí; me llamaba la persona que cuidaba la casa de Llofriu: «Señora, perdone, pero es que ha nacido un burro y el veterinario necesita saber cómo se llama». Y le dije: «César».

En el mes de julio, cuando ya había decidido que me iba, organizamos un homenaje a Antonio Machado. Colocamos su escultura, la única que hay en Madrid. Se trataba de una réplica de otra que se encuentra en Baeza. Vino el periodista Juan Cruz y toda la gente de *El País*. Al día siguiente le dije a Juan: «Oye, ¿cómo es que no habéis sacado nada?», «Hombre, es que ayer tuvimos la desgracia de que se murió El Fary», me respondió. Yo no sabía quién era El Fary, pero lo cierto es que tampoco pensaba que, en un país como España, fuéramos a conseguir salir en las noticias con un homenaje a Machado. En todo caso, el acto fue una fiesta preciosa. Vinieron los directores de los departamentos de literatura de todas las universidades, y leyeron un poema. Rosa Navarro dio una conferencia sobre la vida amorosa de Machado, Joan Manuel Serrat cantó, pero en *El País* no salió nada de aquello. Eso sí, el día que me fui de la Biblioteca Nacional este periódico publicó un editorial sobre mí donde me llamaban de todo.

Supongo que a lo largo de mi vida se han metido conmigo muchas veces de muchas maneras y me han criticado por mi vida libre, pero yo siempre he decidido seguir a lo mío.

## 8. Cataluña

### Cataluña y el catalán

Mi relación con Jordi Pujol, si nos veíamos, era de «hola, hola» y «adiós, adiós». La última vez que coincidimos fue en el homenaje que le hicieron hace unos años al pediatra de mis hijos, el querido y admirado Joaquim Ramis, que ha muerto recientemente y cuyo fallecimiento ha hecho que nos quedemos un poco más solos.

Creo que no he escrito nada en contra de Jordi Pujol, pero no estoy segura. Esto no significa que cada vez que lo he citado en artículos lo haya hecho inocentemente, por decirlo de alguna manera. He redactado cosas como: «Para Jordi Pujol todo era pecado, excepto el pecado económico». Tengo muy presente la manía que, de joven, cuando nos conocimos, tenía Jordi Pujol con las faldas, que tenían que ser largas, y con los trajes de baño, que tenían que llevar también falda, y no nos podíamos bañar en cualquier sitio; teníamos que ir a los baños privados, los que ofrecían unas casetas que se alquilaban. Supongo que tenía miedo de que Dios, que todo lo ve, se percatara de nuestra desnudez, pensaría que Dios no se acuerda de lo que creó. Me parece muy graciosa la visión que esta especie de moralistas tienen de Dios. Quizá se imaginan a un ser todopoderoso que primero crea un hombre, después crea una mujer a imagen del hombre, y el sexo no se puede ni insinuar. No he hablado inocentemente de Jordi Pujol, pero no lo he insultado. No hace falta, las cosas que ha hecho bastan para saber cómo es.

En Barcelona y en Cataluña la gente era muy consciente de las operaciones económicas de Pujol y el famoso 3 %. Lo sabía todo el mundo. Todos estábamos enterados y no decíamos nada, de acuerdo, pero... ¿y ahora, se dice algo? ¿Protestamos contra alguna cosa?, ¿quién protesta contra las eléctricas? Por lo menos en Madrid salen en masa a la calle en favor de la sanidad pública. Nosotros no protestamos porque está mal visto, es como ir contra Cataluña. Los negocios de Pujol los conocía mucha gente, pero también otros tantos se aprovecharon de ellos. Y por eso no podían hablar mal del tema. Había personas que se beneficiaban económicamente y otras lo hacían desde una vertiente más emocional, porque Jordi Pujol, para una gran cantidad de catalanes, era el mesías venido a la Tierra, y desde un punto de vista sentimental era el padre de la patria. Eso implicaba que podía hacer lo que quisiera con el dinero que pasaba por sus manos. Pasó tanto tiempo sin que esto saliera a la luz, que lo vivimos como si no fuera con nosotros, ni obligación de la justicia. Pero, al menos, tenemos el consuelo de que sí forma parte de la historia, una historia que no es ni de los unos ni de los otros, sino de Cataluña, y nos recuerda, siempre, quiénes somos y cómo éramos.

Naturalmente, estoy en contra de la corrupción, pero todavía estoy más en contra del nacionalismo corrupto. No soy nacionalista, no creo que el nacionalismo pueda ayudar a los pueblos. Esto no significa que, un día, yo no pueda convertirme en independentista, aunque lo

más probable es que no lo sea; entre otras cosas, porque no me queda tiempo. Pero una cosa es ser independentista y la otra nacionalista. El nacionalismo está cerrado al diálogo, a la crítica. Ser independentista quiere decir que crees, desde el punto de vista político, que las cosas podrían ir mejor de otra manera y luchas por lo que, según tu criterio, va bien y lo que no. Pero el nacionalismo se lo cree todo y siempre repite el mismo mantra: «somos los mejores». Es absurdo: haber nacido en Cataluña, Valencia o Flandes, no es lo que importa. No creerse mejor que los demás, en cambio, sí que podría llegar a ser de alguna utilidad... Jamás he conocido a ningún nacionalista que acepte la manera de pensar de los demás. Por eso, mi posición es muy clara, en un mundo en el que, por suerte o por desgracia, cada vez nos tenemos que sentir más cosmopolitas y no del sitio donde la casualidad nos ha hecho nacer.

En cuanto a mis libros en catalán, que Ara Llibres los liquidara y decidiera no continuar con las obras que faltaban de la autobiografía, además de no lanzar nada que fuera mío, fue uno de los disgustos más duros, políticamente, que he sufrido. No porque no me los publicaran, a pesar de que era una bonita edición, sino porque vi con qué sangre fría podían actuar esta clase de catalanes: se me quitaron de encima, a pesar de tener un buen contrato, con una indiferencia literaria que solo deben de reservar a quien no lleva dibujada la bandera. No me lo podía creer. Decidieron que mis libros no interesaban, ni siquiera una reedición, nada. Esto no solo son «cosas que pasan», esto es el nacionalismo, cuya peor característica es el orgullo exagerado de lo propio, mezclado con el menosprecio que proyecta sobre lo que no es como ellos o como lo suyo. En catalán escribí para la SER hace muchos años, y ahora únicamente lo hago para Ràdio Capital d'Empordà, y un par de artículos sobre temas locales y sus problemas en el *Diari de Girona*. Al margen de esto, en Cataluña nunca me han pedido textos o artículos. No es por mi culpa, yo tengo todo el tiempo del mundo. Quizá piensan, como el director de Ara Llibres, que no se me da bien escribir en catalán... Quizá tengan razón. Cada persona tiene que poder hablar la lengua que le dé la gana, además de la del país donde se ha empadronado o nacionalizado.

Lo que es cierto es que el catalán, sea o no algún día la única lengua que se hable en Cataluña, siempre tendría que ser la lengua oficial. Personalmente, me da igual. Hablo tanto en catalán como en castellano. La lengua catalana no está en peligro, estaba en el precipicio cuando yo era pequeña porque todo se hacía en castellano. Este país tiene dos idiomas, nos guste o no. ¡Y en la escuela deberían aprenderse cinco! Pero no estoy dispuesta a defender una lengua por encima de la otra, con la excusa de que hace quince siglos ya se hablaba, aunque fuera verdad. El catalán es nuestra lengua y por eso defendiendo todo lo que haga falta la enseñanza en catalán, aunque preferiría que fueran dos lenguas oficiales, o tres: por fidelidad a la historia y por amplitud de conocimientos.

Mis lenguas maternas son el catalán, el castellano y el francés. Las tres. Mis primeros sonidos fueron en catalán; mis primeras palabras, lo primero que aprendí a leer, sobre un papel de estraza, fue en francés, y enseguida empecé la escuela en castellano. Cada persona tiene su historia, esta es la mía.

Tuvimos bastante contacto con Josep Pla, con quien éramos vecinos. Con él hablábamos en

catalán. Iba a verlo con Ricardo Berla, que era italiano y presidente de la Hispano Olivetti. Hablaban en castellano, y no pasaba nada. De vez en cuando, Pla decía algo en inglés y reían. No había ningún problema. Soy una apasionada de Pla, me enamora leerlo. Era alguien que no paraba de escribir, lo hacía día y noche, era un gran trabajador. Podía completar una novela en dieciocho días. Alguna vez estabas allí y te leía algo que acababa de escribir sobre el Ampurdán o la tramontana; un tópico si quieres, pero era una maravilla.

## **El 1 de octubre y el Procés**

Cada vez que pienso en Puigdemont, lo visualizo escondido en el maletero de un coche, escapando. Nunca creí en esa causa, ni en esas personas, dado su proceder. No voté porque estaba de viaje. Admito mi error: debería haber reconocido a aquellos que lucharon por lo que consideraban justo, pero no lo hice. Tendría que haberlo respaldado, ya que el derecho a la autodeterminación lo considero legítimo. Si un país busca la independencia, debe poder decidirlo. Sin embargo, los líderes me parecían poco conscientes de su causa y de contra quién se enfrentaban. Todo parecía trivial. Aunque figuraban conocer sus motivos, daba la impresión de que todo era una farsa. La mediocridad de la versión de esta historia me desencantó; los discursos carecían de autenticidad. No recuerdo algo que despertara mi ilusión por ese objetivo; todo estaba tan calculado, era tan poco genuino, tan carente de historia real... lo vi mal. Tal vez mi educación en asuntos del país no fue suficientemente completa, pero no pude hacer nada porque no lo creí. Si surge una persona más preparada, seria y apasionada, supongo que me situaré a favor de la independencia.

La parte que más me impresiona de la historia social de Cataluña es la de principios del siglo xx, con la lucha de los anarquistas, y la de las décadas de los treinta y cuarenta —pronto hará cien años—, pero sabemos muy poco de este periodo tan cercano, porque no somos de recordar el pasado, nos gusta más el futuro. Pero si no aprendemos sobre nuestra historia y de dónde venimos, ¿cómo vamos a poder estar seguros de quiénes somos en el presente? Y si eso no lo tenemos claro, ¿de qué manera podremos imaginar cómo seremos en el futuro?

Yo soy una apasionada de la Barcelona de los años de la República, del mundillo cultural que había, de cómo se discutía y cómo se vivía. Ahora no leo nada independentista que no me haga temblar. La Barcelona de ahora la veo muy diferente de aquella ciudad que, en pleno franquismo, nos tenía muertos de miedo, pero mantenía esa voluntad de querer saber, de debate constante, de compromiso social a pesar de la represión y la escasa libertad en la que se nos permitía movernos. Era una Barcelona viva y rica en inventos, ideas y con una profunda inspiración en todos los temas, a todas horas y con alegría. Aunque las autoridades cobraron su precio con la represión. Luchábamos para aprender, para compartir y hacer más rica una cultura a la que no se daba respiro. Es natural que vea diferente la Barcelona actual porque ha pasado el tiempo, he estado muchos años fuera y, ahora, observada de lejos y después de treinta años, por fuerza me puede más el recuerdo que la imaginación.

En Barcelona siempre me habían tratado como hija de padres rojos y separados. En cambio,

mis hermanos intentaron hacer suya esa parte que les era hostil. Oriol dijo: «Yo conquistaré esta ciudad»; Georgina pensó: «Yo entraré», y se casó con un hombre de esta sociedad; Xavier aseguró: «Yo lucharé contra la ciudad, como ella lo ha hecho contra mí».

Durante años he vivido en muchas ciudades, con historias diversas y sentimientos compartidos pero muy alejados, dependiendo siempre de trozos crueles de historias muy recientes. A veces, como la conocí y la quise tanto, pienso en Barcelona como una urbe muy rara. Es como si tuviera manías personales. Hay gente que está tocada por la excentricidad de la ciudad y cree que no hay nada que hacer.

No es que crea que esto no pasa también en otras ciudades, pero el nivel de conocimiento de una metrópolis, o de cualquier otra cosa, lo distorsiona y, sobre todo, deforma la imagen que te devuelven tus miradas, de lejos o de cerca, tan distantes una de la otra, con un color y unas sombras tan diferentes. Ahora todo es diferente.

## **Una conciencia política de izquierdas**

Siempre he tenido espíritu político. En mi colegio estaba orgullosa de ser hija de perdedores de la guerra. Tan orgullosa que, cuando podía, lo decía, no me escondía. Como ya he explicado, un día, en la universidad, vi anunciado que Manuel Vázquez Montalbán hablaría sobre el Congo. Su conferencia me impresionó porque entendí que el mundo estaba hecho de gente que pierde y gente que gana. Y empecé a tener conciencia política, conciencia de los pobres, de los que no tienen educación, de los que pierden. Poco a poco fui siendo más receptiva a todo y adquiriendo un compromiso mayor.

Supongo que puedo decir con razón que intento ser de izquierdas de la mejor manera posible, aunque a veces no consigo hacerlo bien, porque quedo decepcionada por no haber analizado correctamente la situación o porque me he conformado con muy poco conocimiento. Estoy convencida de que, mientras no se descubra algo mejor, todo es política: que haya un ascensor en tu casa, o no, es política; que tu hijo pueda ir a la escuela es política.... ¡Tú sabrás a quién votas!

De todas maneras, los que se dedican profesionalmente a esto son unos sinvergüenzas en la misma proporción que lo son los arquitectos, los pintores, los zapateros, los vendedores de cualquier tipo o los fabricantes de grandes marcas de ropa cara. Es cierto, sin embargo, que hay algunos políticos que tienen más facilidades que otros para ser deshonestos. Por ejemplo, una persona que trabaja en una mina es más fácil que no sea un sinvergüenza, porque tiene pocas ocasiones para serlo. La persona que gestiona todo el dinero de una comunidad y a la que, además, nadie controla, tiene más opciones de convertirse en un corrupto. Hay mucha gente que cree que el mundo está lleno de malas personas y que cada uno hace lo que puede, pero eso son creencias puramente personales. Cuando escucho decir que los políticos van a su bola, acostumbro a responder: «Y usted, ¿no va a la suya?».

Contemplando el escenario más reciente, creo que la izquierda se divide demasiado. Pero el discurso del desencanto político lo han implantado los conservadores. La derecha no se

fragmenta porque tiene más tendencia a las verdades generales obligatorias. De la misma manera que las religiones, o los juramentos en masa, los pensamientos y las opiniones propias de la derecha no corren de un lugar a otro buscando oportunidades para soluciones diversas, diferentes, por importantes que sean. En consecuencia, todos votan igual. Los conservadores, además, en los casos en que no saben encontrar una alternativa, no quieren discutir o debatir, no saben por falta de práctica, siempre tienen un eventual golpe de estado esperando —a mano o en la esperanza—, algo que no necesita más que un líder dispuesto a todo. Y con un poco de suerte, o gana o no le pasa nada, como hemos visto tantas veces.

Parecería que la derecha no piensa, porque se lo dan todo solucionado, pero en lugar de pensar, la derecha vigila. Por eso no se divide. Tampoco sufre la diferencia de tendencias ideológicas de la izquierda, que no para de reflexionar y escribir libros.

Creo también que no hay liderazgos políticos. Por ejemplo, admiro mucho a Juan Diego Botto y siempre me pregunto por qué no sale otro más como él en política. Supongo que para dedicarte a este mundo tienes que tener la piel muy dura. Basta con ver cómo ha tratado el Partido Popular a la ministra de Igualdad, Irene Montero, sin sentirse avergonzados. Ninguno de ellos sabe comportarse, no saben debatir sin insultar. Por decirlo en una sola frase: la derecha no quiere que haya políticos; mientras tengan uno que mande en todo, ya les parece suficiente.

Si hago un repaso de los políticos que he conocido, me quedo con Pasqual Maragall, que es uno de los que más he respetado. Le he querido mucho, he creído en él y además me ha hecho plantearme muchos temas. Me ha llevado a pensar que, a veces, tener las cosas de cara, tenerlas fáciles, no ayuda. Maragall, al principio, no tuvo que luchar, fue un hombre aceptado. ¿Hasta qué punto batallar te ayuda a conseguir lo que pretendes? Cuando dijo lo del 3 %, una cosa que ya se sabía, el mundo se le echó encima; y lo que ahora se dice es cien veces peor de que lo que insinuó Maragall. Fue entonces cuando tuvo conciencia de que iban a por él. Recuerdo una vez que Oriol Bohigas —una de las personas que más he admirado porque, cuando decía una cosa, la podías interpretar de siete maneras diferentes— se metió con Samaranch hablando de las carreteras catalanas, y salió a la luz que, en la época, precisamente, de Samaranch, habían cortado todos los árboles y no se sabía adónde habían ido a parar. En las carreteras había árboles a ambos lados y Oriol tuvo que retractarse públicamente. Imagínate toda esta gente, ahora estarían condenados a muerte, ¿no?

Jordi Hereu me pidió que fuera en su lista. Yo no era muy de la órbita de su partido, pero era votante del PSC, eso sí. Podemos todavía no existía. A Maragall sí que lo voté, y siempre me mereció respeto, no solo por el 3 %, es el único que tuvo el valor de decir la verdad. Y, como ya he dicho, se lo cargó su propio partido.

Hoy en día, todavía me llevo desengaños. Uno, que no es exactamente político, ha sido Ferreras. Nunca me entusiasmó, pero me parecía que lo que hacía estaba bien. Así pues, la repugnancia que me provocó descubrir qué clase de personaje es ha sido superior a la ilusión que me hacía verlo. No he vuelto a poner la Sexta y no lo volveré a hacer hasta que se vaya. Aunque tengo claro que otro similar ocupará su lugar....

La derecha siempre ha sido igual, no sé de qué se asusta la gente. Cuantas más facilidades y más poder tiene, más quiere. Todo se basa en que jamás le falta el dinero y en que no los meten en la cárcel, porque lo que son ideas no tienen ni una. Todas las han heredado. Piensan que son los amos y que lo suyo es lo mejor, el resto tenemos que obedecerlos y hacerlos más ricos. El Sr. Llosas, por ejemplo, abogado del Tribunal Tutelar de Menores, había sido de la derecha catalana y luchó con Franco, fue él quien arregló los papeles para que mi abuelo tuviera la patria potestad de sus nietos, era un señor muy *considerado*, pero yo lo he odiado siempre con toda mi alma.

De las contradicciones de ser de izquierdas y tener recursos hablaba mucho Manolo Vázquez Montalbán. A Manolo se lo echaban en cara constantemente, y un día tuvimos una larga conversación sobre esto. Decía: «No entienden que una cosa es ganar dinero y otra ganarlo a costa de los demás». Yo nunca he sido rica. A veces he ganado dinero porque he trabajado como una mula, y he hecho la única cosa que quería hacer, esta casa. No tengo nada más. Cuando me ofrecieron el trabajo en las Naciones Unidas lo pagaban muy bien y en dólares, así que al cambiarlo a pesetas era como si ganara cinco veces más.

Es verdad que este tema me ha creado contradicciones, pero no tantas como les ha pasado a personas que luchaban cada día y con más fe que yo. Digamos que mi actitud sería «yo soy de izquierdas, pero no sé cómo demostrarlo». Porque ¿cómo lo demuestras? ¿Haciendo qué? ¿Trabajando en grupos encubiertos? Entonces no habría podido trabajar. Mucha gente cree que no tiene sentido que los ricos defiendan a los pobres. Pero yo no era rica, estaba casada con un hombre que se ganaba bien la vida, pero nada más, teníamos cinco hijos.....para matricularme en la universidad me dio el dinero Matilde. No teníamos afán de comprar cosas y cosas, no teníamos necesidad de tener el último artilugio. No hacíamos vida de ricos.

En los últimos tiempos en que fingía conservar algo de convicción religiosa, en el momento de montar el belén, en lugar de hacerlo con la Virgen, san José y los Reyes Magos, lo que hacíamos era ponerle santos que precedían la Navidad, como santa Cecilia, santa Águeda, santa Lucía, santa Bárbara o san Nicolás. Otras navidades hicimos el belén que publicó la revista *Elle*, con personajes típicos de París. Nosotros lo decorábamos no como un acto de fe, sino como un acto de solidaridad con la fiesta, sin tener que escoger. Los niños eran pequeños. Yo dejé de ir a misa y dejé de ser cristiana en el sentido habitual, porque sí que estaba dispuesta a ser cristiana y litúrgicamente católica como había aprendido en el colegio. Pero al final lo abandoné todo y, en un momento de mucha indignación contra la Iglesia, envié una carta apostatando. Me respondió un sacerdote muy educado diciendo que le gustaría saber los motivos por los cuales había perdido la fe. Yo le contesté que se los diría con mucho gusto pero que, dada la extensión de la historia de la institución eclesiástica, me faltaría papel.

## **Antinorteamericana**

Siempre que he tenido su historia en las manos, he sido antinorteamericana. Siempre he sido antipoder y antiguerra. He estado permanentemente en contra de los que se habían inventado

los conflictos armados, aunque tuvieran razón. Digamos que *la razón* nunca me ha importado, tampoco me importó en la época de los nazis. Me costaba creer que las chicas que los atacaban fueran las mismas que defendían a Franco. Hasta los catorce o quince años no pude intentar creer aquella sinrazón. En el colegio no se hablaba de los nazis. No oí nada sobre ellos en sentido peyorativo hasta 1946. Cuando tenía diez o doce años, yo me guardaba mucho de no estar demasiado en contra de ellos, porque ¿yo qué sabía si era verdad o no? Decidí hacer caso a mis propios recuerdos, pensar qué decía mi abuela, rememorar cosas que explicaban mis padres. Mi padre nos contó mucho y nos repetía «esto no lo digáis». Mi padre había estado en Argelès y hablaba de mucha gente. No es que haya unos que estén en lo cierto y otros que no, es que no hay nadie que no busque el poder.

Si lo pienso seriamente, de lo que estoy en contra es de la intervención de Estados Unidos a su propio favor, sobre todo en países latinoamericanos infinitamente más pobres como Chile, Perú, etc. Es en este sentido que me considero antinorteamericana. Estoy en contra por muchas cosas que ahora sabemos, por tantas guerras inútiles.

Sin embargo, en muchos otros aspectos soy pronorteamericana, pero no desde el punto de vista de los valores morales, eso en absoluto. El *jazz* me entusiasma, por ejemplo. Entendiendo cómo funciona el poder, entendí cómo funciona la política. Hice diferentes viajes a Estados Unidos y comprender cómo eran los norteamericanos me ayudó a no ponerme rabiosamente en un lado u otro, porque empecé a separar, a conocer cosas de aquel país de las cuales no se hablaba y no teníamos ni idea. Me ayudó a ver que no llegaban todas las noticias... la vida de Roosevelt, por ejemplo. Cuando asumí esas cosas, la cogí como algo a lo que agarrarme. Quizá su intención era auténticamente buena. Después llegaron los otros americanos, y me ayudaron a decantarme por el lado contrario.

Cuando yo tenía seis años, en mi colegio todas las niñas eran fascistas sin ellas saberlo, porque era el periodo de nuestra posguerra y la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo que un día vino de visita el capitán Romero, a quien los republicanos habían asesinado a un hijo. Nos pusieron el uniforme de los domingos, que era igual que el de los otros días pero más limpio, y nos hicieron cantar: «Instituto, gloria a ti, por tu honor quiero vivir, viva España, viva Franco, viva el orden y la ley, viva honrada la Guardia Civil». Es mucho más largo, pero todas nos lo sabíamos de memoria. Y hasta la última de nosotras con el brazo en alto. Esto en las Dominicas de Horta y, curiosamente, en esa ocasión no apareció el Dr. Trens, ni nunca citó esta visita en sus sermones. Y así tuve que ir componiendo mi manera de pensar, recibiendo información de uno y otro lado, me fui formando como pude. He de reconocer, sin embargo, que siempre he estado al lado de los que perdieron la guerra. Me parecía una especie de honor.

## 9. Escribir: ¿ha llegado el momento?

### Escribir

Hay muchas formas de explicar qué es la creación, yo tengo mi propia manera de entenderla. Para algunos escritores, crear implica tener una idea y, con un papel y un lápiz, ir haciendo capítulos. Yo actúo de otro modo, que, de hecho, coincide con el resto de las cosas que hago. Parto de una premisa y desde ahí voy tirando de los hilos y construyendo. Esto es lo que he hecho siempre. Cuando surge la idea de una novela, quizá la empiezo por el final. Puede que escriba el desenlace primero y, a continuación, vaya estirando y analizando el personaje. Por ejemplo, si quiero escribir una historia, no puedo limitarme a decir que trata sobre un señor y una señora que se querían casar y no pudieron. Al contrario. A mí lo que me interesa es trabajar la idea de la intranquilidad que genera una decisión, sabiendo que todo puede fallar. Puedes jurar amor eterno a una persona o a una profesión, y puede fallar, normalmente falla. Mi enfoque sería ese, «¿cómo lo voy a explicar?». No tengo ni idea; no lo sé ni yo. Cuando elaboraba mi primera novela, regresaba temprano a casa porque me hacía ilusión averiguar qué pasaría. Quería saber cómo acabaría lo que había empezado el día anterior. Y esto me sucede siempre que escribo, incluso con los artículos.

Cuando leo, me dejo llevar. A veces con solo un par de páginas ya me hago una idea. Me cuesta tener opinión, sea de la calidad del libro o de la capacidad para tener muchos o pocos lectores, si antes yo misma no he conseguido sacar un mínimo de tres ideas. Con una sola no basta, y esto me pasa con todo. Estoy convencida de que mi manera de crear está dentro de mí misma y sale de una frase, de una música, de un párrafo, de lo que sea que esté dentro, y que de repente lo atrapas y te dedicas a manipularlo, lo vas sacando. Esta es la parte complicada, extraerlo, tirar del hilo: le pones un nombre y un apellido...

En otoño de 2022, me pidieron que escribiera un texto para el catálogo de la exposición sobre Feliu Elias en el MNAC. Pero yo no sé mucho sobre él. Era hermano de mi abuela y he tenido dos cuadros suyos, aunque si me ciñera a lo que conozco sobre el personaje no podría contar demasiado, apenas cuatro cosas que no aportarían nada a nadie. Inconscientemente, me vino la idea del primer y último contacto que tuve con él: a partir de aquí me salió un cuento. Pero no porque yo hubiera decidido escribir aquello concretamente, sino porque me surgió de aquella manera, sin más. Y estoy muy orgullosa de él, porque refleja lo poquito que sí que sabía de Feliu, sin la necesidad de reconocer que no sabía nada más.

La creación no es igual para todo el mundo. Hay personas que se la hacen venir a su medida, otras la consiguen ordenadamente, haciendo esquemas por capítulos. Almudena Grandes, por ejemplo, lo hacía así, y discutíamos constantemente por eso. Ella me decía: «Sé todo lo que voy a escribir», y le contestaba: «Yo no sé nada». Para mí, la alegría profunda de la creación está relacionada con que la mayoría de aspectos se te van revelando. Descubres algo, pero no es

solo eso, sino todo lo que conlleva, y terminas escribiendo una cosa que ni se te había ocurrido que acaba resultando una parte fundamental de tu libro. A mí me sucede esto con frecuencia. Ahora ya no escribo cada día porque tengo las manos destrozadas por la artritis, pero todavía tecleo con tres dedos. Lo cierto es que todavía me quedan muchas novelas por escribir...

## **La noche del Nadal**

Ganar el Premio Nadal fue uno de los momentos más maravillosos que he tenido en la vida. Volví de Ginebra en 1993 porque mi contrato había terminado. Acababa de llegar y estaba en casa. Habitualmente, en Navidad, representábamos siempre obras de teatro, conciertos, *mappings*. Recuerdo que aquel año hacíamos una película; estaba toda la familia preparando la adaptación del cuento de la cigarra y la hormiga. Me telefonearon: «Rosa, estás entre las últimas» y pensé que podía ganar el Nadal, que era para mí,...y fue muy bonito. De camino a Barcelona, me perdí; cuando llegué me preguntaron cómo me había retrasado tanto si era casi seguro que ganaba. Yo iba diciendo: «No me lo puedo creer, no me lo puedo creer». Estaba detrás de la cortina, delante se encontraba el jurado y el público. Entre los asistentes veía a personas que sabía que me tenían manía y pensé: «Ostras, ¡qué ilusión!». Fue muy bonito cuando dijeron mi nombre y pude ver las caras de mis enemigos. A partir de entonces empecé otra vida. Mi faceta pública la he vivido muy bien. Las complicaciones han llegado de fuera de la literatura; en mi vida literaria me lo he pasado estupendamente.

*Memoria de Almator* fue mi primera novela. Cuando encontré el nombre de Almator, todo lo que iba inventando estaba relacionado. Me puse a trabajar en ella cuando vivía en Ginebra con una amiga, Elena, una persona encantadora. Empecé a escribir y, cuando ella vio la intensidad con que lo hacía, me cuidó mucho: me preparaba unas hierbas y me despertaba pronto por la mañana. En ese momento, mi existencia giraba alrededor de la novela y descubrí la vida literaria. Yo estaba acostumbrada a juzgar lo que escribían los otros, pero nunca se me había ocurrido juzgar lo que yo escribía, y fue un hallazgo muy agradable. Me hice consciente de mi manera de escribir. Entendí que todo estaba dentro de mí, incluso el punto desconocido que acabaría convirtiendo en novela.

Mi forma de crear ficción es muy sencilla, a partir de un recuerdo, una imagen, una fotografía, una anécdota, de alguna cosa que me llama la atención, lo voy manipulando y eso lo convierte en algo tangible y real para mí.

Estuve tres años escribiendo *Memoria de Almator* y fue muy divertido. Nadie me metía prisa. Yo iba imaginando e inventando, eso me apasionaba. El editor fue Joan Teixidor, el fundador de Destino. El escritor Félix de Azúa también la leyó antes de que se publicara y me comentó: «No, Rosa, aquí punto y ya está», y yo le decía: «No, Félix, es que tengo que decir otras cosas». En esto no le hice caso, pero en muchos otros aspectos, sí.

Salía por la mañana y mientras iba en bicicleta pensaba: «Qué gusto, por la tarde me volveré a poner». Recuerdo una vez en Ginebra que, parada ante un semáforo con la bicicleta, miraba pasar a las personas —en Ginebra los tiempos de espera en los semáforos son muy largos— y

pensaba: «Esta gente, ¿cómo puede vivir sin tener una novela a medio escribir?».

Después vino *Azul* y fui más lejos, porque el descubrimiento que hice fue más profundo. Me vino la imagen de un pope con dos perros en una isla griega. El pope estaba paseando y los animales le seguían, no sé por qué, no lo tenía previsto, y el protagonista tiraba piedras a los perros desde la cima de una montaña. Esto es lo que me dio el final de la novela, por extraño que me pueda parecer.

Me impresionó más ganar el Premio Nadal que el Planeta, que lo tuve que recoger de manos del rey, a quien odio. La novela del Planeta no me gustó tanto como la del Nadal, aunque, todavía a día de hoy, no sé bien por qué. Me dieron el galardón en el 2001. Solo dos años después murió Manolo Vázquez Montalbán y yo le sustituí en el jurado en 2004. Entonces, ya tenía asumido que el premio era lo que era. Lo que pensaban Pere Gimferrer o los otros miembros nunca lo he sabido, a veces quedaba claro y otras no; sé bien, sin embargo, que tanto Carmen Posadas como yo fuimos a por todas, y cuando no nos gustó alguna cosa fue tremendo. Así que hablo por mí cuando digo que el jurado hace de jurado.

Con todo, de todas las editoriales con las que he tratado, Planeta ha sido la que para mí ha actuado con mayor honestidad, la que me ha dicho las cosas cuando me las tenía que decir. Yo he obrado del mismo modo.

## **Amigos escritores**

La gran ilusión de mi vida literaria fue conocer a Carlos Barral: para mí era una entidad, no un nombre. Trabajando con Carlos estuve muy bien y fui subiendo. Yo no hice nada para ascender, ni siquiera sabía aún cómo hacerlo. Fui muy feliz, conocí a la gente más importante de mi vida.

A Max Aub lo vi una vez en Ginebra con su mujer. Me acerqué a saludarlo y me regaló una figurita, la reproducción de un dios mexicano. Ahora soy amiga de su nieta. A Cortázar sí que lo conocí porque coincidimos haciendo de jurado del Premio Biblioteca Breve. Una vez me puse a silbar cuando anunciaron el resultado de la obra ganadora porque a mí no me había gustado. Se me acercó Cortázar y me dijo: «Yo te dedico un libro y lo que quieras si vuelves a silbar», le respondí: «Para ti lo hago gratis», y volví a silbar. Con Octavio Paz, que era un intelectual más conocido, tuve un trato sobre todo oficial.

En aquel momento admiraba a todo el mundo cultural, también a los escritores que hacían literatura de pobres y hablaban de infancias desgraciadas, los admiraba a todos. Los respetaba porque tenían el valor de escribir en la época de Franco y esto significaba tener que pasar por la censura en Madrid. Por ejemplo, a Juan Marsé —del que fui amiga íntima—, en uno de sus libros le hicieron sacar la frase «le sudaba el antebrazo», le hicieron eliminar la palabra «sudar». Lo cambió por «transpirar» o algo parecido, y esto fue motivo de risa durante meses. Yo tenía que enviar a la censura cada número de la revista *Arquitecturas Bis*, entero, con todos los artículos escritos y firmados. Lo controlaban absolutamente todo.

A García Márquez y Vargas Llosa los conocí y fuimos muy amigos, los quería mucho.

Cuando García Márquez vino por primera vez a España, me llamó Carmen Balcells: «Rosa, te tengo que pedir un superfavor. Haz una cena en tu casa e invita a toda la gente que yo invitaría, vendrán Vargas Llosa y García Márquez». Monté la cena y luego nos fuimos a las Ramblas. Fue allí cuando Luis Feduchi y Leticia conocieron a García Márquez, y fueron íntimos toda la vida. Yo también continué la amistad con él y con Vargas Llosa. Aunque Mario tenga unas ideas totalmente al revés de las mías, es una de las personas más educadas, afectuosas e inteligentes que he conocido. Le he querido mucho, a pesar de que se haya vuelto tan de derechas. Ahora bien, absolutamente siempre que le he pedido un favor, me ha dicho que sí. Como cuando me hicieron directora de la Biblioteca Nacional y le pregunté si podía hacer una conferencia. Su respuesta fue: «¿Qué día te va bien?». Siempre me ayudó. Que viraba hacia la derecha me lo comentó un día de una manera tan fina que hasta que no llegué a casa no lo entendí.

A García Márquez lo traté muchísimo, era muy simpático y muy divertido, incluso estuve en su casa, en Colombia y en México. Cuando vivían en Barcelona eran mis hijos, Anna y Eduard, quienes cuidaban a los suyos, más pequeños, cuando queríamos salir a comer o cenar. Si lo íbamos a ver por la tarde, abría él mismo la puerta vestido con un mono blanco, y tocaba el piano o estudiaba. Leyó *Ginebra*, mi primer libro, y me escribió en una nota «precioso libro de viajes». Vino muchísimas veces a Llofriu.

Félix de Azúa estaba muy bien, pero también se ha vuelto de derechas; se fue a Madrid aunque quizá lo hizo demasiado tarde. A medida que creces y te haces un nombre, vas conociendo a gente, y Félix se ha perdido todo eso en Madrid. Escribía artículos en *El País* y va haciendo lo de siempre. A lo mejor no será tan famoso como le habría gustado, pero es feliz.

## **Juan Benet**

Juan Benet sería un libro aparte. Era una persona fabulosa y encantadora, pero podía ser todo lo contrario. Podía decirte las cosas más maravillosas u olvidarte de repente. Tenía pasión por sí mismo, pero era tan absolutamente inteligente que no se le notaba. Cuando tenía el día bueno, era fantástico escucharle hablar de maneras de vivir y de pensar. Vino a Seix Barral en 1969 y, según explicaba él mismo, yo entré en el despacho a hacerle una pregunta a Carlos Barral mientras ellos charlaban «y entonces me di cuenta de que había acabado la posguerra». Tuve con Juan una relación muy turbulenta, muy bonita, muy extraña. Fui muy mala con él, y él más conmigo, pero también hubo muchas cosas buenas. Él estaba en Madrid y yo en Barcelona, él era una persona poco amiga de ataduras, y yo también. Costaba, pero cuando estábamos juntos era una delicia. Rompí definitivamente con él en 1982.

Después de un viaje a Estados Unidos para ver a un autor, me enfadé con Juan y le escribí una carta diciéndole que para mí ya no tenía sentido continuar. Él me contestó que muy bien, que todo el mundo tenía derecho a decidir cómo vivir, «Adiós, Rosa» y ya está. Entonces volví a Ginebra y me escribió una carta: «Hola, Rosa. ¿Cómo estás?» y volvimos a comunicarnos en otro tono. No coincidimos de nuevo hasta poco antes de su muerte.

Yo tenía un contrato en Nueva York y estaba cenando tranquilamente con un amigo en un

restaurante que también era una librería. Mientras nos preparaban el aperitivo, yo miraba unos libros y de repente mi amigo, que no sabía que había tenido una relación con Juan, me dijo: «Oye, ¿sabes que Juan Benet está muy enfermo?». Yo le dije: «¿Cómo que está muy enfermo?», pero me respondió que no sabía nada más. Esto pasaba a principios de diciembre, yo acababa el trabajo el día 18; llevaba tres meses en Nueva York. Realicé unas cuantas llamadas pero nadie tenía más información, telefoneé a mi jefe y le dije que tenía que acortar mi contrato una semana. Cogí un avión a Madrid y nada más aterrizar me fui a casa de mi madre. Ella me decía que no me convenía ir a casa de Benet, pero yo sentía que tenía que verlo. Al llegar, me abrió la puerta Blanca Andreu. Él bajó, noté su olor y pensé: «Esto no se acabará nunca». Nos sentamos y estuvimos hablando hasta tarde. Me dijo que le había gustado el libro sobre Ginebra y yo le dije: «No vale, Gabo ya me lo ha dicho» y Juan me respondió: «Bueno, pero yo no sabía que te lo había dicho». Estuvimos hablando de él y de mí, de mil cosas, hasta que vino Blanca y le dijo que los esperaban para cenar. Me acompañaron en coche hasta la esquina de la casa de mi madre, que vivía en la calle Recoletos. Fue la última vez que nos vimos en persona. Al día siguiente regresé a Barcelona y vine a Llofriu, y al cabo de dos días empezó a llamarme como si no hubiera pasado nada. El 24 de diciembre, me telefoneó Nicolás, uno de sus hijos: «Don Juan ya no puede hablar, pero me ha dicho que te diga...», al parecer le había hecho una lista de personas con las que debía contactar. Al cabo de unos días falleció. Era la víspera de Reyes del año 1993. Estuve en el entierro. Se acercó el director de *El País*, me dio una rosa y me dijo: «Tú tendrías que ser la viuda». La viuda no era nadie. Pero nosotros, de verdad o en broma, habíamos estado juntos trece años.

## **Carmen Balcells**

Con Carmen Balcells nos conocíamos de toda la vida. Compartíamos muchas cosas, aunque no fuimos amigas. Nunca acabé de confiar en ella, no me la creía. «Estoy convencida de que Carmen nunca ha leído un libro», pensaba cuando me enfadaba con ella. Era hábil aprovechando las ocasiones.

Cuando gané el Premio Planeta, en el contrato había una cláusula según la cual de mi próxima novela también se encargarían ellos. La editorial se comprometía a pagarme 20 mil euros. Pasó el 2003, yo tenía un libro medio acabado, pero no lo quería dar como segunda obra después del Premio Planeta, lo quería presentar al Premio Biblioteca Breve y dedicárselo a Carlos Barral.

Fui a ver a Carmen y se enfadó cuando se lo conté. Acudí, entonces, a la directora literaria de Planeta, y me dijo: «Rosa, lo siento, pero el contrato ha caducado hace más de dos años». A raíz de aquello Carmen Balcells, que se había estado encargando hasta aquel momento de mis contratos y de todo lo demás relacionado con mis libros, traducciones y escritos, dejó de tener una relación profesional conmigo. Nunca reconoció que había sido responsabilidad suya por no ocuparse de renovar el contrato, como era su obligación por ser mi agente literaria. Finalmente gané el Biblioteca Breve con *Música de cámara* y me fui de la agencia Balcells.

Todo esto me convenció, definitivamente, de que había otro mundo que no era el mío, por el que nunca aprendería a moverme.

**VEJEZ**

## La joie venait toujours après la peine

*El gobierno francés concedió a Rosa Regàs la condecoración de Chevalier de la legión de Honor en el año 2005. Para ella, que sufrió con la Guerra Civil la desmembración de su familia, este fue un reconocimiento que la reconfortó por diversos motivos, más allá de los méritos literarios, de su condición de amiga de Francia o de su labor al frente de la primera biblioteca de España.*

*En el acto de recepción del galardón, Rosa ofreció un discurso donde repasaba su estrecha relación con el país galo. Las palabras que recojo a continuación son un fragmento de ese discurso: «Convencida como estoy de que nada hace más mella en nosotros que lo que nos inculcan o nos regalan o nos sustraen en los primeros años de la vida, comprendí mucho después que la coraza que me defendió de la formación de una moral fundamentalista y retrógrada con la que el nacionalcatolicismo formaba a las nuevas generaciones, tenía su origen en aquella escuela laica y naturalista de Saint Paul de Vence».*

*Esa niña de poco más de cuatro años, viviendo el exilio en Francia, sin saberlo cató la libertad. Fue a una escuela en la que se fomentaba la inteligencia y el pensamiento crítico; donde ir desnuda no era ningún ultraje a la decencia. Estas son las circunstancias determinantes que la convirtieron en republicana y de izquierdas. Y aún hoy, cuando habla del sentido profundo de la República, sus ojos rebosan emoción.*

*Sobre su vida ha escrito muchísimo. La ha convertido en ficción, destacando en ella las novelas Memoria de Almator, La canción de Dorotea y Luna lunera. También ha escrito ensayos, la lectura de Sangre de mi sangre. La aventura de los hijos es una excelente puerta de entrada a su filosofía de vida, además de ser, en muchos aspectos, una obra pionera en desmitificar el instinto maternal, al tiempo que alerta de los peligros de la dictadura moral y las costumbres de una época. Pero Rosa también ha escrito memorias. Leer Una larga adolescencia es acercarse a sus años de infancia y juventud y a la crueldad de la posguerra en Barcelona. Pero lo que hasta el momento no había hecho nunca es un repaso global a los aspectos determinantes de su existencia. Por eso decidimos estructurar el libro en tres bloques que nos ayudaran a ligar su trayectoria vital y profesional y, llegados a la vejez, volver a visitar los primeros recuerdos. Es desde esta perspectiva que Rosa, al final del libro, nos regala un balance en el que habla de la vejez y no evita comentar abiertamente la muerte. Es verdad que esta no es la primera ocasión en que reflexiona sobre los efectos del paso del tiempo, ya lo hizo en La hora de la verdad, cuando tenía setenta y siete años, pero ella misma admite que cuando se rozan los noventa, las cosas todavía se ven con mayor claridad.*

*Durante las sesiones de entrevistas, Rosa preguntaba con frecuencia, inquieta, «Esto que me ha pasado a mí, ¿qué interés tiene para los demás?». Y mi respuesta siempre era la misma: «Lo que explicas son ejemplos que dan fuerza para luchar, para ser quienes somos, para permanecer fieles al camino que hemos escogido, cada uno a su manera». El resultado es un relato condensado de sus experiencias; leedlo, por favor, como un modesto ejercicio para*

*transmitir la manera de ser y de actuar de Rosa Regàs.*

*Más allá de los éxitos profesionales, para ella uno de sus mayores orgullos es haber comprado la casa de Llofriu, su propia casa, donde ha hecho crecer a su clan, donde ha ejercido de abuela y donde continúa interpretando, con firmeza, el papel de matriarca. La casa de Llofriu es el núcleo de la familia que ha construido. Y la manera como ha articulado su hogar es la viva estampa de la aventura de su vida: su casa es un organismo que crece y se amolda a las circunstancias, con un espíritu que tiene muy presente una frase que escribió en Sangre de mi sangre: «Ser una familia es más una cuestión de voluntad que de consanguinidad».*

*Las advertencias sobre las dificultades para sacar adelante este libro resultaron ser muy ciertas y no lo habríamos acabado sin la ayuda y la complicidad de los Regàs. Pero, como dice el verso de Apollinaire, que Rosa siente tan suyo y que citó cuando recibió la distinción de la Legión de Honor, «La joie venait toujours après la peine».*

LÍDIA PENELO

## 10. Llofriú y la familia

### Llofriú

En verano, desde que me casé, nosotros íbamos a Tiana, a casa de mi abuelo. Solo nos quedábamos quince días, muy poco. Y no sé si fue porque murió y no nos dejó nada, pero el caso es que dejamos de ir por allí. Aquella casa, además, pertenecía a otras personas. Que no nos dejara nada nos dio igual, no éramos conscientes de la fortuna que tenía....Mi padre se quedó también sin herencia, y mi tío acabó en una residencia que al final pagábamos nosotros, los cuatro hermanos.

Todavía no sé cómo, yo conservé algunos cuadros. Pero no tuve nunca un piano; mi abuelo tenía nueve pianos de cola y no me dejó ni uno. Repartió su fortuna —por algo era suya— entre varias iglesias y monasterios, y el resto, como negocios, tiendas y pisos alrededor de la calle Fernando, de la plaza Real y del Hotel España, lo dejó todo a sus herederos de confianza. Lo que estos no pudieron vender, porque no conocían el ambiente o por lo que fuera, unos cuantos cuadros, seis o siete, nos llegaron a los cuatro hermanos. Sin embargo, piano, ni uno. Ni siquiera de los pequeños. Me habría encantado tener uno de cola, aunque en casa no cabía y habríamos tenido que mudarnos. ¡Vaya complicación!

Mis hermanos son la segunda cosa más importante de mi vida. En este momento, tras la muerte de los tres, tengo una sensación de abandono por su parte. Lo noto en este preciso instante, y también por la mañana, cuando me levanto, y por la noche, cuando me voy a dormir. Siempre. El otro día soñé que estaba comprando en el Esclat y le explicaba a mi hermana lo cómodo y bien hecho que está el supermercado. Y nos ponían a ambas dentro de unas hueveras de nuestra medida; y nosotras bien acurrucadas y tapadas con una manta nos quedábamos allí, esperando. Un sueño raro, supongo, pero a mí no me lo parecía. A Georgina la sueño como era hace veinte años: alta, con el pelo negro y liso. Tengo la sensación de que ella, que ha sido la última en morir, me ha dejado sola. Para mí, el sentido de familia que más arraigado tengo es el de mis hermanos, y es como si los hijos, que vinieron un poco más tarde, fueran una herencia que se le parece mucho, pero sin esa capa de ropa caliente e inmóvil que teníamos nosotros y que nos protegía. Quizá porque ahora no hace tanta falta, no lo sé, pero aun así, yo la añoro. Además, lo de los hijos es otra cosa que va acompañada de un proceso físico.

Con mis hermanos formábamos un clan. Ellos han tenido unas vidas infinitamente más inteligentes, graciosas, difíciles y brutales que yo. Su influencia es enorme. En *Luna lunera* no hablo nunca en primera persona, utilizo la primera persona del plural. No es que los eche en falta, es que estamos siempre juntos, en todas partes.

Un día descubrí que todos los cuadros de esta casa están colgados de una manera especial, no me había dado cuenta, y eso que los he colgado yo. Están colocados por alguna cosa que los

une. Podría explicar la historia de cada uno, sé que no tiene ningún interés, pero para mí, sí. Cada cuadro, cada foto, conserva una conexión: la de los exiliados de la Segunda República; «A la persona que he querido durante más tiempo, con menos esfuerzo y con más recompensa» se lee detrás de un cuadro que le regalé a Georgina; de mi madre tengo uno de unas rosas...

Oriol empezó a veranear en Calella, y a veces yo bajaba a verlo con la barca desde Cadaqués —dos veces, tampoco quiero exagerar...—, cuando ya había aprendido a navegar y me había sacado el título. Pero Cadaqués se acababa porque la Sra. Viñas, la propietaria de la casa que alquilábamos, murió, y a pesar de que poco antes yo le había dado cincuenta mil pesetas para comprarle la vivienda, tras su fallecimiento, apareció un batallón de herederos que no quiso reconocer la operación. Fue imposible defender el dinero que había pagado. Por otra parte, Cadaqués había perdido aquella primera gloria de cuando éramos cuatro gatos. Toda la calle era nuestra, había una *boîte* y tres cafés, pero ya se empezaba a llenar de gente y los fines de semana llegaban muchos autocares.

Un día me llamó Ana Yglesias, la mujer de mi hermano Oriol, mi preciosa cuñada de espectaculares ojos violeta, y me contó que en el mismo valle de Llofriu, donde ellos se habían instalado, estaba en venta una diminuta casita de 1780, en buen estado, y con tres hectáreas de terreno. Y de golpe todo volvió a cambiar, parecía que tenía que quedarme para siempre en Cadaqués, el pueblo más bonito del mundo donde habíamos sido todos tan felices, pero con un empujón del azar, que llegó de quién sabe dónde, la situación se tornó en otra.

Tenía calculado que podía pagar cinco millones de pesetas. Compré esta casa en 1975. El día antes de morir Franco vine a verla y tomé la decisión de quedármela. Pensé que me daba igual que fuera pequeña y con aquellas paredes tan gruesas; la luz entraba por los ventanucos, que he conservado en todas partes. Al día siguiente cogí un avión para ir a Madrid. Lo quería ver al natural: no me lo podía creer, había muerto un dictador, uno de los más terribles del siglo xx. Pero antes de volar, envié un telegrama al propietario de la casa diciéndole que estaría tres o cuatro días fuera, pero que, por favor, me reservara la casa porque la quería comprar.

La vivienda la conocía de antes ya que, como no estaba vallada, habíamos venido a verla a hurtadillas con Ferran Lobo, Félix de Azúa, Javier Fernández de Castro y Eugenio Trías. Era un secarral. Las terrazas del terreno las copié de la casa de mi hermano Oriol. Mis hijos me ayudaron mucho a ponerlo todo a punto. Y empezó mi vida aquí. Me encanta montar cosas, es lo que más me gusta del mundo. No lo parece, pero es como escribir, una obsesión que cuando te agarra no puedes, ni quieres, dejar. Me considero una maniática del cambio.

El nombre de Mas Gavatx ya constaba en las escrituras. Es del siglo xvii, de cuando venían los franceses huyendo de las persecuciones religiosas y los llamaban gabachos. El masovero de la casa de enfrente me explicó que dos hermanos que habían vivido aquí en los años cuarenta se arruinaron por culpa de una sequía atroz y se colgaron de un almendro que todavía se podía ver. Un día vino un amigo mío colombiano, pariente de los Villavecchia, y yo le contaba que quería ampliar un poco la casa y me dijo: «Oye, Rosa, ¿por qué no haces una puerta aquí, así ya es un gran salón comedor?», «Pues eso haré», le respondí. Y aquello fue lo primero que hice. Se encargó Ana, la mujer de mi hermano Oriol. Ella planeó todas las ventanas que luego se

añadieron. A mis amigos les decía que no me trajeran bombones ni vino, que me obsequiaran un árbol, porque aquí había solo dos higueras. Y lo hicieron, los trajeron, aunque algunos ya han muerto. Mi madre me envió dos camiones cargados de árboles y una amiga, Carmen Tord, me recomendó no ponerlos cerca de la vivienda. Ella misma me señaló dónde situar las moreras y me explicó un poco sus principales características.

Recuerdo que cuando me mudé a vivir a Llofriu, en 1983, me vino a ver una señora. «Hola, Rosa, ¿qué tal? Creo que podemos vernos. ¿Qué te parece si organizamos una cena y conoces a todo el mundo?». No pude negarme, así que acudí muy bien arreglada, al igual que el resto de invitados. Fue la primera y la última. Nunca más han vuelto a decirme nada. Y empecé a aprender a vivir sola, y no solo eso, también a pasármelo bien en compañía de nadie más. Aquí, en Llofriu, no tengo grupo, tengo amigas, como la doctora Montserrat Verdaguer, que es un encanto y una persona inteligente. Quizá lo más especial de esta vivienda es que es una casa abierta, quiero decir que todo el mundo es bienvenido.

### **Una abuela de verano**

Los hijos y la maternidad son difíciles. Ya he comentado que tengo cinco y son todos muy diferentes. No puedo estar mejor cuidada, ni mejor tratada.

Un domingo por la mañana de hace muchos años, cuando vivía en Ginebra, Mariona estaba a punto de parir y me llamó Manuel Huerga para decirme: «Nos vamos al hospital». Yo salí con lo puesto, cogí un taxi y me fui al aeropuerto. Allí me explicaron que el avión estaba saliendo. Pedí por favor que me dejaran subir, que estaba a punto de nacer mi primer nieto, pero me respondían que no, que no había nada que pudieran hacer. Insistí mucho para que intentaran ayudarme. Al final, hicieron una llamada, y de improviso, me permitieron subir al avión. En Barcelona cogí un taxi y en el mismo momento que me encontraba en las escaleras de la clínica, Manuel salía con la criatura. No se puede explicar, fue fantástico. Quizá fue maravilloso porque era una sensación nueva, o puede que simplemente es que soy una persona dada a las cuestiones sentimentales, a las que van a favor y en contra, y a las que te esperas y las que no. En cualquier caso, aquí lo tuve todo a favor y lo disfruté muchísimo.

Cuando ya tenía varios nietos pequeños hacía las vacaciones en julio y reservaba aquel tiempo para ellos, porque durante el año viajaba mucho y no los podía ver. Eduard y María tenían apenas cinco años cuando decidí que los menores de dos años podían venir acompañados porque, aunque me podía ocupar de todos ellos yo sola, pensé que no tenía sentido estar todo el día preparando biberones y cuidando niños.

El primer nieto de sangre fue la hija de Mariona, a los otros los llamaba morganáticos, entendiendo por ello los hijos de nuevas parejas y de otros orígenes, y más tarde también las parejas de los nietos. Recordé lo complicado que era cuidar niños. Una noche estaba con Anna, las dos agotadas, los niños ya dormían y Anna dijo: «Yo no pienso hacer la cena, yo lo que quiero es un *gin-tonic*». A partir de ese momento, se nos ocurrió contratar a una señora que viniera a hacer las comidas, y esta fue durante muchos años nuestra querida Mercè.

Los niños fueron creciendo y yo inventé algunas reglas. No se podían levantar antes de las nueve, o dormían o leían, pero no podían salir de la habitación. Cada día había dos niños encargados de poner y recoger la mesa en todas las comidas, y lo que aprendían lo transmitían a los que tuvieran que hacerlo al día siguiente. Y ellos mandaban, podían poner la mesa como quisieran, pero tenían que hacerlo. La regla más divertida es que no se podía llorar, solo se podía llorar si había sangre, si no había, no se lloraba. En el plato no se podía dejar nada: si no tenías más hambre, no haber pedido tanto. Podían subir a todos los árboles. La verdad es que era muy divertido. Cuando todo estaba recogido, tocaba helado, después el cine; ellos escogían la película, y entonces empezaba la juerga. Por las noches, se iban a la cama a las nueve y media, les ponía media hora de lectura y, cuando fueron más mayores, les dejaba diez minutos de teléfono. Las mañanas las pasábamos en la piscina. Todos aprendieron a nadar aquí, aunque a veces íbamos al mar. Los fines de semana venían los padres, pero ellos aquí no tenían ningún poder, era la única manera de que fuera divertido para todos.

Esto duró del año 1990 al 2007 o 2008, casi veinte años, todos los meses de julio. Ya podían llamarme ofreciéndome viajes, yo decía siempre que no. Durante dos décadas estas fueron mis vacaciones. Y así nos acostumbramos a hacer teatro —los padres ponían y recogían las sillas—, cantábamos y hacíamos coros, íbamos en bicicleta —que poníamos en un remolque que había comprado de segunda mano, incluido el permiso—, celebrábamos los cumpleaños y despedíamos el verano. Cada uno se inventaba lo que quería. Fue muy bonito. Un día se portaron muy mal, yo debía de estar de mal humor y les dije: «Estáis todos castigados». Y los llevé a casa de un señor que se dedicaba a enseñar a pintar a los niños, y estuvieron encerrados, sin poder correr por el jardín, que es lo que les gustaba, dibujando la casa tal como era. Es un cuadro muy grande que tenemos colgado fuera, al lado de la gran mesa, junto a la chimenea. Si les preguntas ahora de quién es esta casa, responden: «Esta casa es de todos».

Es muy fácil decir que quieres una familia, pero cuando piensas en un tipo de familia convencional te horrorizas, y al imaginarte una rota, también. De manera que los primeros años, cuando empezaron a nacer los hijos y la relación con mi marido se iba descomponiendo, estaba convencida de que tenía que buscar otra familia, pero ¿cuál? Yo empezaba a salir por las noches y cuando lo hacía les daba mi almohada a los niños, cada día a uno distinto. Al volver cogía la almohada y me la llevaba. Entonces supe que tenía un doble trabajo: educar a los hijos y educarme a mí. Yo todavía tenía que empezar a saber qué quería cambiar, solo lo intuía, y así comencé a ser consciente de cómo quería que fueran las cosas. Todo esto fue muy fácil para mis hijos pequeños. Ellos enseguida se acostumbraron a que yo saliera a cenar o fuera a Bocaccio, no tuve nunca ningún problema, pero para mis hijos mayores, Eduard y Anna, fue más difícil porque era otra época, con los pequeños se llevan ocho y diez años de diferencia. Ahora, cuando lo hablamos, no me parece que hayan sufrido mucho; no más que cualquier otra familia, en todo caso....En general creé una feliz. O esa es mi impresión.

Lo más crucial es comprender la dinámica con los hijos, ya que siempre resulta desafiante. Con el tiempo, la dificultad principal radica en reconocer que ellos miran hacia adelante, hacia la formación de su propia familia, y eso es lo que deben hacer. Tú, por tu parte, debes situarte

detrás, considerando que ya estuviste al frente. Sin embargo, esto no es sencillo de conseguir, especialmente para una persona mayor que ha dedicado toda su vida al bienestar familiar. Hablo no solo por mí, sino en términos generales.

Es esencial esforzarse por establecer relaciones afectuosas y amables. He comprobado que todo ello permite una vida más agradable a la persona mayor que tiene detrás toda su vida, con los errores que ha cometido, y cuenta con muchas horas para reflexionar al respecto. Una vez aquí, necesitas un poco de cariño y comprensión. Y los hijos lo que necesitan es un reconocimiento de su libertad. Al fin y al cabo, lo que importa es la lucha, el camino a Ítaca, luchar por conseguir esto.

Cuando ellos crecían y yo iba de un lado para otro sin parar les decía: «Mirad, os he traído un poco de caviar de Moscú», «ahora me marcho a Marruecos», «ahora me voy a Chile», y así una y otra vez. Eso era fácil, pero no lo puedes hacer toda la vida.

Para que una cosa funcione, y creo que nosotros lo hemos conseguido a pesar de las diferencias, hacen falta momentos cómicos o un tono al hablar que deje espacio para que estalle, ni que sea, una pizca de comicidad. Muchas veces eso continúa y se encadena con mucho más humor.

Así que creo que puedo decir, ahora, que para ser una persona que se ha pasado la vida esperando tener familia sin saber lo difícil que sería desenvolverse con éxito en este ámbito, me pondría una buena nota. No sé lo que dirían mis hermanos, mis hijos, mis nietos y mis biznietos al respecto, pero yo, en general y a pesar de los conflictos inherentes a la vida familiar, hago una valoración muy positiva tanto de nuestra relación como del trato que recibo constantemente de ellos, cargado de atención y amor.

## 11. A la bandera le faltaba un color

Sé que me repito, pero siempre digo que se ha olvidado lo que sufrimos en los años cuarenta y cincuenta, y eso me molesta mucho. No quieren saber nada, y hay que conocer de dónde venimos. Debe existir conciencia de que antes de esos años estábamos mejor que ahora. No volveremos a estar tan enterados y esperanzados, al menos los más necesitados, como lo estuvimos en el periodo de la República, hasta dentro de cincuenta o sesenta años. No se puede. Lo dice Kapuściński. A los que han vivido esa época de una determinada manera les han lavado el cerebro. Imagínate que en lugar de cuarenta años de Franco hubiéramos tenido cuatro décadas del Opus, ahora estaríamos todos rezando por obediencia. Los cerebros se hacen trabajar de diversas maneras, entre ellas está la obligación y el miedo, y así se va construyendo la sociedad.

La pena más grande que tengo es el pasado, este país no parece haber conservado su historia. Además, en el mismo cajón se ha puesto a Franco y la República y, en realidad, se desconoce todo sobre ella. Un ejemplo es cuando hice venir a Federica Montseny y me preguntaron quién era. La gente desconocía incluso quién era Tarradellas: se lo explicaron Pere Portabella y muchos otros en los periódicos. No hay nada que hacer, solo se puede esperar que pasen los años. El día que fui consciente de esto me dije: «Qué bien, ya no tengo que preocuparme de nada. Yo no puedo hacer nada». No es que me quede exactamente igual, pero pienso que allá ellos.

En casa de mis padres en Barcelona, cuando todavía estaban juntos, venían con frecuencia la Xirgu, Josep Maria de Sagarra y muchos intelectuales del momento. Una vez invitaron a Federico García Lorca a la ciudad y no sé si llegó a dormir en mi casa, un piso en la Gran Vía entre rambla Cataluña y paseo de Gracia. En aquel momento, yo debería de tener meses y hay una foto, que yo he visto, en la que él me tiene en brazos. Pero esta foto ha desaparecido, como cualquier otra cosa de casa de mis padres, porque los franquistas se quedaron con todo: todos los cuadros, todos los muebles....La hija de Feliu Elias explica muy bien en sus memorias lo que es encontrarte en un ambiente en el que entraban y salían escritores, periodistas y pintores y que, de repente, todo se acaba.

Lo que me ha llevado toda la vida a intentar entender las situaciones y dar normalidad a lo que desempeñaba ha sido que la República, la Guerra Civil y el exilio entraran de alguna manera en lo que yo hacía. Esto me condujo, entre muchos otros afanes, al anarquismo, tan desconocido como prohibido, también en aquellos años. Desde la primera infancia y cada vez que compartía tiempo con ellos, había oído, como escapando de una conversación de adultos, párrafos de anécdotas históricas que daban por hechas y repetían sin miedo por encontrarse en un territorio bastante protegido, siendo la anécdota histórica casi una anécdota familiar. Eso era todo lo que yo conocía sobre el anarquismo. Esa fue mi educación, que fue mejorando en contenido histórico y social. Así llegué a un conocimiento más serio hasta que entré en la

universidad, con más de veinte años, donde abrí mi intelecto al ansia y la curiosidad de lo que querían decir aquellas palabras tan llenas de argumentos que yo había llevado conmigo desde los seis años. A partir de entonces, leí muchos libros y acabé viendo a los anarquistas al revés de como me los habían enseñado mi abuelo y su gente.

En el año 2005, me distinguieron con la orden de la Légion d'Honneur de la República Francesa, y para mí fue muy importante porque tiene que ver con mis padres y con los perdedores de la guerra. Hice un discurso explicando lo que siempre cuento sobre los que estuvieron en el bando perdedor. El acto tuvo lugar en la embajada francesa en Madrid. Lo tenían que hacer en París, pero yo quería invitar a todos mis hijos y nietos, y para mí era más fácil y económico en la capital. Vinieron todos y nos divertimos mucho; pasamos un fin de semana maravilloso. Somos una familia que tenemos dos características imborrables: una es que somos un poco un clan, y la otra es que nos gusta mucho celebrar y montar fiestas. Yo estaba muy emocionada porque mis padres eran muy francófilos. Mi madre había sido educada en Alemania y luego en Francia; mi padre había sido francés toda la vida y había escrito en periódicos galos... fue muy bonito, la pena es que ya no pudieran verlo.

Mi vida, desde un punto de vista social y en muchos sentidos, tampoco ha sido muy agradable, todo va junto. Como siempre he sido una persona un poco diferente, si lo eres te quedas fuera de cosas, pero también hay momentos en que, si los sabes aprovechar, puedes tener mucha suerte. No es que yo sea muy dada a las reuniones de tipo social, pero había algunas que me gustaban y las aprovechaba muy bien.

Yo no soy republicana por ser hija de la Segunda República —también me gusta mucho, ahora que la conozco, la Primera República; creo que fue muy honesta, muy trabajadora e hizo las cosas como había que hacerlas—. Soy partidaria de la república como forma de gobierno de un país, ya sea la Primera, la Segunda o la Cuarta; sea la francesa, italiana o la de Estados Unidos. En una república, cada país se organiza a su manera y según su forma de pensar —con dificultades, claro está, igual que cualquiera de las relaciones humanas que conocemos viene también cargada de ellas—, unos votando a esta forma de gobierno para empezar y otros votando sucesivamente a los presidentes, pero nunca imponiendo.

De todas maneras, en la república hay una forma de entender la vida que, en general, es contraria a todas las demás porque lo que hace —o lo que tendría que hacer— es defender que todos los seres humanos sean iguales en dignidad y derechos, y que el dinero público se reparta más justa y equitativamente. Y no solo me parece perfecto, sino que me provoca orgullo defender esta manera de gobernar. Esta convicción ha permanecido en mí hasta hoy.

Recuerdo que cuando a los cinco años volví a España después de tres en Francia, en el mismo momento de pasar la frontera vi una bandera y el barón de Esponellà me dijo que era la española. Yo respondí, gritando: «Ce n'est pas le drapeau espagnol ça, il lui manque le violet!». En cuanto a mí, aquí estoy... El afán de tener una república llena siempre mi alma de esperanza para ayudar a conseguir ciudadanos mejores, familias mejores, países mejores y un mundo mejor, sea cuando sea que esto ocurra.

Que decidan los dioses, ¡y el pueblo!

Este libro se terminó de imprimir  
los talleres de Romanyà Valls,  
en Capellades (Barcelona),  
en mayo de 2024